

A person with long brown hair, wearing a blue hooded coat and a brown knit scarf, stands with their back to the camera in a forest. The forest floor is covered in green grass and fallen leaves. The trees are tall and thin, with sunlight filtering through the canopy.

LA VIDA  
— QUE NO —  
ELEGÍ

LORENA FRANCO

Copyright © 2016 Lorena Franco  
Registro Propiedad Intelectual B -3952-07  
Código Safe Creative: 1603176928421 ©LA VIDA QUE NO ELEGÍ  
(Todos los derechos reservados y Registro de la Propiedad Intelectual)

©Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

<https://ebooksamazonblog.wordpress.com>



## PRÓLOGO

(Fuente: Misterio a la orden)

La idea de que existen otros universos y por lo tanto, distintos mundos paralelos o líneas temporales, ha sido apoyada por diversos científicos a lo largo de los años, entre los que destaca el físico teórico y ganador del Premio Nobel en 1979, Steven Weinberg que comparó la teoría del universo múltiple con las señales de radio. Alrededor nuestro, existen cientos de distintas ondas de radio que emiten desde lejanas antenas en nuestro coche, nuestro salón o nuestro puesto de trabajo, que están repletas de estas ondas de radio. Pero una radio sólo es capaz de recibir una frecuencia a la vez, mientras que el resto de frecuencias siguen estando hasta que se logran sintonizar. Cada antena posee una energía y una frecuencia diferente y nuestra radio finalmente sólo será capaz de sintonizar una emisión a la vez. Así mismo, en nuestro universo estamos “sintonizados” en la frecuencia que corresponde a la realidad física. Y sin embargo, existe un número infinito de realidades paralelas que coexisten con nosotros en la misma habitación aunque no podamos sintonizarlas. Aunque se trata de mundos muy similares al nuestro, cada uno tiene una energía distinta porque cada mundo está compuesto de billones de átomos. Esto significa que la diferencia de energía es grandiosa. La frecuencia de estas ondas es proporcional

a su energía y por lo tanto, las ondas de cada mundo vibran a distintas frecuencias y no pueden interactuar entre ellas.

Por lo tanto, si la teoría de los universos paralelos es cierta, la pregunta que todos nos hacemos es... ¿Qué realidad vemos? ¿Cómo es nuestra vida en el resto de dimensiones? Por lo general, los universos paralelos se dividen en dos clasificaciones. La primera puede denominarse un “universo divergente”, donde dos versiones de la tierra comparten una historia común hasta un punto de divergencia. En este punto, el resultado de algunas historias sucede de manera muy diferente en las dos Tierras y a medida que el tiempo pasa desde ese punto, son cada vez más diferentes.

La realidad es que sólo vivimos una vida dentro de las muchas posibilidades que tenemos. Las personas que elegimos, nuestras relaciones sentimentales, los estudios por los que nos decantamos, el puesto de trabajo que nos ganamos, malos y buenos hábitos, el lugar donde nos instalamos... estas decisiones marcan un antes y un después en nuestra vida. Estas decisiones son nuestra vida. Incluso la decisión más pequeña, la que parece ser más insignificante, determina el curso de nuestra existencia. Pero... ¿qué pasaría si de repente, nos encontramos viviendo la vida que no elegimos? ¿Esa es la que pensamos que podría haber sido, pero que por cualquier razón, descartamos? Decisiones y casualidades. Causa y efecto. ¿Tenemos siempre el control de la situación? ¿El destino influye y nos guía? O como decía aquella canción de Joan Manuel Serrat... “*No hay nada más bello que lo que nunca he tenido, nada más amado que lo que perdí...*” ¿Aquellos que no vivimos también influyen en nuestras vidas?

Bienvenidos a esta historia. Bienvenidos a **LA VIDA QUE NO ELEGÍ.**



**7 DE NOVIEMBRE DE 2012**

**EL CONJURO**

Bonnie Larson era el tipo de mujer que nadie ve. Invisible ante la sociedad, se acostumbró a vivir en un segundo plano. Las humillaciones en el colegio forjaron en ella un carácter introvertido y áspero que sumado a un físico poco agraciado no le ayudaron a llevar una vida como la de los demás. Eligió el camino fácil. Encerrarse entre las cuatro paredes de su triste apartamento y salir de él sólo para ir a trabajar. El trabajo era toda su vida, y aunque en él sus compañeros tampoco le prestaban la atención que ella en silencio reclamaba a gritos, se adaptó a una rutina cómoda que facilitaba un poco su difícil existencia. Bonnie era un simple peón en una gran cadena de producción para una importante empresa farmacéutica pionera en la ciudad de Nueva York. Pero un frío siete de noviembre, un día que parecía ser normal, una noticia general hacia todos los trabajadores, cambiaría su vida para siempre.

La imponente vicepresidenta ejecutiva de la empresa Nora Clayton, se dirigió hacia todos ellos en lo alto de la escalinata donde se encontraban los ostentosos despachos de los mandamás y desde donde podían tener controlados con unas vistas privilegiadas a todos los peones. Ese día parecía más alta que nunca con su traje azul marino y unos altos tacones que estilizaban su delgada silueta. Llevaba el cabello castaño recogido en un moño alto, iba bien maquillada como de costumbre resaltando sus bonitos y grandes ojos azules. Su fino y armonioso rostro estaba en constante tensión, no tenía ningún problema en mostrarlo apretando sus carnosos labios. Con un seco buenos días, llamó la atención de las veinte mil personas que estaban trabajando duramente en la cadena de producción. Incluida Bonnie, que alzó su mirada de ojos saltones oscuros bajo unas grandes gafas de pasta que cubrían casi toda su huesuda cara.

-Lamento informaros que diez mil de las personas que estáis trabajando actualmente en la cadena de producción seréis despedidas en quince días. A lo largo de esta semana recibiréis vuestra liquidación. Gracias por vuestra atención.

Esas palabras resonaron en la mente de Bonnie como taladros en una pared. Empezó a sentirse mal, al igual que el resto de trabajadores que empezaron a cuchichear alterados y muy enfadados entre ellos. Nadie entendía nada. La empresa facturaba billones de dólares al año, pero lo que aún no sabían es que unas sofisticadas máquinas de última generación sustituirían a las diez mil personas que serían despedidas y que resultaban mucho más costosas. Reducción de costes. Ni más ni menos, nada personal. Nora Clayton volvió a su despacho con aires de superioridad, Bonnie pudo ver en sus ojos claros, que poco le importaba que diez mil personas se quedaran en la calle repentinamente sin un sueldo con el que vivir. Nadie se acercó a Bonnie. Nadie la alentó con las palabras que necesitaba escuchar...

-Seguro que a ti no te despiden Bonnie. Eres la más eficiente en la cadena.

Pero nadie se acercó a ella. Nadie le dirigió la palabra. Y como de costumbre, nadie la miró.

Media hora después, Bonnie aprovechó su tiempo de descanso para armarse de valor y subir al despacho de la vicepresidenta. Nunca lo había hecho, ni ella ni nadie. Nora Clayton era inaccesible, fría como el hielo y muy poco cercana. Cualidades que sus superiores valoraron enormemente para darle el puesto de vicepresidenta ejecutiva hacía ya cinco años.

Abrió la puerta que conducía a la recepción de la secretaria de Nora, una señora de unos cincuenta años estirada y prepotente llamada Virginia Brown.

-¿Qué quieres? –saludó Virginia sin apartar la vista del ordenador.

Bonnie aprovechó para correr hacia la puerta que indicaba con una placa dorada que era el despacho de la Vicepresidenta ejecutiva Nora Clayton. Abrió la puerta sintiendo la respiración de Virginia en su nuca y ante la atenta mirada de Nora, sentada en su cómodo sillón de piel blanca frente a una mesa repleta de trabajo amontonado, a penas logró balbucear un ininteligible “Buenos días”.

-¿Te he dado permiso para interrumpirme? –preguntó Nora desafiante. –Virginia, ¿para que te pago?

-Lo siento señora Clayton, ahora mismo... –respondió Virginia que en esos momentos más que una estirada prepotente, parecía un corderito a punto de ser degollado.

-No, ya da igual, déjalo. –interrumpió Nora. –Después de tanto tiempo al fin me confirmas que eres una inútil. Sal de aquí. –continuó, dirigiéndose a Virginia que

mirando despectivamente a Bonnie salió del despacho. –Y tú ¿qué quieres?

-No... perdona... yo... Lo siento mucho, sólo quería saber si soy una de las personas a las que van a despedir. –respondió Bonnie mirando al suelo.

-¿Esto está pasando de verdad? –rió Nora escribiendo en su ordenador portátil. -¿Para que tenemos a los chicos de administración? –suspiró mirando de reojo a la trabajadora bajita y delgaducha que tenía delante. -¿Tu nombre?

-Bonnie, Bonnie Larson.

-Larson... Ya... Sí, estás despedida. –respondió Nora forzando una media sonrisa que enfureció a Bonnie.

-Pero... pero...

-Sal inmediatamente de mi despacho. –Nora se acercó lentamente a Bonnie. -¿Qué te he dicho? –preguntó alzando la voz cuando estaba frente a su trabajadora, mucho más bajita que ella. Bonnie miró hacia arriba y en un movimiento rápido le arrancó un par de pelos de la melena castaña de Nora. -¿Pero se puede saber que estás haciendo?

Bonnie corrió lo más rápido que pudo y en vez de volver a la cadena de producción, pasó un momento por su taquilla y recogió sus cosas para no volver nunca más. Aunque a nadie le importaba, nadie se daría cuenta y los de administración pasarían por alto su ausencia a la hora de pagarle lo que le pertenecía. En los diez años que llevaba allí, nadie la había visto, ninguno de sus compañeros había reparado en su aparentemente frágil presencia. No la echarían de menos.

Nora no recordó la extraña situación durante todo el día. Tenía demasiado trabajo como para pensar en un ser insignificante como lo era Bonnie, cuya existencia no había conocido hasta ese día.



Procedente de una larga estirpe de brujas, Bonnie se dirigió directamente a su apartamento situado en una peligrosa callejuela del Bronx a la que ella no temía. Aunque se le habían acercado con intención de robarle en infinidad de ocasiones, una simple mirada hacía que los ladronzuelos huyeran apresuradamente y muchos de ellos decidieran poner fin a su vida tirándose de cualquier puente. El poder de Bonnie no tenía fin. Aunque la mayoría de sus antecesoras habían utilizado la magia para hacer el mal, Bonnie se había resistido a ello excepto en contadas ocasiones. Mientras abría la puerta de su apartamento, recordó la vez en la que dejó calva a su archienemiga del instituto, la popular Claudia Robinson. La animadora rubia despampanante que le tiraba cualquier bebida gaseosa encima, le rompió tres gafas, la insultaba sin motivo delante de todo el instituto, llenaba su taquilla de gusanos... la gota que colmó el vaso para que Bonnie le hiciera el conjuro que acabó con su preciosa melena dorada, sucedió el día en el que después de educación física, la dejara sin ropa mientras se duchaba. Bonnie tuvo que correr como su madre la trajo al mundo por los pasillos del instituto hasta llegar al despacho de la directora a pedirle ayuda. La madre de Bonnie la sermoneó. La poderosa bruja Elisabeth Larson fue la que le sugirió la idea de dejar a la adolescente problemática calva. Desde entonces, no volvió a meterse con Bonnie, teniendo que aguantar las burlas de los demás compañeros y dejando de ser automáticamente, la más popular del instituto. Una mala época para la pobre Claudia Robinson que hoy en día a sus treinta y cinco años, sigue sin recuperar su preciada melena. Para Bonnie tampoco corrieron buenos tiempos. Desde aquel momento la llamaron Bruja y nadie se atrevía a acercarse a ella. Se había vuelto invisible incluso para los profesores, que para no tener problemas, la aprobaban en todas las asignaturas aunque fuera con un mísero aceptable con el que Bonnie se conformaba. Siempre fue un bicho raro. Pero ahora ya nada de eso importaba.

Corrió hacia el libro de hechizos y conjuros que heredó de su madre cuando murió de un derrame cerebral. Sí, las brujas también mueren y de la manera más absurda. A Elisabeth Larson le estalló una vena del cerebro cuando estaba practicando magia negra con sus primas de Brooklyn. La emoción con la que decía cada una de las palabras que acabarían con el hombre que le había sido infiel a su prima Cassandra, provocaron en ella una muerte fulminante.

Bonnie abrió el gran libro por la página setenta y dos. Cogió los dos pelos que le había arrancado a la imponente Nora Clayton, apagó la luz tenue del salón, encendió cuatro velas negras, cerró los ojos y recorrió con los dedos cada una de las palabras impresas desde hacía siglos en el manual.

“ Bonnie Larson te invoca. Bonnie Larson te ordena. Bonnie Larson te envía a la vida que no elegiste. A partir de hoy dejarás de ser tú. Las personas que preferiste no te conocerán. Las posesiones que tienes no te pertenecerán. A tu lugar de origen volverás. Dejarás de ser quien eres para ser quien decidiste no ser. El peor ser humano de la faz de la tierra va a desaparecer.

Bonnie Larson te invoca. Bonnie Larson te ordena. A partir de hoy Nora Clayton será la persona que no eligió ser. Un mundo paralelo se abre ante ella, el camino no elegido protagonizará una dramática historia sin final feliz. Bonnie Larson te invoca. Bonnie Larson te ordena. Bonnie Larson será al fin la reina”.

Las velas se apagaron. Los dos pelos de Nora Clayton se chamuscaron. Bonnie sudaba y jadeaba, agotada tras gritar con intensidad cada una de las palabras del conjuro que había hecho propio. El libro se iluminó de un color verde intenso como hacía siempre que un hechizo había funcionado y se cerró inminentemente. Bonnie sonrió satisfecha y decidió darse una ducha. Horas más tarde, todo habría cambiado.



## DECISIONES IMPORTANTES

Siete de noviembre de 2012. Aparentemente una mañana como cualquier otra aunque sabía que ese día tendría que dar malas noticias en la empresa. Una de las más importantes del sector farmacéutico de los Estados Unidos. Hacía cinco años que me habían nombrado vicepresidenta ejecutiva y aunque anhelaba aquellos tiempos en los que era una simple redactora en una revista de moda, me había acostumbrado a llevar la vida cómoda repleta de lujos que cualquier mujer de treinta y seis años puede soñar.

-Buenos días, cariño. –le di un beso en la mejilla a Stuart, mi marido. Siempre le ha costado madrugar haciéndose el remolón durante eternos minutos... una pérdida de tiempo en mi opinión.

-Un ratito más Nora... por favor...

-No, Stuart, hay que levantarse. –dije firmemente. -Seguro que Matt ya está en pie y hoy te toca a ti llevarlo al colegio.

Matt es nuestro hijo. Un gamberro de seis años idéntico a su padre al que le encanta madrugar... sobre todo los fines de semana, por fastidiar. Eran las seis y media de la mañana, el sol salía tímidamente entre los rascacielos de Nueva York y las agujas del reloj corrían a gran velocidad. Aún tenía que arreglarme, maquillarme, preparar café, el desayuno de los chicos y el almuerzo que Matt se llevaría al colegio. Y si a eso le sumamos el papeleo que aún tenía que ordenar y el tremendo tráfico de Nueva York por las mañanas, podría decir que ya llegaba tarde.

La culpabilidad que sentía por tener que despedir a diez mil trabajadores de la cadena de producción de la empresa, hacía que no pudiera dormir bien por las noches. Había comprado tres milagrosas barras anti ojeras en dos semanas. Tres. Tres son muchas. Sustituiríamos a diez mil personas que se quedarían en el paro con un ridículo finiquito ya pactado entre los peces gordos, por sofisticadas máquinas de última generación que harían el trabajo que hacían ellos. Salían más baratas y trabajarían más rápido. Todo un chollo para la junta directiva. Genial para Stuart, el hijo de mi superior, que a partir de ese momento tendría menos trabajo que hacer en el departamento de administración.

Conocí a Stuart hacía doce años. Él era modelo, uno de los mejores y mejor cotizados del momento. Un día fue a la revista para concederle una entrevista a mi compañera Patricia. Ella se enamoró profundamente de él y fueron a cenar en un par de ocasiones. Pero un día fue a buscarla y me vio tras la pantalla de mi ordenador. Yo ni siquiera reparé en él, pero me invitó a tomar un café. Acepté, claro. Un hombre guapo, popular, con estilo, alto y fuerte... ¿Cómo resistirse? Después de ese primer café vinieron muchos más. Y comidas informales, cenas elegantes, fiestas... Cuatro meses más tarde, ya vivíamos juntos en un formidable apartamento de Upper East Side, barrio en el que nos hemos quedado, aunque en otra vivienda mucho más grande y ostentosa. Patricia por supuesto, dejó de ser mi amiga. Creo que aún, esté donde esté, me odia a muerte y desea que me quede calva, sorda y coja.

Stuart dejó su carrera como modelo y empezó a trabajar con su padre, el gran e imponente directivo de la empresa farmacéutica Michael Clayton. Colocó a su hijo como jefe del departamento de administración aunque aún no sepa sumar dos más dos sin la necesidad de una calculadora. Lo que no esperábamos, es que un año después, me nombrara a mí vicepresidenta ejecutiva. Al fin nos prestó atención y supo que yo tenía dos carreras universitarias –periodismo y económicas- y le vino muy bien confiarme el puesto en la empresa tras la jubilación de su mano derecha, la cruel Charlotte Smith. Y en los cinco años que llevaba, no le había defraudado. Al contrario. Tal y como siempre me decía, le había sorprendido gratamente y era un orgullo contar con mi presencia, valía, poderosa inteligencia y profesionalidad. Pero yo me había convertido en una arpia. En el despacho no me soportaba ni yo misma y deseaba salir corriendo por la puerta y escaparme a cualquier otro lugar que no tuviera que ver con ese mundo. Me había convertido en alguien a quien hubiera detestado si lo hubiera conocido en otro momento de mi vida. Elegí mi destino, mi manera de vivir e incluso mi forma de ser y de tratar a los demás. Con cada mirada de desprecio, con cada sonrisa burlona o con cualquier palabra cruel hacía mis empleados, me estaba ganando el infierno.

Me despedí de Matt en la puerta. Stuart, aún con la necesidad de un buen tanque de café que lo espabilara, asimiló al fin, que esa mañana le tocaba a él llevarlo al colegio, a tres manzanas de nuestro apartamento.

-¡Mamá, déjame...! –dijo Matt frotándose con fuerza la mejilla que yo había besado dulcemente. Ya no era un bebé al que comerme a besos mientras escuchaba su risita. Se estaba haciendo mayor y era una vergüenza que su madre le besara aunque fuera en la intimidad de nuestro hogar.

-Luego te veo. Va a ser un día duro. –comentó Stuart encogiéndose de hombros con una sonrisa sarcástica que llegó a molestarme.

¿Un día duro? –pensé. Para él no. Él como siempre luciría la mejor de sus sonrisas perfectas frente a las treinta personas que trabajaban para él en el departamento de administración. Como siempre, se sentaría en su despacho, firmaría unos cuantos documentos previamente revisados por sus eficientes administrativos, vería cualquier vídeo tonto en Youtube, publicaría algún selfie con morritos incluido en Instagram dedicado a sus cien mil seguidores, le haría gracia algún chiste gracioso en Twitter y lo retwittearía, comentaría publicaciones que le llamaban la atención en Facebook, donde tenía más amigos que en su vida real y a las cinco de la tarde se iría a casa a descansar después de una “dura” jornada laboral. Sí, ese era el día duro de Stuart.

Le di un último sorbo a mi café. Cogí las veinte carpetas pertenecientes a las últimas reuniones que había tenido con la junta directiva a lo largo de esos días y me dirigí hasta el aparcamiento. El motor de mi Porsche Cayman blanco perlado rugió ferozmente mientras por mi mente resonaban las palabras que había sugerido en cada una de las reuniones hacía meses. Sofisticadas máquinas que sustituirían a diez mil personas... diez mil personas a las que les costaría encontrar trabajo. No eran buenos tiempos, no lo serían para ellos. Martirizada, recorrí a paso de tortuga la ciudad de Nueva York congestionada por el tráfico hasta llegar a la empresa, situada a las afueras en un polígono industrial donde se encontraban las compañías más importantes de la ciudad. Entré en mi despacho sin saludar a la estirada de Virginia. La odiaba. No sé porque la contraté, hacía ya dos años. Todas las secretarías que trabajaron conmigo se fueron por voluntad propia, ellas no me soportaban a mí. Por alguna extraña razón, esa vieja bruja seguía en su puesto de trabajo, aguantando mis malas palabras y mi constante desprecio hacia ella. Puse mis carpetas ordenadas cronológicamente en la mesa de mi despacho. Miré por la ventana, desde donde tenía unas vistas privilegiadas hacia los peones que llevaban trabajando en la cadena de producción desde las siete de la mañana. Quise evitar llorar a toda costa, pero era un ser humano de carne y huesos con sentimientos. Imaginé a esos hombres y a esas mujeres como padres y madres de niños pequeños. Niños como Matt a los que alimentar, vestir, dar una buena educación y pagarles un seguro médico. ¿Qué harían ahora sin su trabajo? Ellos, ajenos a lo que unos minutos después escucharían, trabajaban como si nada. Podía ver incluso en el rostro de muchos de ellos satisfacción por el trabajo que realizaban. Sí, la mayoría disfrutaban de su trabajo aunque tuvieran que estar infinidad de horas de pie, concentrados en pequeñas piezas que pronto dejarían de ser manipuladas por sus manos.

Virginia tocó tres veces la puerta de mi despacho.

-¿Qué quieres? –pregunté.

-Le he enviado una lista al correo con los nombres de todas las personas despedidas.

-Muy bien.

La secretaria me miró pasmada como si tuviera monos en la cara.

-¿Algo más? –negó con la cabeza arrugando aún más si cabe su largo cuello de avestruz.

-Pues vete a tu sitio y cierra la puerta.

Virginia, obediente, volvió a su mesa. Respiré hondo tal y como había aprendido en las clases de meditación de Fabiano, mi profesor de yoga italiano. Pero ni siquiera eso me sirvió para tranquilizarme. ¿Qué demonios? Debía estar feliz. Mi cuenta corriente tendría unos cuantos ceros más gracias a la fabulosa idea que les di a los jefes sobre las máquinas que sustituirían a los empleados. Con un poco de suerte podría retirarme a los cuarenta. Y para eso sólo faltaban cuatro años. ¡Dios mío! Sólo cuatro años para los cuarenta... ¿Cuándo había pasado tan rápido el tiempo? Volví a respirar. Pero lo único que me funcionaba era apretar los labios, simular una mirada fría como un témpano de hielo y salir del despacho haciendo un gran ruido con mis tormentosos zapatos de tacón para ser el centro de atención de todo el mundo. Seguí mirando durante un rato a los trabajadores, cada uno a lo suyo, concentrados, felices y tranquilos por tener un trabajo digno al que acudir cada mañana.

Una rutina que valoraban y apreciaban como si les hubiera tocado la lotería. Mierda. En unos segundos arruinaría la vida de diez mil personas. Quería volver a ser aquella redactora sin a penas responsabilidades en la revista de moda. La única inquietud que tenía en aquellos tiempos, era si me explicaba bien a la hora de informar a nuestras queridas lectoras, sobre la mejor manera de aplicarnos la máscara de pestañas o no montar un desastre cuando lo único que queremos es lucir un perfecto eyeliner.

-Buenos días. –saludé alzando la voz. Tragué saliva, apreté los labios con firmeza y cuando estuve segura de que las más de veinte mil personas que tenía debajo de la plataforma en la que me situaba, estaban pendientes de mí, me dispuse a dar la peor noticia a la que me había enfrentado en mis cinco años como vicepresidenta ejecutiva. -Lamento informaros que diez mil de las personas que estáis trabajando actualmente en la cadena de producción seréis despedidas en quince días. A lo largo de esta semana recibiréis vuestra liquidación. Gracias por vuestra atención.

Me di media vuelta y volví con los hombros encogidos sin reparar en la presencia de Virginia, a mi despacho. Allí estaba segura. A salvo de todos los cuchicheos, albeos, críticas, miradas de odio y desprecio que todos los peones me dirigieron al terminar de hablar. Al cabo de diez minutos, entró Stuart sonriente.

-¿Ya has dado la noticia? –preguntó.

-¿Por qué sonríes? ¿Te alegra que diez mil personas se queden sin trabajo?

-¿Sabes la cantidad de dinero que nos ahorraremos? Nos vamos a forrar y desde luego mi trabajo disminuirá... las máquinas no necesitan contratos. –siguió riendo. Stuart siempre había tenido un don... enfurecerme en cuestión de segundos.

-Dirás el trabajo de los administrativos que trabajan para ti. Y sobre lo de forrarnos... en serio, ¿aún más? ¿Para que, Stuart? –yo era ambiciosa. Lo había sido. Pero la extrema ambición de Stuart era un problema.

-No entiendo porque te pones así. Fuiste tú quien tuviste la maravillosa idea al visitar aquella empresa farmacéutica alemana en la que trabajaban más máquinas que seres humanos. –lo peor de todo es que tenía razón. Yo era la única culpable de todo.

-Vete por favor... al contrario que otros, tengo mucho trabajo que hacer.

Stuart ni siquiera se despidió, imagino que le sentaron mal mis palabras. Se fue caminando como si volviera a estar en alguna de las pasarelas por las que desfíló, dando un portazo tras él. Nuestra relación no era tan idílica como queríamos hacer creer. Lo cierto es que cada vez discutíamos más y yo estaba convencida desde hacía tiempo que Stuart me había sido infiel en algún momento de nuestra relación. Ojos que no ven... corazón que no siente, pero una mujer percibe esas cosas. La intuición falla en muy pocas ocasiones desgraciadamente. Mis sentimientos hacia él eran cada vez más fríos y lo único que nos unía era nuestro hijo, lo mejor que habíamos hecho en nuestra vida.

Le dije a Virginia que me trajera un café. Como ya era habitual, le faltaba azúcar pero ni siquiera tenía fuerzas para regañarla. Una hora más tarde, entró precipitadamente una empleada delgaducha y muy bajita con unas gafas enormes que ocultaban sus ojos saltones de color marrón. Nadie había entrado así en mi despacho y el miedo se apoderó de mí. Cuando el miedo se convierte en el protagonista de mi ser, me vuelvo amenazante, ejerciendo el rol de vicepresidenta agresiva como si fuera la mejor actriz de Hollywood. La pobre chica a penas pudo decir un contundente y claro –Buenos días-, veía en sus ojos que miraban en todo momento al suelo, el temor por sus precipitados e inconscientes actos. Virginia, que no la pudo detener, estaba tras ella y también parecía atemorizada.

-¿Te he dado permiso para interrumpirme? –pregunté. –Virginia, ¿para que te pago?

-Lo siento señora Clayton, ahora mismo... –respondió mi secretaria cabizbaja.

-No, ya da igual, déjalo. –la interrumpí. –Después de tanto tiempo al fin me confirmas que eres una inútil. Sal de aquí. –continué diciéndole a Virginia que tras una mirada de odio a la pobre empleada, se fue a su mesa. –Y tú ¿qué quieres?

-No... perdone... yo... Lo siento mucho, sólo quería saber si soy una de las personas a las que van a despedir. –respondió la mujer sin apartar la vista del suelo.

-¿Esto está pasando de verdad? –pregunté riendo. Estaba muy nerviosa, me temblaban las piernas. ¿Así se sentirían los famosos acosados por sus fans? Opté por mirar de nuevo hacia mi portátil. -¿Para que tenemos a los chicos de administración? –suspiré. Fue sólo un segundo. Miré de reojo a la empleada que seguía mirando al suelo. -¿Tu nombre?

-Bonnie, Bonnie Larson.

-Larson... Ya... –busqué su nombre en el archivo de despidos. Mierda. Malas noticias. -Sí, estás despedida. –le informé forzando una media sonrisa para no parecer tan bruja como ya se lo había parecido seguramente.

-Pero... pero... –balbuceó. Pobrecita...

-Sal inmediatamente de mi despacho. –le dije. Su presencia seguía poniéndome muy nerviosa, pero logré detener el temblor de mis piernas y me acerqué lentamente a ella. -¿Qué te he dicho? –pregunté alzando demasiado la voz cuando me situé frente a ella, tres cabezas más bajita que yo. Bonnie alzó la vista y me miró fijamente con sus perturbadores ojos saltones. En un rápido movimiento, me arrancó un par de pelos de mi melena recogida y se fue corriendo. No me dio tiempo a reaccionar, me quedé paralizada como una estatua y sólo se me ocurrió preguntar... -¿Pero se puede saber que estás haciendo?

Podría vivir sin dos pelos. ¿Qué eran dos pelos para los ciento cincuenta

mil que tiene normalmente el ser humano? Nada, un número insignificante. Aún así, me extrañó la surrealista situación que acababa de vivir. Imagino que la pobre mujer querría darme una bofetada o hacerme daño y lo único que logró alcanzar fueron dos pelos que se llevó consigo. No pensé más en la situación y volví a sentarme en mi cómodo sillón. Me olvidé de comer y de pedirle más café a la inútil de Virginia. Contesté cientos de llamadas telefónicas incluida la de mi suegro, que pasaba unas vacaciones felices en el Caribe junto a su nueva novia de veintitrés años llamada Brenda. Ya me lo había advertido en la última reunión antes de irse.

-Lo dejo todo en tus manos. Sé que harás un buen trabajo.

Cuando al fin me levanté del sillón, me crujió la espalda. Me estaba haciendo mayor. Me di cuenta que ya eran las siete de la tarde... un día más, cenaría a unas horas indecentes. Sonreí al pensar en Matt, las ganas que tenía de verlo y estar con él aunque fuera jugando al scalextric. Y por supuesto reconciliarme con Stuart. Aunque su comportamiento no fuera el adecuado, debía entender que yo estaba nerviosa y que mi actitud con él quizá tampoco fuera la correcta. Cogí mi bolso y apagué el ordenador. Salí de mi despacho revisando que el ordenador de Virginia también estuviera apagado. Me detuve un momento a observar a los peones del turno de noche que ya se habían enterado de la fatal noticia. Algunos me miraron, pero apartaron rápidamente la vista de mí. Cogí mi coche y me dirigí a casa después de un día duro y extraño. Pero lo que no sabía, es que lo que me esperaba esa noche, sí sería raro. Y lo más duro aún estaba por llegar.



## ¿QUIÉN ES ESTA MUJER, PAPÁ?

El portero me miró de manera distante. Aunque le saludé amablemente, no me devolvió el saludo y se limitó a seguir mirando el periódico que tenía encima del mostrador. Pensé en que a lo mejor había tenido un día difícil, podía entenderlo. Subí por el ascensor hasta la octava planta y al detenerme para buscar las llaves en mi bolso, no estaban. Tal vez me las había dejado olvidadas en el despacho. Miré hacia el techo y traté de hacer memoria. ¿Había cerrado la puerta con llave al salir? Creía que sí. Por lo tanto, me había llevado las llaves. A lo mejor estaban en la guantera del coche, no era la primera vez que me las dejaba allí. Resignada, toqué al timbre. Matt correteó hacia la puerta.

-¿Quién es? –preguntó. Su padre y yo siempre le hemos enseñado que cuando alguien llama a la puerta, lo primero que debe hacer es preguntar quien es y no abrirle a desconocidos.

-Soy yo, cariño.

-Lo siento, no la conozco. Adiós.

-Venga Matt, por favor... No estoy para jueguecitos...

Otros pasos se acercaron hacia la puerta. Era Stuart.

-¡Stuart! Stuart, ábreme por favor...

Stuart abrió la puerta pero no me invitó a entrar. Me miró con indiferencia, así que no me importaba pedirle perdón por nuestro breve enfrentamiento en mi despacho esa mañana, aunque fuera en el rellano sin permitirme entrar en casa.

-Stuart, perdóname, en serio... estaba muy nerviosa, y o...

-¿Quién eres? –preguntó descolocado. Matt se escondía tras él.

-¿Cómo que quien soy? ¿Estamos de broma? ¿Hay una cámara oculta o algo?

-Lo siento señora, no la conocemos. Voy a cerrar la puerta.

-Ni se te ocurra, Stuart. –dije sujetando la puerta con toda la fuerza de la que fui capaz para que no me cerrara en las narices como si fuera un comercial de aspiradoras.

-¿Cómo sabe mi nombre? Váyase o voy a llamar a la policía.

-¿Quién es esta mujer, papá? –preguntó Matt lloriqueando. No lo veía sollozar así desde que tenía tres años y se golpeó la cabeza con una silla.

-No lo sé, John.

-¿John? ¡Por el amor de Dios Stuart!

El tal John, era Matt. Me estaban jugando una maldita broma pesada que a esas horas de la noche y tras mi fatídico día no quería aguantar. Ese niño era mi hijo, con los mismos ojos verdes que Stuart, su mismo cabello rubio e incluso su misma mandíbula que ya desde pequeño se intuía fuerte y masculina.

-¿Se puede saber que le pasa? –me preguntó Stuart aún más descolocado que al principio.

-Venga, ya está bien. –reí nerviosamente. –Una buena broma, sí... muy buena. Ahora por favor, quiero quitarme estos malditos tacones y tumbarme en el sofá.

-¡A la papá! ¡Ha dicho una palabrota! –¿Desde cuando a Matt le molestaban las palabrotas?

-Ve a acabar de cenar, John. –el niño lo obedeció y desapareció del recibidor. –Y usted, está loca. Váyase inmediatamente de aquí, por favor.

Sin que pudiera darme cuenta, Stuart ya me había cerrado la puerta en las narices. Seguí golpeando la puerta insistentemente hasta que subió el portero con cara de muy pocos amigos.

-Señora por favor, acompáñeme. –dijo lo más educadamente posible mirando hacia la puerta desde donde sabía que Stuart observaba la escena desde la mirilla. No solía saludarle, siempre fui bastante antipática con él excepto esa noche y podía entender que estuviera disfrutando del momento pero... ¿Querían volverme loca? ¿El portero también estaba metido en el ajo?

-¿Cómo? ¡Pero es mi casa! ¡Sólo quiero entrar en mi casa! –grité. –¡Suélteme! –el portero me hizo caso. Lo miré fijamente y como si aún estuviera en mi papel de vicepresidenta ejecutiva agresiva, decidí ponerme firme y hablar con determinación. –Se acabó. ¿Dónde están las cámaras? Desde luego ha sido una broma muy graciosa pero estos tacones me están matando, así que dejadme entrar en mi casa.

-¿Qué tacones? –preguntó el portero riendo.

Miré hacia abajo. No llevaba tacones, si no unas viejas deportivas blancas. Mi falda gris se había convertido en unos tejanos rotos, mi elegante y carísima camisa de Prada era una jersey gris oscuro de cuello alto que picaba y mi americana y el estupendo chaquetón que había adquirido hacía un mes por la friolera cantidad de once mil dólares, se había convertido en una triste chaqueta azul de cualquier mercadillo de segunda mano. Parecía una mendiga. ¿Qué clase de brujería me habían hecho?

-Vale... ¿Qué está pasando aquí? –sólo quería llorar.

-No lo sé señora, dígame usted. O se va o llamo a la policía inmediatamente.

No me apetecía pasar la noche en un calabozo, así que obedientemente y sin entender nada de lo que estaba pasando, me fui hasta el garaje donde al menos mi precioso Porsche me esperaba. El bolso que llevaba tampoco era el que conocía. El que llevaba era de piel marrón falsa con unos horribles flecos, pero en su interior estaban las llaves de mi coche. Ese era mi único consuelo, no tendría que dormir en la calle. Entré y maldiciendo no tener un espacioso coche familiar, me estiré un ratito a pegar una cabezadita.

La cabezadita se convirtió en un sueño profundo de doce horas. Cuando me di cuenta, eran las ocho de la mañana. Aún descolocada y con frío, puse las llaves en el motor dispuesta a acercarme al despacho y hablar con Stuart. Me negaba a seguir enfadada con él. Ya me había gastado una cruel broma, bien... estábamos en paz. Todo volvería a la normalidad después de esa extraña noche. Pero mi Porsche parecía haberse atragantado. Miré a mi alrededor. Los asientos no eran de cuero blanco tal y como los conocía, si no de una tela gris con topos rojos horrorosa. Salí del coche y me llevé las manos a la cabeza al descubrir que mi elegante Porsche se había convertido en un destartalado y anticuado Fiat rojo. Alguien se había llevado mi Porsche. Habían aprovechado mi sueño profundo para cambiarme de coche mientras dormía y se lo habían llevado. Lo de la ropa no tenía explicación... eso sí. La broma había llegado demasiado lejos.

A las nueve y media de la mañana logré llegar a la empresa, pero los matones de seguridad de la entrada no me dejaron avanzar.

-¡Estáis cometiendo un grave error! ¿Tenéis idea de con quien estáis hablando? ¡Estáis despedidos! –el matón de seguridad número uno se rió de mí delante de mis narices.

-Con una chalada, estoy hablando con una chalada sin tarjeta de identificación. Hágame un favor y desaparezca de mi vista. –sugirió el matón de seguridad número dos.

-¡Soy Nora Clayton! Vicepresidenta ejecutiva de esta empresa. –tuve que soportar más carcajadas por parte de los dos matones. –Muy bien, voy a llamar a Michael. Seguro que desde el Caribe no se ha enterado todavía de la broma.

Busqué mi teléfono en el interior del bolso sin éxito. No estaba ahí, ¡me lo habían quitado!

-Bueno, hablaré con él en otro momento.

-Venga señora, deje de hacer el ridículo y lárguese de aquí. –sugirió amenazante el matón de seguridad número uno.

Miré hacia la empresa con los ojos inundados en lágrimas y escuchando las risas de fondo de los matones de seguridad. No sabía que hacer, también me habían quitado las tarjetas de crédito y sólo tenía diez míseros dólares en un monedero de Hello Kitty y una tarjeta que no había visto en mi vida.

Di media vuelta y me dispuse a conducir sin rumbo por la ciudad. Por primera vez no me importó el denso tráfico, puesto que también era la primera vez en toda mi vida que no tenía prisa ni un lugar al que ir. Pensé en mi madre. Hacía mucho tiempo que no pensaba en ella. Nuestra relación era inexistente, nunca aceptó que yo quisiera irme de Pennsylvania para probar suerte en Nueva York. Estoy segura que en el fondo, no se alegró de que las cosas me fueran bien. Ella siempre pensó que acabaría en Kutztown, llevando la granja que ella heredó de sus padres. Odiaba Kutztown pero realmente no tenía otro lugar al que ir. En Nueva York parecía no tener nada... ni siquiera mis malditos zapatos de tacón. Volví a llorar pensando en Matt, que no reconoció a su madre como lo que era, ¡su madre! Nunca había estado alejada de él más de una semana y en esos momentos de locura, parecía no tener cabida en su vida. Era una auténtica desconocida para él. No parecía una broma... todo era demasiado raro, cosas que una sólo ve en las películas o lee en cualquier novela cuyo autor ha debido fumar marihuana para crear ese tipo de historias.

Decidí abandonar Nueva York sin mirar atrás y volver a mis orígenes en busca de respuestas. A veces hay que tomar distancia para encontrar la solución. A menudo hay que perderse para volver a encontrarse.



## REGRESO A KUTZTOWN

A una distancia de dos horas de Nueva York, llegar a Kutztown era como regresar a mi pasado. Un pasado que había dejado atrás hacía mucho, mucho tiempo... La última vez que abandoné la carretera por la que ahora conducía, el maíz estaba muy alto... era verano de 1994 y ya habían pasado dieciocho años. Las idílicas granjas seguían en su sitio, aguantando el paso del tiempo desde que el pueblo fue fundado en el año 1815, siendo considerado como uno de los municipios más antiguos del condado de Berks tras la ciudad de Reading. Lo más popular del pueblo en el que nací, era el festival folclórico que cada año celebrábamos en el mes de julio y éramos conocidos por nuestra cultura alemana-americana. Venían muchos visitantes por la comida, la música y la artesanía. Eran los mejores días del año... A parte de eso, aborrecía mi vida allí y no podía creer estar volviendo a mis orígenes. Durante todo el trayecto no podía olvidar todo lo que me había sucedido en menos de veinticuatro horas. Como Stuart me negó la entrada a nuestra casa, como mi hijo lloró porque una desconocida quería entrar en el apartamento... como el portero me echó de malas formas y como los matones de seguridad de la empresa se rieron de mí. Tampoco le encontraba una explicación razonable a que mi ropa cara y elegante se transformara en harapos o como mi lujoso coche se veía convertido en uno muy diferente. Seguía convencida de que se trataba de una terrible broma... una broma sin gracia. Sí, las cámaras de televisión me esperarían en Kutztown y aunque en un principio yo no me lo tomara bien, seguro que sería una anécdota divertida que contar en el futuro. O tal vez estaba soñando... me pellizqué la mejilla. Me dolió. Era una pesadilla, una pesadilla de la que quería despertarme al lado de Stuart, en mi preciosa cama con mi maravilloso nórdico comprado en Londres... quería ver a mi hijo, prepararle el almuerzo que se llevaría al colegio y seguramente tiraría en cualquier contenedor cercano... y quería volver a mi despacho, en ese del que quería huir cada mañana, porque me había convertido en una auténtica bruja. Lloré observando lo bonito que estaba el pueblo en invierno. Los campos verdes y el típico mercado de verduras de la zona junto a la escuela de aviación, me volvían a dar la bienvenida y muy al contrario que Nueva York, podía sentir el aire puro en mis pulmones teniendo la carretera para mi sola sin un denso tráfico que me desesperara.

Las granjas desaparecieron y dieron paso a las casas que yo conocía tan bien. En Kutztown nos conocíamos todos y daba igual que pasaran diez o veinte años, las casas seguían igual... y sus habitantes también. Algunos, me saludaron alegremente al verme pasar con mi destartado coche. Se acordaban de mí... Al fin llegué a casa de Nicole, mi madre. Aunque en cierta manera era un alivio tener algún lugar a donde ir, por otro lado preferí quedarme en ese coche viajando eternamente sin tener que enfrentarme a un... –Por fin te has dignado a venir. Ya era hora-. Mamá estaba plantando unas nuevas flores alrededor del sauce llorón del jardín delantero. Nunca se le dieron bien las flores... siempre fue tarea de mi padre, que falleció de un cáncer de pulmón hacía ya veinte años. Que solas nos quedamos... a partir de ese momento, mi madre se prometió a sí misma que nunca le faltarían flores al jardín. Aunque para eso tuviera que estar cambiándolas cada quince días porque se le marchitaban todas. Hay personas con las que no tienes química, aunque sea tu propia madre. Se supone que la mujer que te dio la vida debe ser una de las personas principales en el destino de cada ser humano. Para mí siempre fue la mujer que me avergonzaba ante los demás con su extraño comportamiento, sus estafalarias ropas y su poco refinado carácter. Mamá hacía y decía lo que quería en cada momento sin tener en cuenta los sentimientos de los demás. Dieciocho años sin verla son muchos años. No conocer a su nieto, seguramente tuvo que dolerle pero tampoco movió un dedo por ir a conocerlo. Y ahora... en esos momentos... se suponía que no era abuela, que yo no era madre... que la vida que yo conocía no existía. ¿Qué estaba pasando?

Me miró sonriendo y al fin, tras unos segundos, decidí salir del coche.

-Hola mamá... –dije tímidamente.

-¿No tendrías que estar trabajando cariño? –preguntó dándome un beso.

-¿Cómo? –no entendía nada. ¿Hacia dieciocho años que no me veía y me preguntaba por el trabajo? Ni un abrazo, ni unas duras palabras echándome en cara haberme olvidado de ella...

-En el taller. Ayer me contaste que estás en una buena racha. Los artistas llamáis a eso inspiración.

-¿Artista? Mamá, ¿qué estás diciendo? Hace dieciocho años que no nos vemos...



-Pero hija, ¿tienes fiebre? Estás muy rara... Entra, voy a preparar té.

Mamá se quitó los guantes llenos de tierra y me hizo pasar enérgicamente al interior de la casa, no sin antes saludar con un basto golpe de cabeza a la vecina, la señora Collins. Entramos en la cocina. Tal y como la recordaba. Tampoco había cambiado la decoración y mis vergonzosas fotografías de la infancia y adolescencia seguían encima de la chimenea. Es lo peor de ser hija única, todas y cada una de las fotografías aunque aparezcas con cara de no haber dormido bien o haberte fumado un porro, son expuestas ante los visitantes de la casa. Me senté aún consternada y sin entender qué era lo que estaba pasando. Miré a mi alrededor con la intención de descubrir las aún ocultas cámaras de televisión, pero ahí no había nada ni nadie. Sólo mi madre preparando un té con un olor extraño. A los dos minutos lo sirvió en la mesa y yo no sabía por donde empezar.

-¿Entonces dices que no hace dieciocho años que no nos vemos? –pregunté.

-¿Dieciocho años? ¿Qué te has fumado? Cariño, nos vemos cada día. Vives aquí al lado y tienes el taller en lo que antes era el almacén de la granja.

-¿La granja? ¿Trabaja allí?

-No podías hacerte cargo de ella cuando empezaste a tener tantos encargos y se la traspasamos a Frank... Hija, ya lo sabes. –explicó tocándome la frente.

-¡Frank! ¿Cómo está? –Frank y yo nos conocíamos desde siempre. Su única meta en la vida era quedarse en el pueblo y vivir tranquilo. Cualquier trabajo le venía bien. No tenía muchas aspiraciones.

-¿Frank? ¡Pero si os veis cada día! Aún pienso que tenéis un lío por mucho que me lo niegues. Mi vida, ¿tienes fiebre?

¿Un lío con Frank? En serio... ¿Con Frank? Con sólo imaginarlo me entraban escalofríos.

Mencionar a Matt sería una locura. Decirle que vivía en Nueva York desde hacía dieciocho años y era vicepresidenta ejecutiva de una de las compañías farmacéuticas más importantes del país también. Explicarle que era la nuera de uno de sus presidentes ejecutivos, me había casado con un modelo cañón y vivía en un apartamento de lujo en Upper East Side, era posiblemente, la peor idea en esos momentos. Al no ser que prefiriera acabar encerrada en un manicomio antes que quedarme en Kutztown.

-¿Me acompañas al taller? –quería llorar. Sólo quería llorar al verme dentro de una vida que podría haber elegido pero que no fue ni siquiera una opción. ¿Qué era lo que había pasado? ¡Quería ver a mi hijo! ¡Quería estar con Matt! ¿Qué podía hacer para despertarme de esa maldita pesadilla?

-Claro, cariño. Pero antes, bébete el té.

El té estaba malísimo. Agrio y maloliente era peor que tener que tomar forzosamente uno de esos jarabes rancios que mi madre me obligaba a beber cuando era pequeña y me constipaba.



Mi taller... ¡Era pintora! Y además de las buenas. Al entrar en el cuartucho que antes era el almacén para todas las herramientas de la granja, vi multitud de obras de arte abstractas que yo hubiera comprado en cualquier galería de arte neoyorquina que solía frecuentar cuando el tiempo me lo permitía. El lugar donde supuestamente creaba estas obras, estaba frente a la única ventana del cuartucho desde donde se podía ver el amplio bosque que rodeaba la granja donde en la actualidad trabajaba mi amigo Frank. Mi madre pudo ver en mi rostro una mezcla de desconcierto y alucinación por lo que estaba viendo. No me lo podía creer. Eso no lo podía haber hecho yo... mi trabajo era de todo menos creativo y ahí se respiraba arte por todos y cada uno de los rincones del taller.

-Hija, ¿te has dado algún golpe en la cabeza? –preguntó mamá alterada.

-¡No mamá! No me he dado ningún golpe en la cabeza. Están pasando cosas muy raras. –dije paseando por lo que era mi taller y yo aún no veía como tal.

Entonces recordé una idea efímera que me vino a la cabeza cuando tenía quince años. Quería estudiar Bellas artes, siempre me había gustado pintar pero era algo que había olvidado por completo debido a mi frenética vida en Nueva York. Y pensé... ¿Es posible que no se trate de una broma? ¿Tampoco de un sueño? ¿Cabe la posibilidad de que esté viviendo en una especie de mundo paralelo en el que soy una pintora que vive en su pueblo natal? ¿Era eso posible? No recordé haber bebido nada extraño a parte del té de mi madre... y antes de eso ya había ocurrido todo. Dejé de fumar con veinticinco años, así que tampoco podía tratarse de eso. Fue entonces cuando vi un cenicero repleto de colillas al lado de unos desorganizados y sucios pinceles. ¿En ese mundo paralelo seguía fumando? ¿En serio? ¿A mis treinta y seis años?

-Niña, vamos al médico. –continuó diciendo mamá.

-Nada de médicos. Quiero que me cuentes mi vida.

-Pues si no la conoces tú...

-Mamá. Por favor.

-Tienes treinta y seis años... –rió poniendo los ojos en blanco, como si la estuviera retando a un juego o algo por el estilo. Como si la que estuviera bromeando fuera yo, cuando aún tenía la esperanza de que todo fuera una broma pesada retransmitida por televisión al más puro estilo "El show de Truman". –No se te ha conocido ninguna relación desde que Mark se fue a vivir a Nueva York aunque sigo pensando que tienes algo con Frank... –insistió arrugando la frente más de lo normal. –Estudiaste bellas artes en la universidad de Pennsylvania... compaginaste tus estudios ayudándome en la granja. Luego te fue bien como pintora y traspasamos la granja a Frank... llevas una vida muy tranquila y yo diría que bastante triste y solitaria.

-¿Triste y solitaria? ¿Mark? –sabía quien era Mark. Y me parecía imposible haber mantenido una relación con él. Siempre pretencioso y orgulloso, nunca me gustó. ¡Odiaba a Mark!

-Sí y me parece que tienes que dejar de fumar. –recomendó cogiendo el cenicero y tirando con cara de asco todas las colillas en una enorme bolsa de basura negra. Resoplé al recordar lo mucho que me había costado dejar de fumar en lo que ya parecía otra vida.

-¿Y tú y yo nos llevamos bien?

-Claro. Desde que me dijeron que tenía cáncer, no me dejas sola ni un momento.

-¿Cómo? –empaldecí.

-¡Mujer! No pasa nada, lo tenemos asumido. –respondió sonriente. Acto seguido, se quitó la peluca. Hacía una hora, cuando la vi después de dieciocho años, no noté nada raro, simplemente pensé que había cambiado de peinado. Dejó al descubierto su cabeza desnuda y pude percibir en ese instante la gravedad del asunto. Mi madre estaba en tratamiento de quimioterapia para luchar contra su cáncer. Una enfermedad que ya se había llevado a mi padre veinte años atrás. No pude

evitar ponerme a llorar como una niña pequeña. Mi madre se acercó a mí y me abrazó. La última vez que me abrazó fue cuando murió mi padre... Un abrazo de ella era igual a –vamos a pasar una mala época. Pero todo tiene solución. Todo se acaba arreglando y si no... tiraremos hacia delante. No queda otra-.

A lo largo de las horas más extrañas de mi vida, pensé que lo más difícil había sido no poder ver a Matt. El momento más duro fue cuando preguntó quien era yo. El segundo momento más áspero fue ese... descubrir que mi madre tenía cáncer y no saber si se curaría o si las posibilidades de perder la batalla eran elevadas. Me sentí mal conmigo misma y con la situación. Mal por haberla abandonado poniendo como excusa nuestra incompatibilidad de caracteres. Mal por haber llevado la vida que creía querer y fatal por estar viviendo algo que yo no elegí. ¿Por qué estaba allí? ¿Qué estaba haciendo? Observé la peluca de mi madre e inmediatamente, como por inercia, toqué mi cabello. Y me acordé de aquella empleada de la empresa muy flaca y extremadamente bajita de ojos saltones que me arrancó dos pelos y salió corriendo. Miré al suelo. ¿Me habían hecho vudú? Nunca había creído en esas cosas pero ¿qué más podía ser? Las preguntas se amontonaban en mi cabeza provocándome un caos mental horroroso. Si sobrevivía a eso y no sufría un ictus repentino, podría con todo.

-¡Hola! ¿Cómo están mis chicas preferidas? –saludó una jovial y alegre voz masculina.

-Hola Frank. –saludó mamá colocándose de inmediato la peluca.

Se supone que conocía a Frank. Lo conocía muy bien, pero para mí habían pasado dieciocho años desde la última vez que lo vi. Y no estaba para nada igual a como lo recordaba.



## LADY BONNIE

Lo primero que hizo Bonnie Larson al despertarse la mañana del ocho de noviembre de 2012, fue comprobar su cuenta bancaria. Tal y como esperaba, se añadieron como por arte de magia, los ceros que a la pobre Nora Clayton le faltaban. Sonrió para sí misma y se puso un ajustado traje negro que tenía reservado en su armario desde hacía mucho tiempo. Con cuidado, caminó torpemente con sus zapatos de tacón recién estrenados, por el estrecho pasillo de su apartamento. Parecía un ciervo aprendiendo a caminar. Tras un par de esguinces en los tobillos, pudo salir de casa no sin antes maquillarse un poco y decidir prescindir de sus enormes gafas de pasta. Se sentó en su maravilloso y reluciente Porsche Cayman blanco perlado, deleitándose en el aroma que desprendía el cuero blanco recién estrenado de sus asientos. Encendió el motor y el Porsche empezó a rugir ferozmente. Una sensación muy diferente a la de ir en un tren amontonado de gente que no conocen las dos palabras “Higiene personal”. Al llegar a la empresa, los dos matones de seguridad que siempre la habían ninguneado, la dejaron pasar con todos los honores. Aparcó y subió decidida hasta su nuevo despacho, desde donde observaría a los peones trabajar eficazmente. Hacía tan solo unas horas, ella era un peón más pero nadie lo sabía. Nadie la recordaba. Bonnie Larson se había esfumado para siempre. Aquellos tiempos en ese mundo paralelo, no existían. Para nadie. En ese mundo, Bonnie Larson era una mujer muy afortunada.

-Buenos días Bonnie. –saludó alegremente Virginia. Bonnie la ignoró recordando lo mal que la había tratado el día anterior cuando aún no era nadie y entró en su nuevo despacho.

El despacho estaba tal y como lo había dejado Nora, aunque faltaba su entrañable y feliz fotografía familiar en la mesa. En ella aparecían Stuart y Nora mirando embobados a un pequeño Matt de dos años y medio. La familia que Bonnie había destruido, la familia que en ese mundo jamás se había creado aunque desde algún rincón, Nora sí lo siguiera recordando como si hubiera existido desde siempre. Se preguntó donde estaría Nora, que decisión habría tomado después de darse cuenta que su marido y su hijo no la conocían como la esposa y madre que ella había decidido ser. Rió para sus adentros y encendió el ordenador. El momento en el que Nora Clayton había informado que diez mil trabajadores serían despedidos de la empresa, nunca había sucedido. Todos estaban a salvo en sus puestos de trabajo, puesto que para ese mundo paralelo del que sólo eran conscientes Nora y Bonnie; la anterior vicepresidenta ejecutiva de la compañía jamás había estado ahí. Stuart entró de sopetón en el despacho. Bonnie lo miró fijamente y hasta ese momento no se dio cuenta de lo atractivo que resultaba el hijo del jefe.

-Bonnie, ¿cómo estás?

-Muy bien, Stuart... –respondió Bonnie. Ni siquiera ella parecía ser la misma persona tímida e insegura que todos habían repudiado durante años.

-Quería proponerte algo. –dijo Stuart situándose frente a Bonnie y frotándose las manos con nerviosismo. Bonnie arqueó las cejas y lo miró con la mejor de sus sonrisas aunque su dentadura luciese torcida y amarillenta. –Una cena.

En ese mundo paralelo, Stuart era viudo. Se había casado con una preciosa modelo llamada Lucille Spencer que falleció hacía tres años de un accidente de coche con sólo treinta y dos años. Dejó viudo a Stuart y a un pequeño John de tres años, idéntico a su padre y por lo tanto idéntico a Matt, el hijo que Nora Clayton había engendrado en ese mundo que había dejado de existir por culpa del maleficio de Bonnie.

-¿Me pasas a buscar a las siete? –propuso coqueta Bonnie.

-Por supuesto. Tengo tu dirección en el archivo, ahora la miraré. –Bonnie asintió satisfecha.

-Estoy deseando que llegue la hora.

-Y yo, Bonnie. Y yo. ¡Feliz día!

Stuart no era el hombre que Nora conoció. Su carrera como modelo fue eclipsada por su famosa mujer, algo que lo convirtió en un hombre más humilde de lo que había sido en ese otro mundo olvidado. Se desvivía por su hijo John, era lo único que le quedaba y también se esforzaba a diario en su trabajo. Quería que su padre, de vacaciones en Roma con su nueva novia llamada Jennifer de veinticinco años, se sintiera orgulloso de él. Poder pertenecer algún día a la junta directiva de la compañía en vez de ser sólo el jefe de la sección administrativa. Y también quería volver a enamorarse. Bonnie era la candidata perfecta para él. Amable y eficiente en su trabajo, atractiva y elegante... desde que entró a trabajar en la empresa como vicepresidenta ejecutiva hacía dos años, Stuart no había podido dejar de pensar en ella. Y ya habían pasado tres años desde la muerte de su mujer. Merecía una segunda oportunidad. Bonnie sería una madre estupenda para John.



## MUNDOS PARALELOS

Los años no habían tratado bien al pobre Frank. La melena castaña que lucía hacía años se había vuelto blanca y aunque siempre pensé que las canas hacen atractivo a un hombre, reconocamos que Frank no era George Clooney... el trabajo en el campo había envejecido su piel haciéndolo parecer mucho más mayor de lo que era pero no en plan sofisticado, demasiado bronceada, demasiado arrugada y castigada. Su esbelta figura adolescente se había deformado, dando paso a una prominente barriga cervicera, brazos flácidos tras la fea, desgastada y sucia camisa de cuadros que llevaba y una chepa que no le favorecía en absoluto. Se suponía que veía a diario a Frank, así que no tenía sentido recibirlo con un abrazo en plan colegas que hace siglos que no se ven. Me limité a sonreír aunque ni siquiera eso me salió bien. Estaba en shock.

-Nora, ¿nos vamos luego a tomar unas cervezas? -¿Cerveza? Yo odiaba la cerveza.

-¿Dónde? -Frank pareció desconcertado.

-Ni caso, está muy rara. -dijo mamá negando con la cabeza y volviendo a tocar mi frente para ver si tenía fiebre.

-En la taberna, donde siempre. -sugirió Frank.

-Bueno... vale.

¿Esa era mi vida ahora? ¿Ir a beber cervezas con Frank a la taberna, cuidar a mi madre enferma de cáncer y pintar? Quería volver a llorar. Sólo pensaba en Matt. En mi hijo... en mi vida.

-Si me disculpáis un momento... -dije alejándome de ellos.

Fui corriendo hasta el bosque. Me situé frente a una ordenada y perfecta fila de árboles. En frente, un sendero recto, oscuro y frondoso. Caminé hacia allí y me detuve. Volví a recordar a la empleada que me arrancó dos pelos pero por más que quisiera no lograba recordar su nombre. ¿Qué me hizo aquella maldita bruja? ¿Qué estaba pasando? Volver a Nueva York sería una locura. Stuart y Matt me cerrarían la puerta en las narices. El que yo consideraba mi marido, volvería a amenazarme con llamar a la policía... Los matones de la entrada de la empresa volverían a reírse de mí. Ni siquiera sabía si mi destartado Fiat podría volver a recorrer dos horas de camino hacia Nueva York.

-Es una pesadilla Nora. Esto es una pesadilla... A la de una... a la de dos... a la de tres... ¡Despiértate! -cerré con fuerza los ojos, pero al abrirlos, seguía teniendo el bosque frente a mí. De fondo seguía escuchando a Frank y a mamá.

Tal vez fuera en ese momento, en el que los pájaros ajenos a los problemas del resto del mundo cantaron para mí, cuando me di cuenta de mi realidad. No era un show televisivo, no era una broma ni una pesadilla. Era real. Extraño pero real. Estaba viviendo la vida que no elegí. En una especie de mundo paralelo en el que no me había casado, no había tenido hijos, no vivía en Nueva York ni había estudiado periodismo y económicas. Tampoco había dejado de fumar, me gustaba la cerveza y Frank era mi mejor amigo. Mi madre tenía cáncer y yo seguía viviendo en Kutztown, el lugar del que huí cuando tenía dieciocho años. El resto de detalles, los iría averiguando sobre la marcha pero lo peor de todo era recordar quien había sido al haber elegido un camino totalmente distinto al que ahora me encontraba. ¿Caba la posibilidad de que mi otro YO estuviera viviendo en mi mundo? Negué con la cabeza... eso era una locura, demasiado complicado. Nunca le hubiera puesto John a mi hijo... ¿Por qué era idéntico a Matt? Esa cuestión me obsesionaría a diario hasta que pudiera solucionar el asunto. Porque lo solucionaría y para eso, debía hablar con aquella mujer que me arrancó dos pelos... tarea difícil porque ni siquiera recordaba su nombre. No sabía ni por donde empezar. Volví con mamá y Frank.

-Me voy a quedar en el taller. -dije mirando la hora. Las cuatro de la tarde. Ni siquiera me había acordado de comer y aún tenía el apesoso sabor del té de mamá.

-¡Te queda una hora! Hasta que nos vayamos a tomar nuestras cervecitas. -dijo Frank alejándose de nosotras para ir junto a las vacas que pastaban a sus anchas por la granja vallada.

-Yo me voy a casa. Estoy cansada...

-¿Cansada? ¿Pero estás bien? ¿Te llevo en coche? -pregunté alarmada.

-Cariño, no... trabaja un rato. Estoy bien y me apetece dar un paseo... -mamá me dio un beso en la mejilla y lentamente, como si llevara todo el peso del mundo a sus espaldas, se alejó. Toqué mi mejilla asombrada. Mamá no me había dado un beso desde que tenía siete años y me caí con la bicicleta... En ese mundo paralelo -así fue como decidí llamarlo a pesar de que aún no tenía ni puñetera idea de si estaba en lo cierto-, mamá era encantadora. Nos llevábamos bien... había elegido estar con ella en vez de vivir mi vida en la ciudad de los rascacielos y supongo que eso sí le gustó. La cuestión era... ¿me gustaba a mí? ¿Me arrepentía de algo?

Miré el taller. El desorden era horroroso pero las pinturas eran magníficas. Recorrí con mis dedos los trazos bien definidos de cada una de las obras, clasificadas por colores. Destacaba el verde y los colores vivos y llamativos... Cada obra era como adentrarse en un mundo enigmático y mágico lleno de color. Imaginé que la ventanita que daba al bosque era toda una inspiración. Un soplo de aire fresco que corría por mis venas y provocaban magia en mis manos. Yo estaba acostumbrada a teclear mientras miraba la pantalla de un ordenador repleta de números, no a eso. Ni siquiera recordaba haber estudiado Bellas artes y sí la fascinante carrera de periodismo que me abrió las puertas para conocer a Stuart y la aburrida y agobiante carrera de económicas que me amargó la existencia unos años pero me facilitó la entrada por todo lo alto en la compañía de mi suegro. Ahora aquello ya no servía de nada... había dejado de existir. Cogí un pincel como si fuera la primera vez que lo hacía y sin saber exactamente lo que estaba haciendo, tracé unas cuantas líneas en un lienzo ya empezado. Todo un riesgo... Lo miré desde la lejanía sorprendida ante mi talento innato y sin creer que esa obra de arte la hubiera hecho yo. ¡Cuánto dinero me habría ahorrado si hubiera descubierto antes ese don! Seguí pintando, perdiendo la noción del tiempo y del espacio. Pintar me aportaba calma, paz... haciéndome olvidar las peores horas de mi existencia. Una hora después tal y como había prometido, Frank vino al taller. Se había duchado, cambiado de ropa y puesto colonia, por lo que supuse que vivía en la granja, en una pequeña cabaña que mi padre construyó hacía muchos años.

-¿Vamos? Tengo que darte una noticia importante. -lo miré de reojo. Me puse a temblar. Ay Dios mío... ¿y si era verdad? ¿Y si teníamos un lío? Lo miré de arriba abajo. Frank no me atraía nada de nada, ni siquiera los ojos azules le quedaban bien. Y los ojos azules le sientan bien a todo el mundo. Pero a Frank no... No, no podía ser... ¿Frank y yo? No, no, no, no...

-¿Qué noticia? Hoy ya he tenido muchas novedades, no quiero más. -respondí seriamente.

-¡Oye! Que esta noticia te va a alegrar... ¡La llevas esperando muchos años! -dijo alegremente. Lo volví a mirar de arriba abajo. ¿No me iría a pedir matrimonio? Sólo a Frank se le ocurriría pedirle matrimonio a una mujer en la taberna de la calle Main.

-Ve yendo hacia la taberna... Yo acabo esto y ahora voy.

Frank asintió sorprendido y obedientemente se fue. Estaba tan acostumbrada a ser quien daba órdenes, que por alguna extraña razón la gente seguía haciéndome caso. Al menos en Kutztown, porque lo que era en Nueva York... parecía ser el nuevo payaso de feria.

Terminé mi obra de arte quince minutos después y como por inercia, cogí un cigarrillo y lo encendí. La primera calada casi me tumba al suelo, pero la segunda y la tercera me volvieron a enganchar al maligno vicio de la nicotina. Ví que tenía un ordenador portátil en una antigua y pequeña mesita que anteriormente fue una reliquia de la familia. La había tallado a mano mi bisabuelo, o sea que tenía más años que Matusalén. El ordenador también tenía años... sencillo, desesperadamente lento y anticuado, tuve que adaptarme y volver a aprender en segundos el funcionamiento de Windows tras años acostumbrada a elegantes y sofisticados Mac. Revisando los archivos que tenía guardados en una carpeta llamada “CUENTAS”, me cercioré que la venta de mis obras iban muy bien y que con los años, su valor se vería aumentado notablemente. Tenía varios encargos, demasiados... no podría asumirlos en ese momento al no ser que... observé a mi alrededor. Un poquito de orden no me hubiera venido mal en ese otro mundo... tal vez los encargos ya estaban acabados y sólo faltaba la entrega. Suspiré y decidí mirarlo con calma al día siguiente. Había sido demasiado, mi cabeza iba a estallar.

Al llegar a la taberna, Frank ya había acabado un par de cervezas y estaba a punto de empezar la siguiente. Junto a él bebían cerveza y reían Lisa y su gemela Julia y Matthew. También habían cambiado mucho y no para bien. ¿Qué le pasaba a la gente de Kutztown? ¿Llevar canas estaba de moda? Lisa y Julia iban conmigo a clase y por lo visto no sabían lo que era el tinte. Fueron guapas en su adolescencia y aunque seguían conservando su mirada vivaracha y sus perfectas sonrisas, sus rostros necesitaban a gritos una buena e intensa limpieza de cutis. Por como Matthew tenía puesta su mano en la pierna de Julia, supuse que salían juntos o se habían casado. Y a Lisa, la veía muy pendiente de Frank y viceversa. Con una difícil sonrisa les saludé y me dirigí hacia la barra donde Karl me estaba mirando fijamente.

-¿Qué tal Karl? –pregunté.  
-¿Una cerveza? –vomitaría seguramente.  
-¿No tendrás un zumito de piña?  
-¿Un zumo? ¿En serio?

El viejo Karl puso los ojos en blanco y se dirigió hasta el almacén, de donde trajo un zumo de piña que debía estar caducado. Asentí malhumorada retirando el polvo del envase del zumo y armándome de valor, me dirigí hacia la mesa donde me esperaban Frank y el resto.

-En fin... –como decirles que... ¿me alegraba de verlos después de tanto tiempo? No podía. –Frank, ¿qué querías decirme?

Supé en seguida que la propuesta de matrimonio fue sólo fruto de mi imaginación sugestionada por mamá. Lisa acarició cariñosamente la mejilla de Frank y éste le dio un rápido beso en los labios antes de prestarme atención. Debo reconocer que fue una de las pocas alegrías que había recibido en las últimas horas de mi vida.

-¡Mark vuelve al pueblo! –exclamó sonriente.  
-¿Y a mí que me importa? –pregunté instintivamente. Todos cambiaron la expresión de sus rostros. Arrugaron –aún más- sus anchas frentes heredadas de sus antepasados alemanes y sin necesidad de hablar, supe de inmediato que esa respuesta no era la que esperaban. ¿Qué había pasado con Mark en ese mundo paralelo que estaba empezando a descubrir?

Lo último que supe de Mark fue que publicó un libro y fue de manera casual. Paseaba por la Quinta Avenida de Nueva York con Matt y vi un gran cartel en una librería que promocionaba la nueva novela de Mark Ludwig. Aún recuerdo su título y su portada. Se titulaba *Olvidar que te olvidé* y pensé que era uno de los títulos más estúpidos que había visto jamás. En la portada aparecía el perfil de una mujer perfecta en la que destacaban unos carnosos labios rojos. En la fotografía promocionando el libro, un Mark de unos cuarenta años con pose interesante y mirada intensa hacia el infinito. En más de una ocasión me lo encontré por las calles de Nueva York y con un poco de suerte, siempre logré pasar desapercibida para no verme en la obligación de saludarle. Odiaba a ese hombre... lo odiaba desde aquella vez en la que me tiró una pelota de baloncesto a la cara cuando yo tenía diez años y él debería tener unos catorce. Ya entonces, era un idiota... ni siquiera me pidió perdón, se limitó a reír con sus amigos y yo me fui a casa con un moratón terrible en el ojo que duró días y la nariz sangrando. Luego crecimos, yo recuerdo haberme ido a Nueva York y por lo que sé, él siguió mis pasos. Pero en el pueblo nunca nos dirigimos más de cinco palabras seguidas. Solíamos mirarnos con desprecio desde la distancia, ignorándonos el uno al otro. Por lo visto, la historia en ese mundo paralelo, había sido muy distinta y aunque quería evitarlo a toda costa, me moría de curiosidad por descubrir todos los detalles.

-Mark ha sido el amor de tu vida, Nora. –explicó Lisa sonriendo tristemente. Quería gritar y desparramar mi caducado zumo de piña por las anchas frentes de mis cuatro viejos amigos.

-Eso está más que olvidado. –inventé. ¿Lo estaba? –Dime, ¿cuánto hace que...? –quise saber.

-Pues... –Julia hizo memoria y empezó a contar con los dedos susurrando palabras ininteligibles. –Ya han pasado doce años. ¡Parece que fue ayer!

-¡Doce años! Por favor... –resoplé. Nadie puede seguir enamorado de alguien con quien ha cortado hace nada más y nada menos que doce años...

-Pero no has rehecho tu vida, Nora... y no habrá sido por falta de oportunidades. –insistió Frank. El cabello blanco se había apoderado de su anterior melena castaña pero en algo no había cambiado... seguía diciendo lo primero que se le pasaba por la cabeza aunque fueran auténticas estupideces.

-Será porque prefiero estar sola. –respondí dándole un sorbito a mi zumo de piña e inventando una vida de la que no tenía mucha información. –Y ahora si me disculpáis, me voy a casa.

Al girarme, vi a Mark pidiendo en la barra. No fui la única que lo vio, mis amigos ya cuchicheaban y reían nerviosamente. Debo decir que sentí una especie de punzada en el corazón, maripositas en el estómago como la primera vez que salí a cenar con Stuart... La mejor reacción física del mundo pero también la más peligrosa. A Mark le quedaban muy bien las canas. Llevaba puestas unas gafas de pasta negras que lo hacían parecer más atractivo tras esos llamativos ojos verdes. Su descuidada barba de tres días ejerció una poderosa atracción en mí y sus dedos largos y fuertes no podían evitar imitar los movimientos a los que estaban acostumbrados al teclear en el ordenador miles de palabras, haciéndolo también en la barra. ¿En ese mundo paralelo en el que parecía encontrarme, Mark aún pensaría en mí? ¿Seguiría sintiendo algo por mí? ¿Había la remota posibilidad de que Mark también hubiera vivido en mi otro mundo paralelo a este y no recordara ninguna relación sentimental conmigo? Siendo como dos desconocidos en Nueva York con sus respectivas y distanciadísimas vidas... con nada en común, sin historias que recordar, sin vivencias con las que atragantarse en una temida conversación casual. Sentí un miedo repentino al que no estaba acostumbrada e intenté hacer lo que había hecho durante años cuando me cruzaba con él por las calles de Nueva York.

Antes de que pudiera escabullirme a toda prisa, Mark me vio. Me miró seriamente y me saludó con la mano. El cuarteto se había callado, observando la escena expectantes, como si estuvieran en el cine viendo una comedia romántica de esas que tanto me gustaba compartir con Stuart al principio de nuestra relación... Le devolví la mirada a Mark y seguí corriendo a toda prisa hasta la salida de la taberna. Dios mío, eso parecía más largo que el pasillo del Resplandor. Mark corrió hacia mí y en un rápido movimiento, logró cogerme del brazo dejando su seriedad a un lado, para dar paso a la sonrisa más bonita que había visto en mi vida.



## STUART, BONNIE Y SU PRIMERA CITA

Bonnie sabía que no tendría que ir nunca más al Bronx ni vivir en el decadente apartamento donde había pasado los últimos diez años de su vida. Se preguntaba porque no lo había hecho antes. Esa maldición era la mejor idea que se le había ocurrido a lo largo de su existencia y al fin podría tener la vida que creía merecer después de tantas desgracias. Había dejado de ser la torpe mujer que chocaba contra la pared y le daba sin querer al interruptor de la luz, para pertenecer al selecto y escaso grupo de mujeres que brillan con luz propia y todo el mundo se da la vuelta para mirarlas con admiración nada más aparecer. Pensó en hacerse algunos arreglitos. Corregir su dentadura, empequeñecer su nariz e incluso quitarse algunas arruguitas típicas del paso del tiempo. Había algo que no lograría jamás. Ser tan atractiva como Nora Clayton en la que no podía dejar de pensar. Tener sus brillantes ojos azules, su perfecta nariz, sus labios carnosos y esa piel envidiable que por más magia que hiciera no podría imitar. Dejó de obsesionarse con la ya ex vicepresidenta ejecutiva de la compañía que en ese mundo jamás existió, al entrar en su lujoso apartamento situado frente a Central Park y muy cercano al de Stuart y su hijo John. Sonrió al verse envuelta en maravillosas obras de arte, grandes y lujosas estancias y ostentosos muebles. Se tumbó relajada en el gran sofá de piel blanca y miró la despampanante lámpara de cristallitos que había en el techo. Siempre quiso una lámpara como esa. Sonriente, fue dando saltitos hasta su habitación, donde podría presumir ante cualquiera de su completo vestidor. Vestidos, trajes, cientos de zapatos de tacón con los que tendría que aprender a lidiar, maquillaje profesional con el que podía conseguir el rostro magnífico que deseaba... y escondido en uno de los armarios, el libro de hechizos heredado de su madre. Lo cogió con sumo cuidado y al abrirlo, le pidió que le mostrara en imágenes como era la vida de Nora. El libro, inmediatamente obedeció las órdenes de su ama y le mostró una Nora Clayton muy diferente a como ella la recordaba en su solemne despacho. Perdida, confundida, con un rostro que mostraba el difícil momento que estaba aprendiendo a digerir. Se encontraba con la mirada fija hacia un infinito bosque verde repleto de árboles perfectamente alineados que convivían en una preciosa armonía. Bonnie satisfecha, cerró el libro y se dispuso a ponerse guapa para su primera cita con Stuart. Eligió para la ocasión un vestido ajustado rojo y unos zapatos de tacón negros. Se sentó en el tocador y sus manos inexpertas empezaron a adornar su huesuda cara, sus saltones ojos marrones y a disimular las imperfecciones de la piel. Recogió su pobre y escaso cabello y sin dejar de mirarse en el espejo, intentó imitar una de esas sonrisas hollywoodenses que a todo el mundo cautivaban. No quedó del todo satisfecha, pero sabía que a Stuart le atraía. Y su poder sería cada vez más y más infinito hasta el punto de hechizarlo y enloquecerlo por completo.

A las siete, sonó el timbre de la puerta. Era Stuart, elegante y puntual con un ramillete de preciosas flores blancas en su mano.

-Muchas gracias. -agradeció Bonnie dándole un beso en la mejilla. -Voy a ponerlas en agua.

Mientras Bonnie se alejaba hacia la cocina, Stuart no pudo evitar mirarle el trasero. Normalmente siempre se había fijado en mujeres más voluptuosas pero Bonnie tenía algo especial. Algo que lo había vuelto loco. Al volver, la recibió con la mejor de sus sonrisas y una mirada pícaro que tenía muy estudiada. Le ofreció el brazo y se fueron juntos hasta la calle, donde les esperaba el chofer de Stuart para llevarlos al distinguido restaurante que él mismo había elegido para la ocasión. Si algo sabía hacer bien Stuart, era sorprender y encandilar a sus acompañantes. Todos esos años sin una cita no le habían hecho perder la práctica, si no más bien todo lo contrario... tenía ganas, muchas ganas de abandonar por unas horas su mundo infantil junto a John y mantener al fin una romántica velada con la mujer de sus sueños. Y esa mujer era Bonnie.

El coche se detuvo frente al restaurante italiano Lattanzi, en pleno corazón de Manhattan situado en el distrito de los teatros que te hacía sentir en cada uno de sus seis comedores como si estuvieras en el famoso Trastevere de Roma. A Stuart le traía buenos recuerdos ese lugar. Solía venir mucho con su mujer, pero prefirió ocultarle ese pequeño detalle a Bonnie. Los dos tortolitos salieron del coche agarrados y entraron en el interior del restaurante donde les dieron una de las mejores mesas con vistas a los rascacielos de Nueva York. En la mesa de al lado, Brad Pitt y Angelina Jolie degustaban un delicioso plato de espaguetis. Bonnie trató de disimular su entusiasmo al sentarse en la mesa de al lado del mismísimo Brad Pitt y trató de centrarse en su acompañante, acostumbrado a ese tipo de ambientes.

-¿Habías venido alguna vez aquí? -preguntó Stuart amablemente.

-No, nunca. He estado en sitios similares pero... -intentó disimular Bonnie mirando de reojo a Brad. -...nunca aquí.

-Preparan unos platos deliciosos. La mejor cocina italiana de la ciudad. Ya lo verás.

Bonnie se moría por degustar una sabrosa pizza italiana pero se dejó llevar por Stuart y sus gustos refinados. La cena era agradable, Bonnie estaba encantada de tener al fin a un hombre que le prestara toda su atención a pesar de tener a Angelina Jolie al lado, a quien ni siquiera miró.

-Te preguntaras... porque he tardado tanto en pedirte una cita. -Bonnie abrió los ojos como platos. Stuart asintió dispuesto a compartir con ella parte de su intimidad por primera vez. -Mi mujer murió hace tres años y hasta ahora no me he sentido preparado para tener una primera cita con alguien. Lo cierto es que desde que entraste en la compañía me fijé en ti... Y me alegró mucho que aceptaras mi proposición esta mañana. Es un placer cenar contigo.

-Siento lo de tu mujer. -se lamentó Bonnie pensando una vez más en la pobre Nora cuyo apellido habría dejado de ser Clayton. -Pero debo decirte que el placer es mío y ojalá repitamos pronto. -Bonnie le guiñó un ojo a Stuart, que embobado, tiró sin querer la copa de vino tinto al suelo. Los cristallitos de la copa saltaron en mil pedazos y las gotas de vino salpicaron hacia los pies de Angelina Jolie, que miró amenazante a un Stuart aún embrujado por la mirada de ojos saltones de Bonnie.



**MARK, EL ESCRITOR**

Esa sonrisa no me atraparía. No, que va... esa sonrisa sólo podía seducir a lectoras fanáticas de un atractivo escritor que seguramente quería camelarlas para llevárselas a la cama. ¿Por qué te hiciste escritor? Recordé que le habían preguntado en una entrevista de la CNN. *Porque quiero dar a conocer a través de las palabras, las historias que en muchas ocasiones milagrosamente, llegan a mi mente.* Respondió pausadamente y resultando de lo más interesante. También recuerdo que en ese momento reí para mis adentros y supe que se había hecho escritor para romper corazones.

-¿Se puede saber que estás haciendo? ¡Suéltame! –Mark me obedeció confundido.

-¿Cómo? Me mandaste un mensaje la semana pasada diciéndome que te morías de ganas de verme. –respondió. No parecía el hombre arrogante y orgulloso que yo recordaba. Al menos no a simple vista.

-¿Qué? Mira, no voy a perder el tiempo contigo. Yo me largo de aquí. –dije mirando a mis cuatro amigos que seguían mirándonos expectantes. Estaban entusiasmados ante la escenita y deseosos porque hubiera un romántico beso, una intensa mirada... ALGO. Pero sus caras de fastidio los delataron. Ahí no iba a pasar nada de nada, era tan previsible como cualquier película de Adam Sandler.

Ofendida y malhumorada, me dirigí hasta mi coche dispuesta a ir a casa de mamá. No podía creerlo. Era la única persona con la que me apetecía estar en esos momentos después de años sin querer saber nada de ella. Antes de abrir la puerta, vi a Patricia. Iba corriendo maldiciendo sus zapatos de tacón rojos. Rebobinemos. En el mundo que había elegido, yo había trabajado en una revista de moda cuando acabé la carrera de periodismo mientras me adentraba en la de económicas. Patricia era amiga mía, tuvo un par de citas con Stuart hasta que él se fijó en mí. No había vuelto a saber nada de ella y supuse que en ese mundo, Patricia no me conocía. Nunca nos llegamos a conocer ni fuimos íntimas amigas. Tampoco se enfadó conmigo ni deseó que me quedara calva, sorda y coja cuando Stuart me eligió. Yo nunca llegué a estudiar periodismo, nunca llegué a vivir en Nueva York y tampoco había trabajado en la revista de moda que tan bien recordaba.

Aún así, me armé de valor y puse en marcha mi poderosa imaginación para poder hablar con ella. Antes de que pudiera entrar a la taberna, la detuve sabiendo que no me tomaría por una chalada, pues Patricia tenía la gracia divina de poder hablar con cualquiera aunque no le conociera de nada.

-¡Hola! –saludé alegremente.

-¿Sí?

-Eres Patricia Geller, ¿verdad?

-Sí... –respondió confusa. –Y tú...

-¿No me recuerdas? Nora Cla... –casi lo olvidaba. Clayton no era mi apellido. Nunca lo había sido en ese mundo. –Nora Stewart... Era amiga de Stuart y nos vimos en una ocasión. ¡Vaya! No has cambiado nada. –lo único cierto era eso. Patricia no había cambiado en absoluto. Seguía manteniendo su preciosa melena larga pelirroja, su cutis perfecto repleto de unas graciosas pequitas y unos brillantes ojos color miel.

-¿Eres amiga de Stuart? –asentí. –Vaya... mejor no hablar de ese tipo. Me enteré por las noticias que Lucille, la modelo por la que me dejó había muerto. Pobrecita... –continuó diciendo irónicamente.

Fui incapaz de decir nada. ¿Stuart viudo? Mi mundo se vino abajo. Volví a pensar en Matt. El Matt que en ese mundo se llamaba John y seguía siendo idéntico al hijo que no tenía puesto que a pesar de ser de otra mujer, también había heredado todos los genes de Stuart. Así que no era hijo mío, si no de una modelo muerta según Patricia.

-Y te preguntarán... ¿qué hago en este pueblucho? –miró a su alrededor asqueada. –Salgo con Mark Ludwig, el escritor. –me informó con orgullo. Me quedé aún más pasmada. –Supongo que lo conoces. Bueno... salir la verdad que de momento no salimos, pero estoy en ello. Me ha traído a su pueblo para darle celos a una ex. ¿Te lo puedes creer? Las mujeres sabemos como acaban estas cosas. –rió. Patricia siempre fue presuntuosa y creída, hay cosas que no cambian.

-Y... ¿cómo acaban? –quise saber.

-Sólo te diré que si dentro de una semana estás por aquí, lo comprobarás por ti misma. –respondió guiñándome un ojo divertida. –Y ahora si me permites, voy a entrar y a pasar a la acción. Un placer, ¡adiós!

Al abrir la puerta, me quedé viendo como contorneaba su perfecto trasero hacia el interior de la taberna. Mark seguía en la barra esperándola y pudo ver mi cara de idiota. Le sonreí y acto seguido, me fui corriendo hacia mi coche. Suficiente por hoy.

Mamá estaba en la cocina preparando su té. La veía diferente a como la recordaba y volví a pensar en la maldita enfermedad que la estaba consumiendo. Me impactó ver su cabeza despejada y su rostro sin cejas.

-Me picaba la peluca. –dijo tocándose la cabeza con humor. –¿Qué haces aquí?

-¿Qué?

-No sueles venir por la noche, cariño.

-Claro, porque... no vivo aquí.

Punto a mi favor. Al menos no vivía con mamá a mis treinta y seis años. Pero... ¿dónde vivía? ¿Cómo preguntárselo sin que le entraran ganas de llevarme al manicomio?

-Tengo ganas de pasear, así que luego te acompaño a casa. ¿Quieres un té?

-No... ni hablar.

-¿Has cenado?

-Sí. –mentí. –Mamá... El cáncer... –mamá se sentó y me miró fijamente sonriendo.

-El cáncer va mal, Nora. Va muy mal. Dos meses, tres como mucho. –respondió con toda la normalidad de la que fue capaz.

Se me cayó el mundo encima y no pude evitar llorar como una niña desconsolada. Mamá me abrazó. La segunda vez en ese día. Y volví a pensar en Matt, en la madre que fui y que ya no era, en la vida que me perteneció y que por alguna extraña razón no existía dentro de ese mundo. Y lo peor de todo, mamá dejaría de existir en unos meses y yo me sentía tremendamente culpable porque para mí hacía muchos años que no la veía, que la había ignorado por completo y me avergonzaba decir que era mi madre. Entre sus brazos, podía decir que estaba orgullosa de ser su hija. Así me sentía en esos momentos, intentando olvidar un pasado que para ella nunca había existido. Pero para mí sí. Seguía dándole vueltas a la cabeza, seguía confundida y más perdida que nunca.

Media hora después, mamá se colocó la peluca y me acompañó dando un tranquilo y silencioso paseo nocturno hasta casa, a sólo cinco minutos de distancia. Me entraron escalofríos al descubrir donde vivía. Hacía muchos años, era propiedad de Dorothy Newman, una ancianita a la que le encantaba apretujar las mejillas de los niños, que murió en su cama mientras dormía. Así que vivía en esa casa restaurada de la época Victoriana como casi todas las casas de Kutztown. Busqué en el interior de mi horroroso bolso de flecos las llaves. Ahí estaban, como si hubieran estado toda la vida. Me despedí de mamá con un beso en la mejilla, observando como se alejaba por las solitarias y frías calles de Kutztown, rodeadas de encantadoras casitas campesinas.

Pude recordar a la anciana sentada en una silla balancín que ya no estaba en el porche de mi nueva propiedad. Al contrario que ella, yo no había plantado flores en el jardín. Nada más entrar, encendí las luces y miré a mi alrededor. El mobiliario era muy rústico, nada que yo hubiera elegido parecía estar ahí. No la sentía como mi casa, no era un hogar para mí. Encima de la chimenea había diversas fotografías enmarcadas. Me acerqué a mirarlas. En todas aparecía yo, sonriente, jovial y feliz y sin apenas maquillaje. Muy diferente a la Nora que yo había decidido ser. Fotografías con Frank y toda la tropa, con mis pinturas, orgullosa de ellas en una galería de arte...

y varias con Mark. Abrazados, enamorados... en la montaña, en la taberna, en un restaurante, en el lago... ¿Por qué no recordaba nada de eso? Encima de una mesita de madera al lado del sofá verde había un teléfono móvil. ¿Quién deja hoy en día el teléfono móvil en casa? Aunque no era de última generación, al menos tenía servicio de Whatsapp. Conversaciones cortas con mamá, algunas con Frank, con una tal Christine... y ahí estaba, Mark. Abrí los ojos como platos al ver que yo le había escrito que lo echaba de menos, que necesitaba verlo, que hacía demasiado tiempo que no sabíamos el uno del otro... me sorprendí aún más al leer lo que él me había escrito. *“Recuperemos el tiempo perdido, han pasado demasiados años. Vuelvo a Kutztown, nunca debería haberme ido”*. Resoplé. No podía ser verdad. No podía haberme enamorado de Mark. ¡Lo odiaba!

Subí las escaleras. La vieja madera crujía y me atemorizaba imaginar el fantasma de la vieja Dorothy esperándome en lo alto de las escaleras. Nada más llegar al pasillo, encendí las luces. Si el fantasma aparecía, que no me pillara a oscuras. Abrí todas las puertas. Dos amplios dormitorios, un estudio y un cuarto de baño. Entré en el que había ropa tirada por el suelo y la cama sin hacer. Supuse que esa era mi habitación. Un caos, un desastre. Las sábanas no oían a flores campestres como las de mi apartamento de Nueva York. No eran de un tejido suave, ni delicado ni agradable al tacto. Pero estaba cansada, muy cansada... tanto, que al tumbarme y taparme con la manta, cerré los ojos y el sueño me invadió por completo. Un sueño que al fin aclararía todas mis dudas en las horas más extrañas de mi vida.



## EL EMBRUJO DE BONNIE

Stuart acompañó hasta casa a Bonnie. Hechizado por la sensual mirada de ojos saltones de la joven, esperó en el rellano a que Bonnie le diera alguna señal inequívoca para pasar a la acción. Al acercarse para darle un beso en la mejilla, sus frentes chocaron torpemente y a sólo un milímetro de distancia, acercaron sus labios para fundirse en un apasionado beso de... ¿despedida?

-¿Quieres pasar? –preguntó Bonnie decidida. Stuart asintió agarrándola con suavidad por la cintura y arrastrando el menudo cuerpo de Bonnie hasta el sofá.  
-Vaya, como se nos caiga encima esta lámpara se nos clavan miles de cristallitos en la cabeza. –dijo Stuart mirando la gran lámpara de cristales que tenían encima. Bonnie lo miró desconcertada. –Lo siento, no debería decir nada...

Stuart negó con la cabeza ante sus inadecuadas palabras y acto seguido, Bonnie continuó besándolo. Con furia, con ansia, con pasión. Terminaron haciendo el amor en la gran cama de Bonnie hasta que Stuart se quedó dormido. Bonnie observó el perfecto torso desnudo del que había sido uno de los mejores modelos en la década de los noventa. Admiró su rostro angelical y aún desnuda, se dirigió hasta el lavabo. Se miró en el espejo que le devolvió una pícaro sonrisa y sin esperarlo, su rostro se desvaneció para dar paso al de su fallecida madre. Su cara era tal y como la recordaba antes de morir. Sus mismos ojos saltones, su misma gran nariz y una dentadura descuidada y poco atractiva que habían hecho de la bruja un ser miserable ante los demás.

-Vaya, vaya... el alumno supera a su maestro. Debo felicitarte, Bonnie.  
-Mamá...  
-¿Qué demonios has hecho? –preguntó Elisabeth furiosa.  
-No... ¿no estás orgullosa de mí?  
-¿Por qué? ¿Por haberte llevado a la cama a un modelo destronado? ¿Por haberle arruinado la vida a tu jefa? No, querida. No estoy orgullosa de ti. Te desprecio, siempre te he despreciado.  
-Ya no me importa lo que digas. –dijo Bonnie sacando las fuerzas necesarias para afrontar ese doloroso momento en el que las palabras se le atragantaban y lo único que quería era llorar como cuando era pequeña y debía enfrentarse a las crueles críticas de su madre.  
-Has separado a una madre de su hijo, Bonnie. Eso está muy mal... –Elisabeth negó con su largo y torcido dedo del que destacaba una uña pintada de negro.  
-¿Tú vas a hablarme a mí de lo que está mal?  
-Lo comprobarás por ti misma cuando vengas hasta donde estoy yo.  
-¿Dónde estás? –preguntó Bonnie inocentemente.  
-En el infierno.

La bruja Elisabeth Larson desapareció entre las llamas ofreciéndole de nuevo a Bonnie su imagen en el espejo. Sin su pícaro sonrisa y con unos ojos asustadizos y repletos de lágrimas. Aún podía ver el fuego con el que había desaparecido su madre a través del espejo. Aún podía sentir el dolor que le había provocado una vez más las palabras de Elisabeth. Siempre haciéndola sentir inferior, mal consigo misma y avergonzada por ser quien era. Por no ser lo que quería ser... Pero su vida había cambiado. Miró a su alrededor, el lujo que poseía, al hombre que tenía tumbado en su cama y pensó en la envidia que su madre fallecida debía sentir entre las llamas del mismísimo infierno desde donde la había ido a visitar.

Al día siguiente, Bonnie encontró una rosa roja en lugar del perfecto cuerpo de Stuart y una nota que decía *“Te espero en la cocina, princesa”*. Bonnie sonrió olvidando por completo la visita de su difunta madre a través del espejo del cuarto de baño horas antes. Se dirigió feliz hasta la amplia y moderna cocina, donde la esperaba Stuart y su espléndida sonrisa. Le había preparado una bandeja exquisita con fruta, bollería, un zumo de naranja y un café con leche aún caliente.

-No sé lo que sueles desayunar así que... aquí hay de todo. –saludó Stuart señalando la bandeja orgulloso de si mismo.  
-Muchas gracias.  
-Bonnie, sé que es muy pronto aún pero... te quiero.

Bonnie se acercó al modelo destronado tal y como lo había llamado su madre y lo besó. Ella también le quería. Su vida estaba funcionando bien. Muy bien. Era su momento y pensaba disfrutarlo, olvidándose de Nora y del arrepentimiento que en algún recoveco de su alma sentía por haberle cambiado la vida y muy especialmente, por haberla separado de su hijo. El hijo que en su nueva vida, nunca tuvo con el que ahora, era su novio. Su novio Stuart... que bien quedaban esas palabras... pensó mientras lo miraba fijamente para que su embrujo no tuviera fin.

Bonnie se sentó en el taburete a degustar cada uno de los manjares que le había preparado Stuart mientras éste se fue al cuarto de baño a ducharse. Sonó un teléfono móvil. Era el de Stuart. Bonnie se fijó en que no tenía el número guardado y decidió cogerlo. La llamada duró dos segundos escasos, puesto que la persona que había llamado colgó al instante al escuchar la voz de Bonnie. Decidió no darle demasiada importancia y volvió a centrarse en su delicioso desayuno y en su perfecta e idílica vida recién estrenada.



## SUEÑOS

Al día siguiente me desperté resacosa. Algo imposible teniendo en cuenta que únicamente bebí un caducado zumo de piña. ¡Mierda! El zumo de piña... mi estómago estaba pidiendo a gritos algo para comer. Aún en la cama, quise recordar el sueño que había tenido. En él aparecían llamas y aquella empleada que me arrancó dos pelos riéndose de mí. Siempre he creído que los sueños lo aclaran todo. Están dentro de nuestro subconsciente para salir a la luz cuando más lo necesitamos y sólo debemos hacer un pequeño esfuerzo al despertar, para recordarlos y tenerlos en cuenta. Fui directamente al estudio y encendí el ordenador. Aún dormida, busqué en Google cosas sobre vudú y brujería y al leer rápidamente toda la información, supe enseguida que aquella mujer me había hecho algo. ¿Cómo se llamaba? ¿Por qué no presté más atención? Cogí el anticuado móvil de la mesita de noche donde lo había dejado antes de caer en los brazos de Morfeo y marqué el número de teléfono móvil de Stuart pero en su lugar, respondió una mujer. Colgué enseguida, pensando que a lo mejor ese tampoco era su número de teléfono en esa nueva vida. ¿Qué podía hacer yo? ¡Sólo quería ver a Matt! ¿Se llevaría su almuerzo al colegio? ¿Stuart sabría cuidarlo bien? Negué con la cabeza sabiendo que ese chiquillo que lloriqueaba al verme en el rellano porque no sabía quien era, no había salido de mis entrañas. No tenía mi sangre y nunca lo llevé en mi interior durante nueve meses. Toqué mi barriga y vi que no tenía la marca de la cesárea que me hicieron cuando nació Matt. En esa nueva vida, en ese nuevo mundo, no había sido madre. Tenía dos opciones. Volver a Nueva York e intentar aclarar lo que había sucedido o quedarme en Kutztown y organizar esa vida en la que me veía involucrada en esos momentos. Me visualicé en prisión por acoso a Stuart y a mi no-hijo, por intentar entrar en la empresa que ya no me pertenecía o por agredir a la maldita bruja que me arrancó dos pelos y me hizo vudú colocándome como si fuera una marioneta, en la vida que no elegí. Se me fue inmediatamente la idea de la cabeza. Dejaría pasar los días... unos días que preveía duros y difíciles sin la presencia del hijo que recordaba haber tenido, sin mi lujosa vida repleta de comodidades y con un puesto de trabajo brillante que ya había aborrecido. Echaría de menos incluso a Virginia y su cuello de avestruz. Pero tenía una nueva oportunidad para estar con mi madre durante los últimos meses de su vida... volví a llorar. Tiempo, necesitaba tiempo y después... todo se solucionaría.

Bajé hasta la cocina ya sin el temor de encontrarme con la ancianita que vivió en esa casa gracias a la resplandeciente luz del sol. Había amanecido un precioso día en Kutztown, aunque frío, soleado y alegre con el cielo despejado. Miré por la ventana con una taza de café en mi mano. Tan diferente a Nueva York... pocos, muy pocos coches pasaban por la calle residencial, algo que permitía que se escucharan con claridad el canto de los pajaritos descansando en las ramas de los frondosos árboles de cada jardín delantero de las casas. Salí al porche aún con la ropa del día anterior con la que había dormido. Necesitaba una ducha, sin lugar a dudas.

Fui hasta casa de mamá donde tenía mi coche aparcado, pero al tocar al timbre no contestó. La vecina me informó que había ido a dar un paseo, algo que me tranquilizó. Me horrorizaba la idea de que le pasara algo en soledad y fuera yo quien al abrir la puerta de su casa, se encontrara cualquier triste escena para la que no estaba preparada. Aún no. Decidida, cogí el coche y fui hasta la granja donde Frank, atareado dándole de comer a los caballos me saludó sonriendo. Rápidamente para evitar cualquier tipo de conversación que tuviera que ver con Mark y mi encuentro con él la tarde anterior, me encerré en el taller donde mis obras de arte que aún no podía ver como mías, me esperaban. De nuevo y como por inercia, encendí un cigarrillo y volví a revisar los encargos que tenía de varias galerías de arte. Casi me da un saponcio del agobio que me entró. Revisé todos y cada uno de los cuadros y vi que me faltaban dos obras por hacer. Rápidamente, me coloqué la bata repleta de pintura que tenía en un perchero y me puse manos a la obra mientras a través de la ventanita, el bosque me servía de inspiración. Respiré hondo... eso es... aire puro. Todo cuanto necesitaba. Mis manos funcionaban solas, mi mente no se encontraba nublada por las mil preocupaciones que parecían no tener cabida en esos artísticos momentos... nada era extraño, todo parecía ir como debía. Como si lo hubiera hecho desde siempre.

Una hora después, alguien tocó a la puerta. A pesar del estorbo que eso me causaba, puesto que parecía ser que no permitía distracciones mientras me encontraba absorta en un cuadro, contesté.

-¡Pasa Frank! -dije sin mirar quien era.

Un paso. Dos pasos. No era Frank.

-Hola Nora... -saludó Mark. Me fastidió tener que dejar la pintura a parte para atenderlo, algo que seguramente notó por la expresión de mi cara. Mark era muy elegante. A pesar de estar en el pueblo, llevaba un chaquetón muy caro de color gris y unos pantalones negros que acentuaban sus musculadas piernas. Me miró con sentimiento, pude ver en sus ojos un sin fin de recuerdos que él sí tenía conmigo. Pero yo no. Yo sólo recordaba que odiaba a Mark, me caía mal desde siempre y cruzaba hacia la otra acera de la calle en las escasas ocasiones que lo encontré por Nueva York.

-¿Qué quieres? -pregunté secamente.

-Siento si te interrumpo... ¡Vaya! Como has mejorado... -dijo mirando cada uno de los cuadros. -Sigues siendo tan desordenada como siempre... -¿Desordenada y o? ¿Desde cuando? Miré a mi alrededor. Había olvidado por completo el caos en mi taller, igual que en mi habitación, lo mismo que en toda mi casa, necesaria de unas cuantas horas de dedicación.

-Te lo repito otra vez. ¿Qué quieres?

-No esperaba que estuvieras tan distante después de todo lo que nos escribimos.

-Imagino. Pero han pasado cosas y ahora mismo no puedo prestarte atención.

Mark no contestó. Me miró con sus profundos ojos verdes a través de sus gafas y apretó los labios. El mismo gesto que yo hacía cuando me sentía incómoda.

-La novela... ¿la has leído?

-¿Cuál?

-*Olvidar que te olvidé.* -¡Al menos algo no había cambiado en ese nuevo mundo! El estúpido título de su novela...

-No.

-Está dedicada a ti. Habla de lo nuestro. -respondió apenado ante mi falta de interés.

-Me parece estupendo. Pero aún así, has venido con compañía, ¿me equivoco?

-¿Patricia? Es mi editora, no tenemos nada... -respondió confuso. -Quiso acompañarme y conocer mi pueblo.

-Ya. ¿Y hasta cuando te quedarás?

-Tiempo indefinido. -respondió apartando un mechón de su frente. -Kutztown siempre me ha inspirado y quiero escribir mi próxima novela aquí.

-Voy a darte una idea para tu próximo título. Déjame en paz. -sugerí volviendo a convertirme por un momento, en la vicepresidenta ejecutiva cruel que fui



en mi otra vida de la que me había resignado a desaparecer durante un tiempo.

-Entiendo. No te molesto más. Pensaba que te alegraría verme o que... -Mark no continuó al ver que le daba la espalda para centrarme de nuevo en mi cuadro. Lo siguiente fue escuchar unos pasos y el sonido de la puerta al cerrarse. Mark se había ido. Bien, era lo que quería... pero entonces... ¿por qué me sentía tan triste?

Dediqué el resto del día a terminar los dos encargos pendientes y a experimentar con nuevos trazos y mezclas de colores. Recibí la llamada de Christine, que al fin había descubierto que era mi ayudante y por como me hablaba, también mi amiga. ¡Tenía una ayudante! Vendría por la tarde a recoger mis obras y a llevarlas hasta las galerías de arte cercanas donde serían expuestas en unos días. También tenía pendientes envíos a San Francisco y Nueva York donde mis pinturas se verían expuestas dentro de unos meses. Me recordó que dentro de una semana teníamos inauguración en la galería Eckhaus de Kutztown y en la de Lazy Leaf Pottery. Y que dos meses después, debíamos viajar a Nueva York a la prestigiosa galería Agora donde yo misma había sido una clienta asidua enamorada de las obras de arte de muchos artistas que habían expuesto allí. El viaje a Nueva York también lo aprovecharíamos para exponer un par de obras junto a la de otros pintores en la galería Ceres en West 27th de Chelsea. No me lo podía creer. Por un momento imaginé mis obras en periódicos, revistas, folletos de publicidad... teniendo la pequeña esperanza de que Stuart, amante del arte, las pudiera ver y recordar quien era yo. ¡Su mujer! ¡La madre de su hijo! Volví a recordar que mi barriga no tenía la marca de la cesárea... volví a derrumbarme. Así que como hice la tarde anterior, salí al exterior y me planté a contemplar el bosque y su fila ordenada de árboles como si yo fuera uno más. Era, junto a mis pinturas, lo único que me daba un poquito de paz. Pero nada puede ser perfecto en esta vida, así que al cabo de unos minutos de relajación, noté como un mano se posó sobre mi hombro y al mirar hacia arriba, vi al bueno de Frank saludándome con una sonrisa.

-¿Qué pasa? -pregunté.

-¿Estás bien?

-Claro.

-Te veo tensa. -empezó a darme un masaje en los hombros. No me apetecía que Frank me manoseara.

-Para nada. -me aparté bruscamente.

-He visto a Mark... lo has dejado hecho polvo.

-Se lo tiene merecido.

-¿Por qué? Fuiste tú quien rompió con él y luego pusiste como excusa que era lo mejor, que así él se iría sin remordimientos a Nueva York y triunfaría como escritor. No te equivocaste, ha sido lo mejor para Mark a nivel profesional pero... os tenéis que quitar esa espinita. Ahora que los dos estáis consiguiendo ser brillantes en lo vuestro, deberíais daros una oportunidad. -no entendía nada de lo que me estaba diciendo.

-Como dijo Julia, ya han pasado doce años.

-Sí, mucho tiempo, Nora pero... no has estado con nadie desde entonces. No... ¿no tienes necesidades? -no podía creer lo que me estaba preguntando.

-¿A qué te refieres Frank?

-Bueno, no quiero decir guarradas pero...

-¡Cállate! -le dije riendo. Lo cierto es que si en esa nueva vida había pasado doce años sin tener sexo, era toda una campeona... o un bicho muy raro. Mi cuerpo aún recordaba la última vez que había hecho el amor con Stuart, hacía sólo cuatro días. -¿Y tú que tal con Julia? -quise saber. La pregunta pareció extrañarle.

-Como siempre, claro.

-Pero... ella no vive aquí, en la granja.

-A lo mejor me instalo con ella en unos meses. No lo sé. Todo va bien, gracias por preguntar.

-No te lo pregunto muy a menudo ¿no?

-Siempre estamos de broma, ya sabes... -respondió pensativo. -Desde que me diste calabazas hará ya dos años, decidimos no hablar de cosas serias.

Eso sí que era toda una sorpresa para mí.

-¡Eso ya pasó! Mírate, ahora te va bien con Julia... -respondí sin saber si eso tenía mucho sentido para él. -Todo es como debe ser.

Frank asintió y sin decir nada, dio media vuelta y desapareció para volver a su duro y monótono trabajo en la granja. Y yo volví a mirar hacia la profundidad del espacioso bosque y a pensar en la infinidad de caminos que se abren ante nosotros a lo largo de nuestra vida. Mi vida sería distinta si le hubiera dicho que sí a Frank. O si no hubiera dejado escapar a Mark. Pero esa vida que tenía ante mí, soltera, sin hijos, con mis cuadros, mis encargos, mis galerías de arte, mi ropa cutre y barata, el desorden y el caos en cada estancia de mi hogar... esa, era la única que existía en esos momentos por una especie de magia negra. Lo doloroso era no estar con Stuart y amar profundamente como a nadie a Matt sin que yo existiera en sus memorias. Volví a decirme a mí misma... tiempo, tiempo... unos meses y volverás. Sólo unos meses. Siempre podía presentarme ante Stuart como una admiradora, conquistarlo y estar con él y con mi hijo aunque tuviera otro nombre, aunque hubiera sido engendrado por otra mujer que según Patricia había fallecido. Stuart era un hombre al que le encantaban los halagos. Adoraba que las mujeres siguieran mirándolo como cuando fue el mejor de los modelos en su época. No sería difícil estar con él... no quería pensar en las dificultades, debía pensar en positivo. Y para eso, necesitaba centrarme en el presente.

A la una y media del medio día, vino mamá con un tupper.

-Hoy nada de tupperts. -dije quitándome la bata. -Te invito a comer.

Mamá sonrió complacida. Por lo visto, eran pocas las ocasiones en las que salía del taller a la hora de comer y me conformaba con los tupperts que ella misma me traía para que comiera un poco. Sí era cierto que debía pesar mucho menos como Nora Stewart que como la señora Clayton que ya no era; pero entendía que ese taller me atrapaba y podía pasar un día entero sin probar bocado. Cogimos el coche y fuimos hasta el restaurante Betty's, en pleno corazón de Kutztown en la calle Main al igual que la taberna y la mayoría de locales de ocio. Compartimos unos deliciosos wraps de champiñones Portobello con provolone, espinacas, tomate y un aderezo casero de albahaca en una tortilla de espinacas que por más que intenté preparármelo a Matt en "mi otra vida", nunca logré imitar. Mamá pidió una sopa y yo una exquisita y completa ensalada junto a mi refresco preferido de jengibre y piña. Me alegraba saber que restaurantes como el de Betty's seguían manteniéndose con el paso del tiempo. Siempre fue mi preferido y era un sueño estar en él... y tener a mi madre en frente.

-¿Cómo te encuentras hoy? -pregunté.

-Bien. El lunes tengo sesión de quimioterapia en el hospital... ¿vendrás conmigo?

-Desde luego.

-Ya sabes que me deja muy mal... luego me paso el día entero vomitando y con ganas de estar estirada en la cama.

-Mamá, estoy aquí para cuidarte. Para lo que necesites.

-Pero tienes tanto trabajo en el taller... me sabe tan mal.

-Ahora lo primero eres tú. -dije convencida de mis palabras. Seguía viéndola tan diferente a la mujer que recordaba y con la que por esos motivos me distancié...

-Muchas gracias, cariño. Cuando me vaya con tu padre, ten por seguro que desde algún lugar te cuidaré.

-No, por favor... no digas eso, mamá...

-Será así. Debes estar preparada. Concienciarte de lo que va a ocurrir. Yo estoy preparada, no tengo miedo.

Las lágrimas empezaron a salir a borbotones por mis ojos en el momento en el que vino la camarera a retirar los platos vacíos.

-Maldita alergia... —disimulé. Pero no surgió efecto, la camarera me miró con cara de pena y con una mueca, nos entregó la carta de postres y se retiró.

-Cariño, no te avergüences por llorar. Llorar no es malo, al contrario.

-He derramado más lágrimas en estos dos días que... —Me detuve. En esos dieciocho años en los que no estuve contigo. En esos dieciocho años en los que te ignoré y no quería saber nada de ti. En esos dieciocho años que tú recuerdas conmigo en esta vida que estoy viviendo, pero que yo no disfruté de tu presencia porque me incomodaba y me avergonzaba hasta tu estafalaria manera de vestir en la vida que recuerdo y elegí. En esos dieciocho años en los que pensaba que no tenía nada en común contigo, que eras una completa desconocida para mí y te aparté cruelmente de mi vida sin que tú quizá, pudieras entenderlo.

-Desde que murió tu padre, lo sé. —continuó mamá mirándome fijamente emocionada. —Sé que sufres por mí pero si te sirve de consuelo, debes estar tranquila porque te has portado muy bien conmigo. Siempre has estado ahí cuando te he necesitado... Olvidaste la idea de ir a Nueva York a estudiar periodismo para estudiar Bellas artes y quedarte aquí... sólo por no dejarme sola desde que murió papá. —ir descubriendo los detalles que hicieron que me decantara por la vida que estaba viviendo en esos momentos, me facilitaba la existencia y a su vez, me hacían sentir tremendamente egoísta en el mundo paralelo que yo ya no podía ver desde ese lado. Asentí con la cabeza sin saber que decir, intentando asumir todo lo que estaba pasando. Sólo un par de días en ese nuevo mundo para entender que era ahí donde debía estar en esos momentos, con la esperanza de recuperar el tiempo perdido con Matt... al menos volver a verlo y que él volviera a reconocermelo como la madre que era.

-Y voy a seguir ahí.

-Lo sé. ¿Qué vas a pedir de postre?



Por la tarde volví al taller para hablar con Christine. Era irónico que tuviera cierto aire a Virginia, aunque no tenía más de treinta años. Cabello rubio, ojos claros y un largo cuello que me hizo recordar a la arpía de mi secretaria. Pero Christine era amable y profesional y por lo visto, nos llevábamos muy bien. Me saludó con un cálido abrazo que me vino muy bien en esos momentos tras la profunda y deprimente charla con mi madre durante la comida.

Con sumo cuidado, empaquetó los encargos y los cargó en la furgoneta blanca que había alquilado para la ocasión. Me prometió que estarían a buen recaudo y de nuevo estudiamos próximos viajes e inauguraciones. Se avecinaban más encargos, grandes y pequeños y nuevas exposiciones a lo largo de los próximos meses. Aunque el taller se había quedado vacío, pronto volvería a llenarse de obras de arte. Mucho trabajo por hacer... mucha, demasiada necesidad de inspiración para llevarlo a cabo. ¿Podría con todo? Sí, mis manos eran ágiles, tenían técnica, pero mi cerebro no tenía la teórica necesaria de cualquier estudiante de Bellas artes. Yo era matemática pura y dura, periodismo e información... no pintura, ni arte. Y ahora era una artista. En ese nuevo mundo en el que cada vez me sentía menos perdida y algo más a gusto aunque me faltara él. Mi hijo. ¿Cómo olvidarlo? Imposible.

-Descansa un poco, se te ve cansada. —me recomendó Christine antes de irse.

-Lo haré... gracias.

-¡A ti! Nos vemos el lunes para acabar de organizar las exposiciones del día quince y la del dieciséis.

Por suerte, el trabajo estaba hecho y me sentía emocionada a la vez que nerviosa. Muy nerviosa. Ver a gente admirando mis obras... obras que no recordaba haber hecho pero mías al fin y al cabo. Asentí agradecida y decidí darme un respiro. El lugar elegido fue la encantadora librería Firefly a la que solía ir años atrás cada viernes por la tarde. Al menos algo que conocía bien y me gustaba... Después de media hora ojeando cientos de páginas de libros que me llamaban la atención por sus títulos o portadas, apareció al otro lado de la estantería Mark. Me agaché para que no me viera y ridículamente ante la atenta y sorprendida mirada de un niño, caminé de cuclillas mirando de reojo hacia donde estaba Mark. Desafortunadamente, él fue más rápido y me pilló.

-Se me ha caído una lentilla... No hay manera de encontrarla. —disimulé mirando hacia el suelo.

-Nora, no llevas lentillas. —rió Mark. —Dime que no te apetecía saludarme y listos. No pasa nada.

En el mismo momento en el que avergonzada me levanté con ayuda de Mark, que me ofreció galantemente su mano, apareció Patricia sin reparar en mi presencia, agarrándolo cariñosamente del brazo.

-¡Listo! He hablado con el propietario y podrás firmar tus libros y dar una charla la semana que viene. Está encantado y tenía muchas ganas de contar con tu presencia. Día quince a las cuatro de la tarde. Es genial, ¿verdad?

-No está mal.

-Ya sé que esto no tiene nada que ver con las fabulosas librerías neoyorquinas donde has estado, pero al menos harás felices a unas cuantas provincianas. Oh... —al fin Patricia reparó en mi presencia. —No me refería a ti, querida. ¿Cómo te llamabas?

Patricia podía ser insoportable. Mucho. En esos momentos la odiaba y era yo la que deseaba que se quedara calva, sorda y coja.

-Nora. —respondí malhumorada.

-¿Vendrás?

-No puedo, ese día expongo mis obras en la galería Eckhaus. —Mark sonrió, parecía alegrarse por mí.

-Ni idea de lo que me hablas, pero es una pena que te pierdas el gran acontecimiento del año en este pueblo.

-Patricia... te estás pasando. —le dijo Mark frunciendo el ceño. —Nora, me ha gustado verte. Hasta otra.

La parejita feliz salió por la puerta de la librería y debo reconocer que mi interior ardió. Sentí celos, muchos celos de Patricia. De verla agarrada del brazo de Mark, de dedicarle la mejor de sus sonrisas y unos ojitos de cordero degollado que en esos momentos le hubiera arrancado ferozmente como cualquier lobo que defiende a sus crías. Esa fue la primera ocasión en ese nuevo mundo en el que sentí que le era infiel a Stuart.



## LA NUEVA SEÑORA CLAYTON

Bonnie fue a trabajar esa mañana con una sonrisa marcada permanentemente en su rostro. Incluso se dignó a saludar a la servicial y estirada Virginia. Al sentarse en su cómodo sillón y recibir gustosamente el café por parte de su secretaria, su mente voló por otros recovecos muy distintos a cada uno de los rincones de donde se encontraba. Se veía a sí misma vestida de blanco, con un vestido precioso admirado por todos, del brazo de Stuart. Todos empezarían a llamarla señora Clayton tras un idílico y precioso enlace multitudinario. Seguramente tendrían un par de hijos y serían felices eternamente. La característica carcajada de bruja no se hizo esperar e incluso a Virginia, desde la sala contigua, se le pusieron los pelos de punta al escucharla. Bonnie no tenía ni idea de finanzas. Todos los archivos guardados en el ordenador le sonaban a chino y sabía que no podría encargarse del trabajo eficaz que Nora había gestionado a lo largo de esos años. Años que no existían en ese mundo en el que Bonnie al fin se sentía completa y feliz. Supuestamente llevaba con dignidad su puesto de vicepresidenta ejecutiva desde hacía dos años pero... ¿qué era realmente lo que tenía que hacer? El teléfono sonó, Virginia le avisaba que era el jefe, Michael Clayton, el padre de Stuart... a Bonnie se le iluminaron los ojos... –Mi suegro-, pensó entusiasmada.

-Dime Michael. –respondió Bonnie decidida.

-Bonnie, algo tiene que cambiar. Debemos reducir costes. Convoca una junta urgente para el lunes a las nueve. Tenemos que hablar y solucionar unos cuantos asuntos.

Antes de que Bonnie pudiera decir nada, Michael colgó. Bonnie se vio en la encrucijada en la que Nora ya se había encontrado en su mundo. La posibilidad de sustituir a diez mil trabajadores por sofisticadas máquinas, iluminó a Bonnie, que se sintió irremediabilmente culpable al tener que revivir ese momento que la anterior propietaria de ese despacho ya había vivido en su otra vida.

Bonnie le ordenó a Virginia que se encargara de todo lo que ella no sabía hacer, para el lunes. Encontraría alguna solución... algo podría hacer para evitar que sus anteriores compañeros, esos que no conocían su insignificante existencia, no fueran despedidos. Aunque por otro lado... ¿por qué pensar en ellos si ellos nunca la tuvieron en cuenta? Nunca la invitaron a ir al karaoke los viernes por la noche o a tomar una cerveza al acabar el turno. Nadie la saludó ni le preguntó en ningún momento durante todos los años que estuvo trabajando allí, como se encontraba. Ni una sola persona se preocupó por ella la semana que estuvo de baja por una gripe indeseada. ¿Por qué debía entonces hacerles un favor? No les debía nada. Y sin embargo, tenía la posibilidad de ser la nuera que el señor Clayton querría.

Stuart entró en el despacho interrumpiendo sus pensamientos. Se acercó a ella y poniendo sus fuertes y grandes manos a ambos lados de sus huesudas mejillas, la levantó besándola con pasión.

-Lo siento, no lo he podido evitar. Necesitaba verte.

-Me encanta que seas tan arrebatadoramente romántico, Stuart.

-Quiero hacerte una proposición... sé que es de locos, sólo hemos tenido una cita pero...

-¡Sí! ¡Sí quiero! –respondió Bonnie con efusividad.

-¿Sí? Pues voy a empezar a prepararlo todo. Nuestra segunda cita en París... ¡la ciudad del amor! Te encantará, ya lo verás. Salimos en pocas horas en un jet privado, prepáralo todo.

Bonnie se quedó pasmada. No era una proposición de matrimonio lo que Stuart le había propuesto pero sí le esperaba un fin de semana romántico con él en París. Siempre había soñado con visitar París y esa era la ocasión y el momento perfecto junto a la persona idónea. Ya tendría tiempo de pensar en las tempestades profesionales que se le avecinaban... total, si estaba con el hijo de su jefe, nada malo podría pasarle... ¿o sí?



## LA BARBACOA

Ya era de noche cuando llegué a casa. Encendí rápidamente las luces porque seguía teniendo miedo a que el fantasma de la ancianita Dorothy se me apareciera por algún rincón de la casa. El susto de verdad vendría cuando llegara el recibo de la luz. Después de tener el móvil olvidado, vi que tenía dos llamadas perdidas de Frank. Escuché su voz en el contestador diciéndome que estaba invitada a la barbacoa que como cada año prepararían el sábado en la granja y a la que acudiría medio pueblo. También me preguntaba a que era debido mi ausencia en la taberna... Nada me aborrecía más que pasar las tardes allí bebiendo cerveza.

La primera persona que me vino a la cabeza al pensar en la barbacoa, fue Mark y sorprendentemente me entusiasmé con la idea de poder volver a verlo en un evento informal aunque viniera acompañado de Patricia... ¿Cómo pude ser amiga de ese esperpento? Definitivamente, en mi otra vida era una idiota arrogante que creía tomar las mejores decisiones en todo. Ahora sin embargo, me veía en una vida que poco tenía que ir conociendo obligatoriamente hasta que lograra ponerle solución al asunto. Una vez más, volví a echarme las manos a la cara, me froté los ojos rojos por el cansancio y el cúmulo de emociones del día y me fui a dormir pensando en Matt.



Sábado diez de noviembre. De nuevo amanecía un día frío pero soleado en Kutztown y el canto de los pajaritos alegraban la mañana... Creía encontrarme en el cuento de Blancanieves y los siete enanitos que tanto le gustaba a Matt. Podría acostumbrarme a eso. Pero cuatro días sin ver a mi hijo me parecían una eternidad, sin saber si en algún lugar de la memoria de Stuart podría saber que yo había sido su mujer y ese niño con el que vivía no era fruto de su relación con una modelo... Malditos mundos y malditas decisiones que nos guían hacia uno de ellos. Y maldita la bruja que me había llevado al mundo que no elegí.

Llamé a Frank para saber a que hora debía ir a la granja y si podía ayudar en algo. Se sorprendió mucho al ver que eran las diez de la mañana y no estaba en mi taller. -¿Los sábados también trabajo?- Me pregunté. En la vida que conocía, le dedicaba todas las horas del fin de semana a Matt. Jugábamos, hablábamos mucho, leíamos cuentos, veíamos dibujos... aunque el mejor plan era ir al cine y comer palomitas. Matt se pasaría la vida alimentándose de palomitas sin necesidad de nada más. También nos encantaba encerrarnos en la cocina y preparar magdalenas... Matt era el ayudante perfecto y yo adoraba el brillo en sus ojos cuando sacábamos las magdalenas del horno. Eran tan bonito... Los fines de semana me olvidaba del teléfono móvil, de la pantalla del ordenador y de todo el trabajo, sin preocuparme en absoluto que se me acumulara y los lunes se convirtieran en los peores días de la semana. Sólo importaba Matt... sólo él. Para no interrumpir mi dedicada vida a las pinturas, decidí darme una ducha, arreglarme con el mejor vestuario que pude encontrar en el armario aunque no fuera de mi agrado, bebí un café, cogí el coche y me fui hacia la granja. Frank, Matthew y las gemelas Lisa y Julia estaban en la granja bebiendo cerveza.

-¿En serio? ¿Cerveza a las once de la mañana? –les pregunté asqueada.

-Pero si siempre eres la primera en apuntarte a una cerveza sea la hora que sea. –respondió Lisa extrañada.

-Voy a trabajar un poco. Para lo que necesitéis, estoy en el taller.

Todos asintieron y pude escuchar que empezaron a hablar de mí diciendo lo rara que estaba desde hacía un par de días. Para mí lo raro era beber cerveza a esas horas... mi estado era totalmente normal dado todo lo que me había sucedido en lo que consideraría la peor semana de mi vida. La peor semana de la vida de cualquier persona... cambiar de rumbo por el hechizo, vudú o lo que fuera que me hiciera aquella delgaducha bruja. Quería recordar su nombre, lo quería recordar con todas mis fuerzas... pero era imposible.

Agradecí que el taller estuviera más vacío, algo más ordenado desde que Christine se llevara muchas de las obras la tarde anterior. Encendí el ordenador para ver encargos pendientes y en seguida supe lo que debía hacer. Seguiría con mis obras abstractas pero les daría un toque menos colorido... no estaba el horno para bollos y no tenía humor para utilizar una paleta de colores alegre. Sería algo más tétrico... más triste y otoñal. Sí. Me decanté por ocres, grises y negros. A mi mente vinieron obras de arte maestras que toda pija de Upper East Side querría para sus amplios, lujosos y minimalistas salones.

Una hora más tarde, empecé a oler el humo procedente de la barbacoa que ya se estaba preparando. Se escuchaban muchas voces al unísono y decidí salir. Desde la puerta del taller observé a una gran cantidad de gente, todos de mi quinta. Compañeros del colegio, amigos y amigas a los que hacía mil años que no veía aunque para ellos en esa vida, imaginé que tan sólo habían pasado días desde la última vez que hablamos. Busqué entre las caras conocidas la de Mark y la encontré junto a la barbacoa hablando amigablemente con Frank. Ni rastro de Patricia. Bien. Me acerqué sigilosamente saludando con una sonrisa a los presentes y mirándome las manos por si aún quedaban restos de pintura, algo que ya sería habitual en mí.

-Que bien huele esto... –dije mirando los grandes chuletones que se estaban asando en la barbacoa, vigilada por Frank. –Hola. –saludé. Mark me cautivó con su sonrisa, no parecía tener resentimientos hacia mí a pesar de lo mal que le había tratado.

-Vaya, ¿hoy no has perdido ninguna lentilla? –me preguntó.

-No, hoy me ha apetecido saludarte.

-Genial. ¿Podemos hablar?

Mark y yo nos fuimos hasta un rincón apartado, frente al bosque que tanta inspiración y calma me brindaba. Su presencia me ponía nerviosa y me intimidaba, pero por alguna extraña razón, no me caía mal. Me había confundido completamente con él... en poco tiempo pude ver que era un hombre muy agradable y a pesar de ser un famoso escritor rodeado siempre de fervientes admiradoras, no parecía ser ese tipo de personas que dejan de tener los pies en el suelo y se le suben los humos a la cabeza.

-¿Y Patricia? –pregunté con curiosidad.

-Ha vuelto a Nueva York. Se puso un poco pesada y... bueno, da igual. Vendrá en unos días para la presentación del libro en la librería. Me alegra que hayas decidido hablarme. No sé lo que te ha pasado estos dos últimos días, pero... pensaba que tendrías ganas de verme.

-Bueno, han pasado muchas cosas, Mark... –toda una vida. Una vida en la que tú no existías salvo en la pantalla de mi televisión o en el escaparate de cualquier librería neoyorquina.

-He hablado con Frank y he pensado en lo nuestro. En el tiempo que hemos perdido y que hubiera sido de ti y de mí si me hubiera quedado contigo en Kutztown.

-¿Pero ha valido la pena?

-Hubiera podido escribir aquí también, Nora. Podría haber hecho los mismos contactos y no nos tendríamos que haber separado.

-Imagino que en este tiempo habrás tenido tus líos amorosos... Doce años dan para mucho. –Mark pareció confuso ante mis palabras.

-Ya sabes que estuve con una mujer, te lo conté. Cinco años pero... se dio cuenta que pensaba en otra, es algo que no se puede disimular durante tanto tiempo. Te acaban pillando, sobre todo cuando leen tus novelas. –respondió tristemente.

-¿Esas novelas iban dedicadas a mí? –Mark asintió. Imaginé que en la vida que yo elegí, sus palabras irían destinadas a otra persona. Otra persona que entró en su vida o tal vez sólo fuera fruto de su imaginación. En ese mundo en el que por lo visto tuvimos una bonita relación, sus novelas serían muy distintas al mundo que yo conocí... Pero el éxito era el mismo. Fue en ese preciso momento en el que entendí que las relaciones y nuestras elecciones lo cambian todo. Incluso unas palabras impresas en una hoja en blanco. –Es muy emocionante. Un día leí que si un escritor se enamora de ti, no morirás nunca.

-Una muy buena frase. Yo tengo otra... Todo lo que sucede una vez, puede no suceder nunca más. Pero todo lo que sucede dos veces, sucederá ciertamente, una tercera...

-Paulo Coelho. –Mark asintió acercándose cada vez más a mí. Nuestros labios estuvieron a punto de unirse pero instintivamente, giré la cara. Esa fue la segunda vez que sentí que le era infiel a Stuart, mientras contemplaba el rostro decepcionado de Mark y tuve las ganas repentinas de agarrarle por el cuello y besarle hasta la saciedad. Pero no lo hice. Me contuve, respiré hondo y le dije lo que seguramente no quería escuchar en esos momentos. –No Mark... y a no...

Mark se fue tristemente hacia donde estaban todos. No le dije nada porque... ¿Qué se le dice a alguien que se va y te deja tan desordenado el corazón?



No hablamos más durante toda la barbacoa donde en ocasiones me sentí fuera de lugar. No tenía tema de conversación con nadie. La mayoría se habían casado y habían tenido hijos. Sus profesiones eran rutinarias y su estilo de vida no había cambiado mucho al de sus padres por la libre decisión de haberse quedado en Kutztown o haberse trasladado a algún pueblo cercano. Todos parecían felices, resignados con sus vidas y tal vez pensando que cada una de sus decisiones habían sido las acertadas. Mi cabeza en esos momentos era un caos. Hacía tiempo, creía que la decisión de ir a estudiar a Nueva York y ganarme la vida por mi cuenta, desapareciendo de Kutztown, había sido mi mejor decisión. Mi hijo y la cómoda y despreocupada existencia que llevaba, era lo mejor que me había sucedido en la vida o al menos eso pensaba. En esos momentos, mientras miraba a Mark, sólo podía pensar en lo que podría haber sido esa vida si nos hubiéramos decantado por otro camino... pero la

inexistencia de mi hijo seguía doliéndome en el alma. Y por otro lado me alegraba poder estar ahí con mamá cuando más me necesitaba. Si en la vida que elegí me hubiera enterado de la noticia cuando ya era demasiado tarde, no me lo hubiera perdonado jamás.

A las seis de la tarde los invitados se fueron yendo poco a poco y la granja se quedó vacía. En un momento de despiste, Mark también había desaparecido. Quedábamos “los de siempre”. Frank, Matthew y las gemelas.

-¿Una cervecita? –me preguntó Matthew.

-Madre mía, lo vuestro es obsesión... no me extraña que tengáis esas panzas. –respondí riendo. Pero a ellos no les hizo ni pizca de gracia. Estaba claro que no teníamos el mismo humor o quizá yo fui muy brusca y cruelmente sincera. –Me voy a ver a mi madre. ¡Hasta luego!

Entré en casa de mamá sin avisar. Fui corriendo hacia el cuarto de baño de la planta de arriba donde la estaba escuchando llorar angustiosamente. La imagen que vi me destrozó. Mamá estaba de cuclillas sobre el retrete vomitando y llorando a la vez. Había dejado la peluca rubia tirada en el suelo y su estado era deplorable.

-Mamá... vamos al médico por favor.

-No, no... estoy bien.

Pero no estaba bien. Sudaba, su rostro era pálido, estaba desencajado y tenía unas ojeras lilas que le llegaban a los pies. Me arrodillé junto a ella y acaricié su espalda intentando reconfortarla en aquellos difíciles momentos. Los vómitos no cesaban y sus lágrimas tampoco... En ese momento vi que mamá se moría... no lo había querido reconocer, no lo podía asumir. Acabamos arrodilladas en el frío cuarto de baño de baldosas azules abrazadas durante un largo rato. Debilitada, la acompañé hasta la habitación y la acosté. Se durmió al momento. Decidí quedarme en su casa por si se despertaba a media noche y debía llevarla al hospital. Entré en la que había sido mi habitación desde que nací. Permanecía intacta, tal y como yo la había dejado. Mamá no tiró nada, se limitó a cerrar la puerta y a conservar el dormitorio como si de un santuario se tratase. Me estiré en la cama que necesitaba con urgencia un nuevo colchón y con la cabeza repleta de preocupaciones, me dormí esperando que al despertar todo volviera a ser como antes.



## UN FIN DE SEMANA EN PARÍS

Tal y como Stuart le había prometido a Bonnie, el mismo viernes por la noche llegaron a París en un jet privado y se alojaron en el hotel Ritz construido en el siglo XIX, situado a pocos metros del Louvre y de la Opera House. Stuart y Bonnie degustaron los manjares de uno de sus dos restaurantes esa misma noche sin más copas de vino rotas accidentalmente y disfrutaron de los románticos y despampanantes jardines de estilo Luis XIV y su piscina interior donde tuvieron una tórrida escena lujuriosa que afortunadamente, nadie vio.

El sábado dio para mucho. Empezaron el día con fuerza gracias a un buen desayuno en el que degustaron los famosos macaroons. Estuvieron un par de horas comprando en las Galerías Lafayette en las que Bonnie al fin pudo permitirse gastar todo cuanto se le antojaba a través de una tarjeta de crédito que ni siquiera recordaba tener. Aún recordaba su vida austera en el Bronx a la que no quería volver ni en el peor de sus sueños y mucho menos volver a recibir la visita de la bruja de su madre entre las infernales llamas a través del espejo.

Disfrutaron de los geniales artistas callejeros de la ciudad y sus actuaciones, visitaron el Museo Louvre y aunque no pudieron verlo completo, sí admiraron a la estrella del lugar junto a cientos de japoneses con sus inseparables cámaras de fotografía para immortalizar su momento junto a la imponente Gioconda de Leonardo da Vinci, que era la auténtica protagonista. Cogidos de la mano como dos enamorados, pasearon también por los mercados de fruta y verdura donde al fin pudieron ver a un genuino parisino vestido con camisa de rayas, gorro negro, una bufandita roja y su exquisita baguette bajo el brazo. Se relajaron durante media hora en los Champ de Mars y comieron en Le Meurice, considerado el segundo restaurante más caro del mundo. Por la tarde pasearon a lo largo del Sena contemplando el lago mientras cantaban felizmente y sin importarles las miradas agraviantes de los parisinos, *La vie en Rose*.

Aunque las entradas para cualquier espectáculo del Moulin Rouge se agotan con meses de antelación, Stuart era un hombre de recursos y con dinero... mucho dinero. Y no había nada que el dinero no pudiera solucionar, al menos no en ese mundo. Así que una Bonnie vestida de noche para la ocasión y un Stuart elegante con traje y pajarita, se adentraron en el mítico Moulin Rouge para disfrutar del espectáculo Féerie que tanto les apasionó.

Al salir de madrugada, visitaron la emblemática Torre Eiffel abrazados.

-Es preciosa. –dijo Bonnie acurrucándose en el hombro de Stuart. Éste le acarició el cabello y ladeó su cabeza para besarla.

-Hacía tiempo que no me sentía tan bien. –reconoció Stuart mirando fijamente los ojos saltones de Bonnie que tan embrujado le tenían.

-Puedo decir lo mismo, Stuart... exactamente lo mismo.

En sólo un segundo, Stuart sacó del bolsillo de su chaqueta una cajita de color azul oscuro y se la enseñó a Bonnie, que con los ojos vidriosos e iluminados por la Torre Eiffel, lo miró con la ilusión de una mujer a la que en pocos días se le habían visto todos sus sueños cumplidos.



## PARÍS ES SÓLO UN SUEÑO

Al despertar en la cama de mi adolescencia, recordé París. Había soñado con la Torre Eiffel y con la primera vez que estuve allí con Stuart dos años antes de

tener a Matt. Fueron los mejores días de aquella vida... los mejores momentos, junto al hombre con el que había soñado desde niña. Es cierto, nuestra relación se estaba deteriorando pero aún así lo quería. Como si en mis sueños continuara teniendo aquella vida que anhelaba y que a la vez extrañamente, no me molestaba en esos momentos haber perdido. Poder estar con mi madre era el principal motivo y el segundo me aterraba y me entusiasmaba a la vez. El segundo motivo sólo tenía un nombre, Mark. No podía dejar de pensar en él, en lo que habíamos vivido hacía doce años y no podía recordar porque no lo sentía como algo mío pero a la vez deseaba con todas mis fuerzas que ojalá lo hubiera experimentado. Ojalá recordara esa sonrisa resplandeciente que parecía salirme sola en las fotografías en las que aparecía con él. Nunca sonreí así con Stuart, jamás. Jamás me vi a mí misma tan feliz.

Mamá estaba en la cocina preparando café. Su rostro seguía desenchajado, su piel pálida gritaba a los cuatro vientos que no se encontraba bien.

-Buenos días mamá. ¿Has dormido bien?

-Sí, hija... recuerda que mañana tengo quimioterapia.

-Estaré contigo.

-Gracias. Por cierto, me han dicho que Mark ha vuelto al pueblo. —me dijo sirviéndome una taza de café.

-Sí...

-¿Habéis hablado? —asentí seriamente. —Cielo, desde que se fue no volví a verte feliz. Y me preocupa que no hayas estado con ningún hombre... reconócelo de una vez, nunca lo has olvidado.

-Pero si eras tú la que me decías que tenía un lío con Frank...

-Estaba de broma... Mark, Mark es el amor de tu vida. No lo dejes escapar, hazme caso... La vida es muy corta, Nora. Debes empezar a disfrutarla como lo hacías antes... cuando estabas con él.

-Mamá, sabes que una mujer puede vivir perfectamente y felizmente sin un hombre, ¿verdad?

-Claro que lo sé. —respondió indignada. —Pero no es tu caso. Ten, come un poco. —me ordenó sirviéndome un par de tostadas y la deliciosa mermelada de frambuesa que ella misma preparaba desde que yo era una niña. Tenía tantas ganas de volver a probar ese sabor... de volver por unos instantes a mi infancia a través de un sabor del pasado que me encandilaba... y olvidar por un momento el mundo real y sus problemas.

-Que rica...

-Hija, ni que hiciera años que no la pruebas. Tienes la despensa llena de mermelada... pero claro, no comes nada. Hazme un favor y en vez de encerrarte en el taller un domingo o quedarte aquí conmigo, ve a hablar con Mark. Volved a estar juntos.

-¿Pero que dices?

-Lo que oyes. Es una orden y un deseo de una moribunda.

-Mamá, no digas esas cosas...

Pero lo decía muy en serio. Una hora después, me echaba de casa y me obligaba a ir a ver a Mark. Tal vez dormir en mi antigua habitación había hecho que me revelara contra ella como en mi adolescencia y como no tenía ganas de encerrarme en casa a esperar a que el espíritu de la ancianita apareciera en cualquier momento cambiando el canal del televisor, fui hasta la granja donde Frank recogía huevos de las incontables gallinas que tenía en el corral.

-¡Tienes visita! —gritó desde la distancia.

A través de la ventanita del taller, vi la ancha espalda de Mark ataviada en un abrigo negro. Imagino que sintió mi mirada en su nuca y se volteó para mirarme. Nos miramos fijamente durante unos segundos y fui yo la que decidió salir del taller e ir hasta donde estaba él, en frente de la perfecta alineación de los árboles con vistas al frondoso sendero oscuro y misterioso.

-Hola.

-Siento si te molesta mi visita... —dijo bajando la mirada. —Sé que estoy siendo demasiado insistente pero...

-Siempre tan correcto. —sonreí. —¿Recuerdas cuando me lanzaste aquella pelota de baloncesto a la cara? Tuve el ojo amoratado durante días y fue la primera vez que me sangró la nariz. —prácticamente, era uno de los poquísimos recuerdos que tenía de él.

-¿Nunca lo vas a olvidar? —rió Mark.

-¿Qué quieres?

-Volver a empezar. Para eso estoy aquí, Nora. Nunca debí marcharme... o tú nunca tendrías que haber dejado que me fuera.

Volví a mirarme con la misma dulzura e intensidad que el día anterior cuando giré la cara en el momento en el que intentó besarme. Con esa seguridad que le caracterizaba, al saber que algo en mi interior sentía lo mismo que él. Tan arrebataadoramente irresistible, acarició mi rostro y en ese momento, sin pensar en nada más que no fuera en él y en mí, le besé. Besar sus labios fue como volver a casa, como si no hubiera existido ningún otro mundo en el que no existiéramos él y yo... juntos. Ese fue el tercer momento en el que sentí que le era infiel a Stuart... pero comprendiendo que el que fue mi marido en lo que parecía otra vida, se había esfumado con la extraña brujería de aquella desconocida. En esos momentos, sólo existía Mark... ese escritor al que detestaba no hace mucho y al que ahora envidiaba por tener recuerdos conmigo que yo no había vivido y por lo tanto no podía disfrutarlos en mi memoria.

-Por fin... —dijo al separar sus labios de los míos. Sonreí tímidamente, sabiendo que seguramente él lo sabía todo de mí. Y yo nada de él... pero tenía ganas de seguir indagando sobre lo nuestro aunque hubieran pasado tantos años. Y sobre todo, quería descubrir quien era en realidad Mark Ludwig. —Quiero quedarme aquí contigo, Nora. Para siempre.

Asentí sin saber que responderle. En ese momento la vida que no elegí empezó a cobrar sentido. Sólo sabía que quería estar con él pero tampoco quería dejar de estar con mamá. La mujer que me había dicho que no dejara escapar a Mark, que era el amor de mi vida... ¿Y si siempre lo fue? ¿En esta vida que no elegí y en la que sí? ¿Y si Stuart sólo fue un paso para darle la vida a un ser tan especial como Matt? Mi cabeza seguía hecha un lío. Dimos un paseo por el bosque. Había olvidado por completo ese olor tan puro a pino. A lo lejos se vislumbraba el humo procedente de las chimeneas de algunas casas del pueblo. Algo familiar que hacía de ese pequeño momento, algo aún más especial. Mark y yo nos mirábamos como dos tímidos adolescentes enamorados. Para mí todo acababa de empezar... para él, la vida le había brindado una segunda oportunidad que con anhelo había buscado y deseado desde siempre. Al mirarlo lo veía muy diferente... diferente a como se mostraba en televisión o a su pose misteriosa e interesante para promociónar sus novelas. Novelas que me prometí a mí misma leer para descubrir quizá quien era yo. Debía encontrarme a mí misma pero quería hacerlo con Matt. No podía concebir ninguna de mis posibles vidas sin él, sin mi hijo... el hijo que nunca tuve desde hacía sólo unos días.

-Aquí estoy en paz. —dijo Mark sentándose en una gran piedra que encontramos por el camino.

-¿Qué tal la vida en Nueva York? —pregunté sentándome a su lado.

-Un caos... odio el tráfico. —reí. —Nunca debí marcharme de aquí.

-Ya... ¿Sabes lo que creo? Que sí debiste hacerlo. Vivir tu vida, tomar tus propias decisiones aunque fueran empujadas por otros. Sólo así, gracias a nuestras elecciones de vida somos quienes somos. Dime... ¿Si pudieras volver atrás que harías?

-Quedarme.

-¿Y si te hubieras quedado que crees que hubiera pasado?

-Que hubiéramos tenido hijos.

-A lo mejor... o tal vez no. Nuestro día a día está repleto de esas pequeñas cosas que son las que hacen que nuestra vida vaya de una manera u otra. Por ejemplo yo... imagínate que me hubiera dado por irme a Nueva York a estudiar periodismo, trabajar en una revista, conocer a un modelo, estudiar económicas, casarme con ese modelo y acabar de vicepresidenta ejecutiva en la empresa farmacéutica de su padre y tener un hijo llamado por ejemplo... Matt. Tú seguirías siendo ese chiquillo que me lanzó una pelota de baloncesto a la cara y al que odiaba... nunca hubiéramos tenido ninguna relación porque yo hubiera decidido marcharme de aquí.

-Vaya... que estudiado lo tienes todo. ¿Matt? Así era como decíamos que queríamos llamar a nuestro primer hijo... —dijo pensativo. Sus palabras calaron hondo en mí, mi corazón estalló en mil pedazos. En la vida que elegí Mark hubiera sido un padre genial para Matt sólo que... no sería el Matt que conocía. ¿Cuántos caminos pueden abrirse ante nosotros?

-Matt... —suspiré.

Miré a Mark y tuve la necesidad de volver a besar sus labios. Sin más reparos, sin más preocupaciones ni remordimientos, lo hice. Él correspondió mi beso cálidamente, dulcemente como desde el principio... como si fuera lo más normal del mundo, como si siempre hubiera estado ahí. Escondido, en algún rincón del alma... en esa vida que no llegué a conocer pero que me hubiera gustado haber vivido. Haber experimentado cada uno de los pasos junto a Mark y haberlos retenido en mi memoria hasta el fin de mis días. Tenía una oportunidad... una oportunidad buena. Tal vez diferente a la vida que conocí, ni mejor ni peor, simplemente otra oportunidad, otro camino, otro estilo de vida... y quería disfrutar del momento a pesar de la dolorosa ausencia de mi hijo en ese mundo paralelo al que yo elegí. Decidí en ese momento dejarme llevar, abandonar tormentos del pasado y valorar lo que tenía. El aquí y el ahora. De nuevo supe que todo se solucionaría y que despertaría de ese sueño que quería disfrutar... que volvería a ver a Matt, a abrazarlo y jugar al scalextric con él. Que algún día me sentaría en el cómodo sillón de mi despacho odiando mi trabajo y viendo desde la ventana a todos los peones trabajar en cadena... incluida a la maldita bruja responsable de todo lo que me había pasado a lo largo de mis últimos nuevos y extraños días.

Fue con diferencia, uno de los mejores domingos de mi vida. Incluso mejor que aquellos días en París junto a Stuart cuando éramos más jóvenes... me imaginé a mí misma de nuevo en París pero con Mark y pensé en lo fabuloso que hubiera sido visitar la espectacular Torre Eiffel junto a él. París sólo era un sueño. Lo cierto es que me encontraba en el rocambolesco Kutztown que tanto detestaba desde niña pero que a los visitantes les encandilaba por su extraño encanto. Ese pueblo de alguna manera atrapaba a todo aquel que venía... a mí me estaba atrapando nuevamente, pero seguramente si Mark no existiera o no hubiera aparecido en mi nueva vida, no merecería la pena quedarme atrapada ahí. Entre mis pinturas, mis futuras exposiciones y la maldita enfermedad que se estaba llevando lenta y dolorosamente a mi madre.

A las ocho de la noche, Mark me acompañó a casa. Vi en su mirada que quería entrar pero me apetecía estar sola. Siempre me ha gustado la soledad y la he podido disfrutar muy poco desde que tuve a Matt... Así que después de pasar horas con Mark en ese idílico domingo de noviembre, era lo que me apetecía... mi vena romántica y mi parte de “mujer dura”, me llevaron a decirle que nos veríamos otro día. No quería ponerle las cosas fáciles, no a la primera. Con una pícaro sonrisa y un romántico e intenso beso, desapareció en la penumbra de las calles ante la mirada de algún vecino cotilla desde el interior de sus casas. Llamé a mamá. Su tono de voz me decía que no se encontraba bien, pero las ganas de no preocuparme más de lo que ya estaba, la llevaron a mentirme y a decirme que estaba mejor y que se iría a dormir en diez minutos después de leer un rato a Danielle Steel, su escritora preferida.

Subí hasta el despacho e hice lo que tuve que hacer desde un principio. Buscar información en Google, el todopoderoso que todo lo sabe. Entré en la página web de la empresa del que fue mi suegro en aquella vida que había perdido inesperadamente y vi a la nueva vicepresidenta ejecutiva. Nueva por decir algo... por lo visto ya llevaba dos años en la empresa. Dos años muy diferentes en ese nuevo mundo, al que yo recordaba. Sus ojos saltones la delataban, sus dientes torcidos y amarillentos bajo una tensa sonrisa poco acostumbrada a estar delante de una cámara fotográfica sacaron lo peor de mí. Me dieron ganas de tirar el ordenador al suelo en un arrebato fruto de un cabreo monumental. La rabia se apoderó de mí al ver el nombre de la que había ocupado mi puesto y que yo recordaba como una simple peón a la que despedí cruelmente en el que fue mi despacho. Bonnie Larson. La mujer delgaducha que me arrancó dos pelos para llevar así su maldición contra mí.



## LA CAJITA AZUL

El rostro de Bonnie se ensombreció al descubrir que en el interior de la cajita azul se escondía un espectacular y carísimo collar de oro blanco envuelto en piedras preciosas, en vez del anillo de compromiso que ella esperaba. El embrujo estaba funcionando y Stuart estaba prendado de ella pero aún no lo suficientemente loco como para pedirle matrimonio y convertirla en la resplandeciente y nueva mujer Clayton.

-¿Te gusta? —preguntó emocionado Stuart, volteando el cuerpo menudo de Bonnie para colocarle el collar en su prominente escote.

-Me encanta... —respondió entre dientes Bonnie, intentando disimular su decepción.

-Te queda muy bien... Estás preciosa.

Bajo la luz de la luna se miraron y volvieron a besarse una vez más. Bonnie nunca se cansaba de rozar sus finos labios con los de Stuart. Besarle era estar en el paraíso y le horrorizaba pensar en el momento en el que con toda probabilidad acabaría entre las llamas del infierno junto a su madre y el resto de brujas de su familia. Varias parejas pasaron por su lado, mirando a Bonnie con curiosidad. Ella sabía que todas esas mujeres y hombres se preguntaban que hacía alguien como Stuart con alguien como ella. Pero no importaba. Tampoco le importaba acabar en el infierno si por ello podía sentirse en el mismísimo cielo mientras vivía. La eternidad en el infierno no le asustaba, perder a Stuart sí.

Las últimas horas en París estuvieron repletas de romanticismo y pasión. Cuando el jet privado aterrizó el lunes por la mañana en Nueva York, Bonnie se dio de bruces con la realidad. Virginia lo tenía todo preparado para la reunión de las nueve, en la que Bonnie no se veía capacitada para participar pero sí tenía una brillante idea que en realidad sólo ella sabía que no le pertenecía. Tras un ligero almuerzo, una ducha y un cambio de vestimenta, Bonnie hizo rugir su Porsche en compañía de Stuart hasta la empresa. Llegaron a las nueve menos cuarto de la mañana y Stuart decidió apoyar a su nueva novia en la reunión aunque para eso no hubiera podido ver todavía a su hijo John.

-Hola papá, ¿qué tal las vacaciones por Roma? —preguntó Stuart dándole una palmadita en la espalda al señor Clayton.

-¿Cuántas veces te he dicho que no me llames papá dentro de la empresa?

El señor Michael Clayton era un hombre muy alto y corpulento de sesenta y siete años al que ya no le apetecía vestir con traje y corbata. Su vestuario era moderno para su edad, similar al de un jefe joven de cualquier negocio de videojuegos, que un importante ejecutivo de la empresa farmacéutica más importante y potente de Estados Unidos. A pesar de eso y de lo diferente que era del resto de la junta directiva, era el más temido de todos. Respeto y miedo en sus trabajadores. Serio, intimidante, orgulloso y siempre de mal humor. No le atraían las mujeres de su edad desde que la madre de Stuart murió hacía ya más de veinte años. A partir de ese momento tomó la decisión de disfrutar de la vida y de su dinero, dedicándole menos tiempo a su poderoso cargo y disfrutando de jovencitas ansiosas por vivir una vida desbordada de lujos y comodidades.

-¿Qué vas a hacer tú en la reunión? –le preguntó Michael a su hijo con desprecio.

-Viene conmigo. –respondió Bonnie, que no pudo evitar sentirse mal por Stuart. Recordó a su madre y la comparó con el señor Clayton. Arrogante y siempre con ganas de avergonzar a su hijo.

-Bonnie, que suerte la mía tenerte aquí. –sonrió Michael bajo su grueso y abundante mostacho blanco.

Pocos minutos después, la junta directiva se reunía alrededor de la mesa ovalada repleta de pastas, cafés y bebidas refrescantes servidas por Virginia, para soportar las horas que quedaban por delante. Bonnie se sentía intimidada, nerviosa ante la fría mirada de todos sus superiores que esperaban en ella una solución y una respuesta que pudiera beneficiarlos a todos. La empresa iba bien, no necesitaba cambios pero sí sería una gran idea abaratar costes y para ello, Bonnie tenía la solución que la junta deseaba escuchar con atención.

-Os voy a hablar de un proyecto que no podréis rechazar... –empezó a decir la inexperta vicepresidenta ejecutiva de la compañía a quien el cargo se le quedaba grande. Pensó una vez más en Nora. Ella no tenía su impecable presencia, no intimidaba como Nora. Tampoco tenía su labia o su fría mirada que lograba encandilar a todos y convencerlos a través de sus inteligentes palabras. Bonnie no era inteligente, nunca lo fue. –He estudiado la manera de abaratar costes y que así cada uno de ustedes vean favorecidas sus cuentas bancarias. –continuó, viendo en la mirada de cada uno de sus superiores la expectación y las ganas por escuchar qué era eso que los haría aún más ricos de lo que ya eran. Michael Clayton frotó sus manos, escuchando a Bonnie atentamente. –Sustituiremos nada más y nada menos que a diez mil trabajadores por sofisticadas máquinas que podrán hacer sus trabajos. Ahorraremos millones de dólares al año, es algo que ya han hecho en las empresas más importantes de Alemania, así que seguiremos sus pasos. En cada una de estas carpetas que Virginia les ha entregado a cada uno de ustedes, podrán ver las cifras reales.

Bonnie estaba temblando. Le sudaba la frente y un tic nervioso se apoderó de su ojo izquierdo. Ni siquiera se fijó en que Stuart la miraba orgulloso. Todos los presentes miraron con sorpresa y felicidad las estadísticas en sus respectivas carpetas y aplaudieron al unísono. Bonnie era una heroína para ellos, pero en unos días, cuando tuviera que informar a los trabajadores de los diez mil despidos, sería la bruja indeseable que Nora Clayton fue en otro mundo paralelo a este.

Al volver a su despacho, agotada tras tres horas de reunión que parecían que no iba a terminar nunca, Bonnie abrió la cajita azul con el collar de oro blanco envuelto en piedras preciosas que le había regalado Stuart en París. No podía seguir en esa empresa... no estaba lo suficientemente capacitada para ese cargo. Por lo que una vez más, hizo uso de su magia para convertir ese collar en un anillo de compromiso. Un anillo que Stuart nunca le regaló pero que gracias a su poderoso hechizo sí creería haberlo hecho. Se convertiría en la nueva señora Clayton y podría retirarse para vivir la vida fastuosa y cómoda que siempre había soñado. No quería más reuniones, más sudores en la frente ni incomodidades... sólo quería ser una mujer elegante con una vida envidiable como casi todas las mujeres de Upper East Side que vivían a costa de las fortunas de sus maridos sin dar un palo al agua.



**AQUELLOS QUE CREEN EN LA MAGIA,  
ESTÁN DESTINADOS A ENCONTRARLA**

Acompañé a mamá a su sesión de quimioterapia. Tal y como me saludaron las enfermeras, no era la primera vez que iba con ella pero sí sería la última, puesto que el doctor que la atendía tenía muy pocas esperanzas en su recuperación y lo que menos quería era agraviar su sufrimiento con más sesiones de quimioterapia, exámenes clínicos y tratamientos. Sería el final a una lucha que todos, daban por perdida... incluso mamá. Ella ya no tenía fuerzas para seguir hacia delante y lo único que quería era que la dejaran en paz. Esperar su final inminente en la tranquilidad de su hogar. El doctor le recetó medicamentos para que durante el periodo final, el dolor y otros síntomas molestos pudieran ser controlados aunque fuera en casa con la ayuda de una torpe e inexperta enfermera como lo era yo.

Yo quería seguir negándolo, la vitalidad con la que la recordaba me provocaba tal angustia que en mis pensamientos no entraba la idea de que en pocos meses iba a morir y a reunirse con papá. En cierto modo sentía que me quedaría sola en el mundo, irónico teniendo en cuenta que pasé dieciocho años de mi vida sin su compañía. Sin una llamada telefónica, sin ninguna visita... no quise pensar en como habían sido las dieciocho últimas navidades de mamá en el mundo que yo conocía. Sola, sin la presencia ni el interés de su hija, sin haber conocido a su único nieto... Sola. Así me quedaría yo. Sola. Sin la existencia de un marido o de un hijo, los dos pilares que habían sido fundamentales en lo que parecía ya una vida anterior que no me correspondía. La furia que sentí la noche anterior al descubrir a la bruja que había cambiado mi vida por completo, provocó que rompiera el ordenador y tirara el teléfono móvil al suelo, pero milagrosamente sobrevivió al golpe. Escribí un whatsapp a Mark a través de la pantalla rota de mi teléfono, diciéndole que necesitaba verlo... necesitaba hablar con él. Un abrazo, un beso... unas confortables palabras de alguien que te conoce tan bien sin que ni siquiera tú recuerdes que hubo entre los dos. Él parecía estar esperando mi mensaje y a los pocos segundos contestó diciéndome que le tenía siempre, para lo que necesitara... y que a las cinco vendría a recogerme en el taller.

Mamá salió agotada del hospital cinco horas después. Su cáncer de estómago se estaba extendiendo a otros órganos vitales del cuerpo y no había recuperación posible ni operación o tratamiento que pudiera salvarle la vida. Los dolores aumentarían, el malestar general sería horroroso y nos esperaban los peores días de nuestra vida. Pero mamá era fuerte. Positiva dentro de todo lo malo que le estaba sucediendo y sobre todo estaba tranquila porque tenía a su hija con ella.

Antes de entrar en el coche, nos detuvimos un momento para que mamá pudiera vomitar al lado de un árbol enfrente del hospital.

-No quiero volver al maldito hospital... quiero irme a casa... quiero estar en casa... –me dijo llorando. La abracé con el corazón roto. No volveríamos al maldito hospital.

-Tranquila, tranquila... –susurré llorando y acompañándola en su dolor. -¿Quieres ir a comer algo? No es buena idea ¿verdad?



Negó con la cabeza. Subimos al coche y la llevé a casa para que durmiera un rato. Prometí ir a verla por la noche y quedarme con ella a dormir. Me di una ducha y me cambié de ropa para ir hacia el taller donde me esperaban diversos correos electrónicos de trabajo y lienzos en blanco deseosos por ser estrenados y cobrar vida a través de las acuarelas. Pero la inspiración no venía a mí... ni siquiera al observar la profundidad del bosque. Pasé las siguientes horas observando a la nada y reflexionando sobre mi nueva vida. Todo el mundo se hace la misma pregunta, ¿qué será de mí? Como si el futuro fuera lo más importante, como si el presente no valiera nada... como si el mañana fuera el que nos daría las respuestas y la solución a nuestros problemas. Siempre fui de las que vivía el día a día sin pensar en el pasado o en lo que pudiera venir. Al menos eso es lo que recomiendan. Pero en esos momentos sí me importaba el futuro y me preocupaban mucho los acontecimientos venideros. Por un momento me gustaría haber tenido una bola de cristal que me enseñara a través de imágenes qué iba a ser de mí... si algún día volvería a recuperar la vida que elegí y así volver a estar con mi hijo. Stuart había pasado a un segundo plano, mis sentimientos habían cambiado en tiempo récord y entendí que debía ser así desde siempre. A lo mejor sin el hechizo de Bonnie, me hubiera cruzado con Mark en mi camino de una forma distinta. Todo hubiera sido diferente pero la esencia de las cosas sigue siendo la misma con el transcurso del tiempo y con cada una de las decisiones que tomamos, empeñados en creer que son las mejores para nosotros, aunque a menudo nos engañemos. Pero también cometemos errores... esos errores de los que aprendemos y mirando el lado positivo de las cosas... tampoco son tan malos. Si no los cometiéramos, la vida no tendría ni pizca de gracia. Nunca creí en la magia e inesperadamente ella vino a mí. No había sido magia blanca ni nada por el estilo. Bonnie me deseó lo peor, haciéndome volver a algo que no había elegido. Pero si no lo hubiera hecho, no podría estar con mamá los últimos meses de su vida y no sabría realmente lo que era el amor. Esas mariposas recorriendo mi estómago que jamás llegué a sentir por Stuart aunque fuera el hombre más guapo del planeta... Nada de eso tenía sentido ya. Envié a las personas que sí creían en la magia porque están destinados a encontrarla. Yo ya era una de esas personas y haría de mi vida algo espectacular... aunque estaba empeñada en volver con Matt y para eso, sólo había una solución. Volver a Nueva York y enfrentarme a Bonnie... aunque aún no fuera el momento.



A las cinco de la tarde Mark vino al taller tal y como habíamos quedado. Sin mediar palabra, me abrazó sabiendo que era lo que más necesitaba en esos momentos. El atractivo escritor del que me había enamorado, sabía que mi madre se moría y podía entender a la perfección como me sentía. Su padre lo abandonó cuando él sólo tenía tres años. Creció sin una figura paterna pero con todo el amor que su madre, la buena de Martha Ludgwig le dio. Cuando él tenía dieciséis años, Martha cayó enferma y murió cuatro años después. Se quedó solo. En el mundo en el que me encontraba, yo había estado con él, había sido su principal apoyo para reconfortarle en los momentos duros. En el mundo que yo recordaba, Mark se fue a Nueva York en busca del éxito que encontró pero sin poder compartirlo con la mujer que le había dado la vida y le había empujado a ser quien era. Por un momento me arrepentí de todas las veces que evité encontrármelo de frente. ¿A caso ya tenía sentimientos hacia él a pesar de ser sólo el chico que me tiró a la cara una pelota de baloncesto? Todos tenemos nuestras propias tragedias, supongo.

-Se muere... han suspendido el tratamiento de quimioterapia para que no sufra más. Es cuestión de meses... pocos meses. -le expliqué con los ojos inundados en lágrimas. Mark acarició mi cabello y me besó en la frente entendiendo mi dolor. ¿Cómo explicarle que esa no había sido mi vida? ¿Qué hacía dieciocho años que no había visto a mi madre? ¿Y que ninguna de las dos habíamos hecho demasiado esfuerzo para encontrarnos?

-Entiendo tu dolor. Y voy a estar aquí contigo. Me tienes a tu lado para siempre. -me dijo despacio y mirándome fijamente a los ojos. No, esa vida no valdría la pena sin Mark... y lo más extraño de todo es que no concebía mi vida en ninguno de los mundos paralelos en los que podemos encontrarnos sin él.

Dos horas después Mark se fue a escribir una nueva novela que debía entregar en tres meses y yo decidí ir hasta la librería Firefly a comprar su libro *Olvidar que te olvidé*. Así tal vez conocería al fin nuestra historia. Sería una forma de desnudar el alma de Mark y a la vez, encontrarme conmigo misma. Con quien no había elegido ser. Cuando regresé a casa de mamá aún dormía. En silencio, contemplé su rostro demacrado en reposo. Sabía que sufría, que sus dolores eran constantes y aún así en la expresión de su cara pude ver paz y serenidad mientras dormía.

Bajé al salón y me senté en la butaca preferida de papá. Aún lo recordaba fumando su puro mientras veía cualquier partido de rugby en televisión. Abrí la primera página del libro de Mark, dedicado a la mujer que olvidó que había olvidado... Sonreí al saber que era yo. Las doscientas treinta y dos páginas del libro me engancharon de tal manera que hasta que no lo terminé no paré de leer. Ahora entendía el éxito que había tenido con su obra y también como supuse, fui capaz de desnudar su alma a través de las palabras, conocer nuestra historia y encontrarme a mí misma más feliz de lo que jamás había sido en la vida real. La novela hablaba de Olivia y en todo momento supe que esa Olivia, la mujer que enamora al protagonista masculino llamado Matt, era yo. Matt y Olivia viven una historia de amor maravillosa que parece no tener fin, pero cuando el protagonista le habla de sus sueños y proyectos de futuro, ella decide desprenderse de él creyendo que es lo mejor para los dos. La frase que más me conmovió fue la de la página cincuenta y seis. "Si quieres algo déjalo en libertad. Si viene a ti será tuyo para siempre... si no, piensa que jamás lo fue". Matt nunca logró olvidar a Olivia, ambos consiguieron triunfar profesionalmente pero sus corazones estaban rotos y fríos ante cualquier sentimiento hacia otra persona. A medida que avanzaba cada capítulo, me adentraba en el pasado de los protagonistas a través de sus recuerdos y en su presente, tan triste y solitario aunque tuvieran otra compañía. Se necesitaban el uno al otro... el tiempo no mitigaba el dolor de la ruptura. En un momento de la historia, Matt olvida que olvidó a la que consideraba la mujer de su vida y vuelve al pueblo donde nacieron a buscarla, sin saber si ella aún le corresponderá... Y aunque todo es diferente a como lo conocían, vuelve a surgir entre ellos algo especial. Magia. Amor. El sentimiento más poderoso del mundo. Aún así, la historia no acaba bien... "Dicen que uno siempre vuelve a los viejos sitios donde amó la vida", piensa el protagonista de la novela. Olivia muere tras haberle ocultado a Matt su enfermedad terminal y de alguna manera pensé mientras lloraba al leer su final, que para Mark esa muerte significaba la ruptura real de un sentimiento que pensó no volver a tener. Pero volvió a Kutztown, volvimos a vernos... y volvió a enamorarse. Esa era la vida real. Nuestra vida. Le mandé un whatsapp a Mark preguntándole porque Olivia moría... pero que aún así me había encantado su novela y que la había leído del tirón. Que esperaba que al día siguiente pudiera firmarme un autógrafo en ella. Aunque eran las cuatro de la madrugada, me respondió al instante diciéndome que se alegraba que la hubiera leído y me hubiera gustado. Sentía lo de la muerte de Olivia pero no le gustan los finales felices... en sus novelas. Porque en su vida, conmigo, sí quería un final feliz. Sonreí como una quinceañera y deseándole las buenas noches reconociendo que me encantaría dormirme entre sus brazos, me fui hasta la habitación a descansar. Volví a ver como estaba mamá, que seguía durmiendo. Me cercioré de que no tuviera fiebre y al tocar su frente sonrió. ¿Con que o con quien estaría soñando? Silenciosamente salí y aunque las tristezas superaran las alegrías, me dormí con una sonrisa en mis labios.



Estaba agobiada. Y nerviosa, muy nerviosa. El jueves día quince a las seis de la tarde tenía mi primera inauguración en la galería Eckhaus del pueblo y al día siguiente, en la de Lazy Leaf Pottey. Afortunadamente Christine me demostró por segunda vez su eficacia y talento. No tenía de que preocuparme.

Pasamos toda la mañana del jueves colocando las obras de manera estratégica para que los visitantes se sintieran atraídos por ellas. La iluminación del local y el ambiente era muy importante.

-¡Te veo tan nerviosa, Nora! Ni que fuera tu primera exposición...

Cierto era que por lo visto, llevaba unas cuantas exposiciones a mis espaldas. Pero no, yo no... mi otro yo, en mi otra vida, en otro mundo... o como lo queráis llamar. A las tres y media estaba todo preparado, así que me acerqué hasta la librería Firefly a animar a Mark al menos en los primeros minutos de la presentación en el pueblo de su libro. Nunca había visto la librería tan abarrotada de gente, especialmente de mujeres de todas las edades deseosas por saludar a Mark y obtener un autógrafo con dedicatoria en el interior de las novelas que habían comprado. Había venido gente del pueblo y de las afueras sólo por verlo a él.

Patricia estaba a su lado sonriéndole seductoramente en todo momento pero a pesar de resultar de lo más atractiva, no me preocupaba. Yo era Olivia, la Olivia de Matt... Nada ni nadie nos podía separar. Desde la entrada de la librería le sonreí y con un simpático gesto me dijo que me acercara.

-Gracias por pasarte. Luego voy yo a tu exposición.

-De eso nada, Mark. Luego me invitas a cenar. –interrumpió Patricia descaradamente.

-Patricia, te presento a mi novia. Nora Stewart. Es la Olivia de la novela.

Afortunadamente, pude disimular y aguantar la risa que me provocó ver la cara de desconcierto de Patricia. Se mostró patidifusa, en shock. Sonrió forzosamente y poniendo los ojos en blanco, tocó su melena pelirroja y se fue a hablar con el propietario de la librería.

-Creo que está loca por ti... –le comenté. Mark rió ignorando por completo mi comentario.

-¿Cómo va la exposición?

-Estoy de los nervios.

-Pero si tienes mucha experiencia, Nora. Todo saldrá bien.

Patricia volvió a interrumpirnos, esta vez para decirle a Mark que sus minutos de descanso habían terminado y debía volver a la presentación de su libro, a leer algunas páginas, hablar con sus lectoras-admiradoras y firmar cada uno de los ejemplares que habían comprado. Vi desde la distancia como Mark atendía agradecido y con la mejor de sus sonrisas a cada una de las personas que querían saludarlo. Al cabo de un rato, todos los presentes se sentaron y en silencio, escucharon a Mark. Desde la lejanía, yo también, y debo reconocer que su manera de hablar me encandiló hasta tal punto de dejarme embobada completamente. Los minutos pasaron rápidamente y al descubrir que eran las cinco y cuarto de la tarde, me fui corriendo hacia la galería de arte donde también empezaban a entrar los primeros curiosos. Para la ocasión, me había comprado un elegante vestido negro más acorde con mi cargo de vicepresidenta ejecutiva de la compañía de mi no-suegro. Me sentía más yo pero a la vez, algo había cambiado en mí. Era feliz entre mis obras, entre mis pinturas... en mi trabajo. No quería huir de ahí, al contrario. Quería quedarme para siempre. Christine les daba indicaciones a los camareros de cómo debían servir las copas de champagne y los deliciosos y minimalistas canapés. Poco a poco, la galería fue llenándose de gente, incluidos críticos de arte que mi ayudante me presentó. A algunos ya los conocía o eso parecía y aunque no sabía muy bien que decirles, hice uso de mi labia natural para convencerles de que esa, era una de mis mejores exposiciones. Creía en mí misma, en mi talento y en “mis hijos”. Una manera artística de expresión... un viaje hacia algún lugar del tiempo feliz, tal y como los críticos escribirían en los periódicos y revistas días después. A las seis y media, entró por la puerta mamá. Se había maquillado y arreglado especialmente para la ocasión pero su sonrisa era forzada debido a los fuertes dolores de estómago que padecía.

-Mamá... no tendrías que haber venido. –le dije abrazándola.

-¿Cómo voy a perderme esto? Fíjate cariño... estoy tan orgullosa de ti... –de nuevo quise llorar. Llorar de emoción por todo el amor recibido. No merecía tanto.

-¿Te encuentras bien?

-Debo reconocer que me he drogado un poco... estoy bien, no te preocupes por mí. Voy a dar una vuelta por la exposición, me encanta lo que veo.

Vi como mamá se detenía en cada una de las obras y muy especialmente en la que había titulado “MATT”. Era una obra especial, la primera que pinté cuando llegué a Kutztown aunque ya estuviera empezada. Diversas líneas de un color verde brillante se fusionaban para dar paso a una estrella con forma abstracta en el borde derecho del cuadro. Mamá asentía complacida apuntando con su dedo sin tocar el cuadro cada uno de los trazos utilizados.

-¿Por qué Matt? –me preguntó.

-Si hubieras tenido un nieto, se hubiera llamado Matt...

-Está en algún lugar, Nora. Busca en tu interior. Está ahí...

Contemplé la estrella del cuadro y mis piernas empezaron a temblar. Mi cuello se volvió rígido y sentía que me asfixiaba. Era lo que menos quería, pero me puse a llorar delante de todas las personas que contemplaban cada uno de mis cuadros. Algunos me miraron confusos, otros no se dieron cuenta de la situación... pero mamá cogió mi mano y asintió entendiendo todo el dolor que sentía. Hubiera sido la mejor abuela del mundo y Matt la hubiera querido muchísimo.

Mark entró en compañía de Patricia. Resopló y en su mirada pude ver que no se la había podido quitar de encima. Ambos contemplaron cada uno de los colores vivos de las obras y sonrieron a la vez. De Mark me lo esperaba, de Patricia no.

-No sabía que eras una gran artista. –me dijo la que había sido una de mis mejores amigas en otra vida.

-Eso intentamos... –respondí. –¿Quieres champagne?

-Claro. Ese cuadro quedaría tan bien en mi salón... voy a ver. –Patricia se dirigió hasta la obra a la que llamé “SUEÑOS”. Predominaba el color azul cielo y el amarillo resplandeciente del sol.

-¿Qué tal la presentación? –le pregunté a Mark.

-Bien, como siempre. –respondió sin darle demasiada importancia y al ver a mi madre, fue hacia ella.

Nunca supe de que hablaron pero al cabo de unos minutos, pude ver lo emocionados que estaban delante de mi obra “MATT”. Se abrazaron y permanecieron así durante unos cuantos segundos. Mamá me miró y seguidamente miró a Mark agradecida. Ella también era feliz al saber que un hombre como él estaba en mi vida.

A las ocho de la noche después de decir unas palabras y agradecer a todos los presentes su interés por mi trabajo, dejé a Christine como encargada de cerrar la galería de arte y acabar de negociar las numerosas ventas de las obras, recomendándole que descansara porque al día siguiente debíamos estar en plena forma para afrontar la siguiente exposición.



Mark, mamá y yo fuimos a casa. Cenamos tras un día agotador hablando de la presentación del libro de Mark y de mi exposición.

-Como me alegra ver que triunfáis en esta vida... –sonrió mamá.

-Bueno... con esfuerzo todo se consigue. –dije.

-Y con talento. Y tú lo tienes, Nora. –comentó Mark ante la atenta mirada de mamá que debía ver que entre los dos saltaban chispas.

Después de cenar, mamá prefirió retirarse a su habitación a descansar. También había sido un día lleno de emociones para ella pero me prometió que estaría al día siguiente en la galería Lazy Leaf Pottery para ver mi siguiente exposición. Era más pequeña que la de ese día pero también con unos cuadros muy potentes y especiales.

-¿Me estás mirando el culo? –le pregunté a Mark, aún sentado en la mesa de la cocina observándome mientras fregaba los platos.

-¿Yo? No... que va... –rió.

Cuando terminé me acerqué a él y le besé. Cuantas ganas tenía de hacerlo... de echo, tal y como decía un fragmento de su novela, me hubiera quedado a vivir para siempre en sus besos, en sus labios... eternamente. Subimos hasta el cuarto de mi adolescencia y haciendo el menor ruido posible, nos desvestimos el uno al otro. La habitación sólo estaba iluminada por el poderoso brillo de la luna que entraba a través de la ventana. La mirada enigmática de Mark se hacía más poderosa ante mis ojos y en un arrebato de pasión terminé estirada encima de él en la pequeña cama. Me apartó los mechones de mi cara y seguimos besándonos apasionadamente. Piel con piel, sudorosos y excitados estar con él era lo mejor que me había pasado en mucho tiempo. Dulce, generoso e impulsivo, hacer el amor con Mark fue de nuevo, como volver a casa. Como si siempre hubiera estado ahí... sólo que en otro lugar invisible que yo no alcancé a ver desde mi mundo.



## LA MADRASTRA

Cuando el señor Clayton supo que Bonnie sería la futura mujer de su hijo Stuart, lo primero que hizo frente a los prometidos fue reírse. Ambos, confundidos, le preguntaron que era lo que pasaba.

-Veamos Stuart... ¿Has visto a la mujer que tienes al lado? Vales mucho más que eso. –comentó hiriente, mirando con desprecio a la vicepresidenta ejecutiva de su compañía delgaducha de ojos saltones oscuros, nariz extremadamente grande, labios finos y sin gracia y una dentadura torcida y amarillenta.

Michael fue claro y directo. Él no estaba bajo el hechizo de la bruja, el señor Clayton veía la realidad y su superficialidad y buen gusto por las mujeres le hizo decirle la cruel verdad a su hijo sin tener en cuenta la presencia de Bonnie a quien le dolieron esas palabras como si le hubieran clavado un puñal en el corazón.

-Papá, ¿pero que dices? ¿Te has vuelto loco? –para Stuart, Bonnie era la mujer más hermosa bajo la faz de la tierra.

-En absoluto. Aún recuerdo a Lucille... Lucille sí que era una mujer como Dios manda. A tu altura. Bueno hijo, suerte con este adefesio al que por otro lado, debo agradecer la gran idea que ha tenido. –terminó diciendo a la vez que le guiñaba un ojo a su empleada.

El señor Clayton se alejó sin importarle lo más mínimo haber caído en la trampa de la sinceridad. Bonnie, enfurecida y sin importarle lo más mínimo las consecuencias que podrían tener sus actos, se armó de valor y se dirigió hasta Michael deteniéndole con sólo mirar su amplia espalda.

-¿Qué quieres? –preguntó Michael confundido.

Bonnie cerró los ojos con fuerza y en un susurro que Stuart no logró escuchar desde donde se encontraba, empezó a decir las palabras de su conjuro que acabarían con la vida del imponente señor Clayton fulminantemente.

“ Bonnie Larson te invoca. Bonnie Larson te ordena. Bonnie Larson te envía a la tumba. Un rayo caerá fulminantemente hasta tu corazón. La mano a tu pecho te llevarás y morirás. Bonnie Larson te invoca. Bonnie Larson te ordena. Bonnie Larson te envía a la tumba”.

El señor Clayton llevó su mano al corazón tal y como había mencionado Bonnie en su conjuro. En su rostro pudo verse el dolor por el terrible sufrimiento al que se enfrentaba, al saber que en unos segundos su corazón, partido por un rayo, dejaría de latir. Michael cayó desplomado al suelo y las dotes de interpretación de Bonnie salieron a la luz.

-¡Stuart! ¡Stuart! –Stuart fue corriendo hacia su padre arrodillándose junto a él sin poder hacer nada por su vida.

-No puede ser... no puede ser... –repitió una y otra vez llevándose las manos a la cara. –Papá... papá... ¡Papá!

Pero el señor Clayton no respondería a las súplicas y gritos de su hijo. Murió en el acto debido a un fulminante ataque al corazón en el frío suelo de la empresa que lo había convertido en un hombre rico, poderoso y orgulloso. Bonnie reía por dentro pero supo disimularlo muy bien derramando lágrimas de desesperación que Stuart creyó.

-Ha sido todo tan rápido... le estaba diciendo que sentía mucho que pensara eso de mí y de repente ha caído al suelo y... –gimoteó Bonnie. Stuart, compadecido de la que sería pronto su mujer, la abrazó mientras el cuerpo inerte de su padre seguía presente y rodeado de todos los que se habían acercado para saber que era lo que había pasado.



Michael Clayton fue enterrado tal y como siempre había deseado, junto a la tumba de su esposa. La única mujer que amó realmente en vida. El funeral fue multitudinario y ostentoso como lo había sido la vida del difunto. Políticos, importantes e influyentes empresarios, actores de Hollywood, presentadores de televisión y prestigiosos escritores, fueron los principales invitados a lo que era uno de los más tristes eventos del año. Con la muerte del señor Clayton, Stuart pasó directamente a ser el nuevo jefe de la empresa, aunque no se sintiera preparado para ejercer dicho cargo. Frente a él se abría un camino desconocido que temía y a la vez quería asumir con ganas, esfuerzo e ilusión aunque fuera muy distinto a su padre. Sus cuentas y propiedades crecieron de la noche a la mañana gracias a la suculenta herencia que le había dejado su padre mientras Bonnie sólo tenía una preocupación. ¿La muerte de Michael retrasaría su boda soñada?

El pequeño John conoció a la que sería su madrastra el mismo día del funeral de su abuelo. La miró con la inocencia de un niño tímido de seis años y cuando ella quiso agacharse para darle un beso, éste cogió la mano de su padre con fuerza y le giró la cara. Bonnie lo entendió. Cuando ella era pequeña odiaba que las brujas de las hermanas de su madre quisieran besuquearla todo el tiempo. Tras el funeral, Bonnie acompañó por primera vez a Stuart a su casa junto al pequeño John. Mientras el niño jugaba con sus scalextric, Stuart y Bonnie se sentaron en el sofá abatidos tras un día largo y duro.

-No sé que voy a hacer sin él... Él era el fuerte, yo no lo soy. –reconoció Stuart cabizbajo.

-Claro que eres fuerte Stuart. Mírate, lo tienes todo para triunfar. –le alentó Bonnie. –Confía en ti. Cree en ti. Lo demás vendrá solo.

Stuart agradeció las palabras de Bonnie enamorándole aún más. Le dio un dulce beso y cuando sus rostros estaban a sólo dos milímetros de distancia, le dijo lo que Bonnie deseaba escuchar con todas sus fuerzas.

-Nos casaremos pronto. La vida es corta y no quiero desperdiciarla, no quiero perder el tiempo... te quiero y quiero que seas mi mujer.

Bonnie sonrió. Una semana, sólo había bastado una semana para que la vida que desde siempre había soñado se convirtiera en una realidad.



## VIVIR ES UN ARTE

Los días transcurrieron con tranquilidad en Kutztown. La señal inequívoca de que mi relación con Mark iba viento en popa fue cuando una mañana al despertar, vi su cepillo de dientes en mi cuarto de baño. No vivíamos juntos todavía, pero ninguno de los dos queríamos dormir solos... deseábamos nuestra mutua compañía, nuestros cuerpos entrelazados como si se tratase de uno solo en la fría noche hibernal. En eso consistía la felicidad... en esos pequeños momentos, en esa complicidad. Mark era feliz escribiendo y yo pintando. Aunque durante los últimos días de noviembre me dedicara más a cuidar de mamá. No se encontraba bien y pasaba más horas en el cuarto de baño vomitando que en cualquier otro rincón de la casa. Había dejado de leer a Danielle Steel y las telenovelas que tanto le gustaban las aborrecía. Las flores del jardín se marchitaban con ella, como si presintieran que las manos que las habían plantado pronto dejarían de existir. Abusaba de la medicación que le había recetado el doctor porque era lo único que aliviaba un poco su padecimiento... unos horribles dolores intestinales que hacían que se retorciera en el suelo de dolor. Sudorosa, pálida, ojerosa... deseando acabar con ese tormento reuniéndose con papá. Lo entendía pero a la vez me sentía egoísta al pensar que prefería tenerla conmigo. Retenerla en ese infierno llamado cáncer antes de dejarla ir y que descansara por siempre en paz.

También habían días buenos. Días en los que incluso tenía ganas de hablar. Planeábamos las fiestas navideñas con ilusión... a mamá siempre le había gustado la Navidad y sabía que ese año sería el último que podría celebrar. Montaríamos un gran árbol lleno de luces y una estrella en la punta como cuando era niña... como yo hacía con Matt de quien me acordaba cada segundo de mi nueva vida. Lo echaba tanto de menos... Decoraríamos las ventanas con figuras navideñas dibujadas en spray de color blanco y colocaríamos bombillas de colores alrededor de todas las ventanas de la casa. Cantaríamos villancicos junto a los niños que venían a pedir su aguinaldo y prepararíamos un riquísimo pavo al horno. Tenía tantos planes junto a ella... y tan poco tiempo...

-¿Crees que hay algo después de la muerte, Nora? –me preguntó una tarde en la que me vino a hacer compañía en el taller.

-No lo sé, mamá. ¿Tú que crees?

-Antes no creía en nada. Pero hace noches que sueño con tu padre... me sonrío y me dice que todo va a ir bien. Que pronto nos volveremos a reunir y que él me guiará. También dice que el lugar en el que está es maravilloso y que lo voy a disfrutar.

-Es precioso, mamá. –dije sentándome a su lado y dejando a medias la obra en la que había estado centrada durante todo el día.

-No sé si habrá cielo o infierno, hija... pero tal y como te dije una vez, cuidaré de ti. Tanto como tú me has cuidado a mí.

-Mamá, no digas eso por favor... es muy duro, yo... –se me atragantaron las palabras. Un nudo se apoderó de mi garganta y una vez más lloré como una niña pequeña.

-No lo hago para que llores. Estaré cerca... nadie se va del todo, simplemente cambia de sitio. Y algún día, dentro de muchos, muchos años nos volveremos a reunir. Todos estamos aquí de paso, hija.

-Lo sé pero aún así duele.

-El tiempo lo cura todo. Las ausencias duelen pero aprendes a vivir con ellas. Como si fueran fantasmas... no queda otro remedio, Nora.

Efectivamente, no quedaba otro remedio. Los órganos de mamá se estaban deteriorando y se marchitarían pronto como una flor a la que olvidas regar.



El mes de diciembre llegó sin demasiados cambios. La vida en el pueblo era sosegada y monótona pero me gustaba. Sin embargo, la mañana del sábado día uno de diciembre, casi me desmayo al ver en la portada de un periódico que el flamante ex modelo y actual propietario de la empresa farmacéutica para lo que yo trabajé en aquella otra vida que no podía olvidar, Stuart Clayton, se casaba con la vicepresidenta ejecutiva Bonnie Larson. Por lo visto, el viejo Clayton había fallecido hacía unos días de un ataque al corazón y ellos ya estaban posando ante los medios con la mejor de sus sonrisas para gritar a los cuatro vientos lo felices que estaban al comunicar que unirían sus vidas para siempre. La que quería gritar en esos momentos era yo... Aquel pequeño al que vi no era mi hijo pero sí era idéntico a Matt... y me enfurecía saber que viviría con un bicho como Bonnie. Incluso llegué a sospechar que la muerte del que fue mi suegro fuera provocada por la bruja. Pasé el día amargada y obsesionada con la idea de que Bonnie ocupara mi lugar... ¿Qué podía hacer yo? Me sentía totalmente desarmada y por otro lado estaba Mark y mamá... desaparecer de esa vida dolía tanto como no ver a Matt. Pronto haría un mes del hechizo. Un mes en el que había llorado, sufrido, reído... Un mes en el que había aprendido que todo ser humano es capaz de adaptarse a cualquier circunstancia por muy descabellada que sea.

Christine y yo preparábamos con entusiasmo las exposiciones en Nueva York de enero. Serían muy potentes y la expectación era máxima. Gracias a las dos últimas exposiciones en Kutztown, varios medios se hicieron eco de mi talento y lo proclamaban sin cesar. Un poquito de publicidad siempre viene bien y habíamos recibido llamadas de gente importante interesada en tener un “Stewart” en sus casas. Aún quedaba mucho trabajo por hacer y aunque en otras circunstancias me hubiera agobiado, preferí tomármelo con calma y poner todo el entusiasmo en cada obra. Tal y como tenía decidido, destacaban los colores oscuros en cada una de las pinturas. Cada lienzo en blanco era una nueva oportunidad para mostrar mis sentimientos, incluso mi alma... feliz por un lado, triste por la ausencia de Matt y la enfermedad de mi madre.



Nunca olvidaría la peor tarde de mi vida. Era viernes, catorce de diciembre. Mark vino corriendo al taller donde yo estaba trabajando y al verlo, supe que algo malo había pasado. Frank también lo supo en cuanto lo vio mientras regaba el cultivo y decidí acompañarnos al hospital donde una hora antes Mark había llevado a mamá. Pude verla desde el cristal intubada, los médicos hacían lo posible por mantenerla con vida pero existe un hilo muy fino entre la vida y la muerte, de la que mamá estaba cada vez más cerca. A mi lado, Mark y Frank intentaban consolarme poniendo sus manos sobre mis hombros. No había consuelo para mí... nada de lo que hicieran o dijeran harían que desapareciera mi dolor. Mientras miraba como mamá luchaba por su vida, recordé los dieciocho años de ausencia... dieciocho años en los que pensaba que tenía la peor madre del mundo. Dieciocho años que para ella, en ese mundo, habían sido felices junto a mí. Ese era el único consuelo que me quedaba... para ella, siempre estuve ahí, a su lado desde la muerte de papá. Minutos más tarde, el doctor salió de la habitación mirando hacia el suelo.

-Nora, Nicole se nos va. Sus órganos están fallando... es cuestión de horas, días... nadie puede saber con exactitud en que momento llega nuestro final. -negó tristemente con la cabeza. -Lo cierto es que todo ha ido muy rápido, en un principio aún contábamos con dos o tres meses pero ha sufrido mucho... no merece la pena tanto dolor cuando ya no hay solución. -se lamentó con sinceridad.

Asentí entendiendo cada una de sus palabras y entré en la habitación de la que no saldría hasta once días después. Nos perdimos los villancicos, la decoración del árbol navideño y ese año la casa carecería de luz sin las bombillas de colores que teníamos pensado colocar alrededor de las ventanas. Mark estuvo conmigo en todo momento e incluso tuvo el detalle de cocinar un riquísimo pavo asado que comimos en la triste habitación del hospital en nochebuena. Me pasaba los días leyendo a Danielle Steel y contándole a mamá la verdad de todo lo que me había pasado. El hechizo de Bonnie, la existencia de mundos paralelos según nuestras decisiones... y pude pedirle perdón por todos esos años ausentes para mí sin que ella pudiera decir que su hija estaba loca. Le hablé de Matt, mi pequeño estaba en cada una de las conversaciones. Acariciaba su mano y le besaba en la frente. Incluso en algún momento, pude ver como alguna lágrima recorría sus mejillas.

Mamá despertó el veinticinco de diciembre a las ocho de la mañana, el mismo día en el que murió. Me miró con los ojos chiquititos y brillantes y me sonrió. Logró desprenderse del tubo que le impedía hablar con claridad, cogió mi mano y yo no olvidaría jamás sus últimas palabras.

-En este mundo o en otro... yo siempre he sido tu madre. Siempre te he querido más que a mi propia vida y ahora debes ser feliz. Volverás con Matt... Matt está ahí. -dijo señalando mi corazón. -Papá me espera... -susurró mirando al frente, como si la presencia de mi padre realmente estuviera ahí para llevársela.

Sentí frío, mucho frío. Mamá cerró los ojos, soltó mi mano y con una sonrisa se fue. Las máquinas escandalosas, empezaron a pitar para informar que su misión había terminado. Instantes después, llegó Mark y me abrazó con fuerza acompañándome en mi dolor. Un dolor que tardaría mucho tiempo en sanar. Siempre he escuchado que cuando estás a punto de morir, tu vida pasa por delante de tus ojos. Pero lo que no te dicen nunca es que cuando ves morir a alguien a quien has querido te resulta doblemente doloroso porque lo que pasa delante de tus ojos no es una, sino dos vidas que recorrieron juntas una parte del camino.



## LA NUEVA SEÑORA CLAYTON

La noche antes del enlace entre Stuart y Bonnie que ya vivían bajo el mismo techo junto al pequeño John, la bruja despertó sudando de una pesadilla en la que una vez más la había ido a visitar su difunta madre entre las llamas del infierno. Se dirigió al lavabo y de manera compulsiva se lavó la cara. El espejo le devolvió su reflejo por pocos segundos, puesto que la maléfica Elisabeth Larson quería hacer acto de presencia en el momento más importante de la vida de su hija.

- ¡Vete! ¡Sal de aquí! -gritó Bonnie.
- Vaya, vaya... deberías estar más feliz. ¿Sientes remordimientos? Has matado a un hombre, y lo tendrías... ¿Y sabes? Sobre todo tendría miedo.
- No tengo miedo. -respondió Bonnie bajando la mirada.
- ¿No? ¿Estás segura? Deberías... deberías tener miedo.
- Por... por... ¿por qué?
- Porque muy pronto estarás aquí conmigo.

De nuevo la imagen de Elisabeth desapareció entre las llamas acompañada de una escalofriante carcajada. Bonnie una vez más se puso a llorar temiendo que su madre estuviera en lo cierto. Sí, merecía ir al infierno porque la maldad también se escondía tras ese frágil cuerpo a pesar de haberla evitado durante tantos años.

Aún con el susto en el cuerpo, Bonnie se volvió a dormir junto a Stuart. Les esperaba un día largo, el más feliz e inolvidable de sus vidas.

A las seis de la mañana estaban en pie. Stuart y Bonnie se despidieron a las siete y no volverían a encontrarse hasta las doce, la hora en la que Bonnie recorrería el largo pasillo de la Catedral de San Patricio donde se prometerían amor eterno delante de más de quinientos invitados. Stuart por su parte, se fue hasta la habitación de un hotel junto a sus padrinos y su hijo, mientras Bonnie se quedó en el apartamento en compañía de las damas de honor a las que sólo conocía de vista. Bonnie le explicó a Stuart que no tenía familia y como excusa ante la ausencia de amistades en un día tan especial, le explicó que había perdido el contacto con todos desde que el trabajo en su empresa la absorbiera las veinticuatro horas del día. Stuart lo entendió y no hizo preguntas que pudieran incomodar a la que en unas horas sería su segunda mujer. El pequeño John sin embargo, no acababa de confiar en su nueva madre. La palabra “madrastra” le sonaba a bruja mala de las películas de Disney y todavía no había visto en ella algo que le pudiera gustar. A Bonnie eso no le preocupaba y a Stuart tampoco, puesto que estaba bajo la influencia del hechizo de la bruja. Todos excepto él, pensaban que era muy precipitado y al conocer a Bonnie y recordar a Lucille, se extrañaban de que alguien como Stuart pudiera fijarse en una mujer como ella. No sólo por su físico discreto y poco atractivo, sino también por su carácter extraño e introvertido. Nadie veía bien ese enlace pero el carismático Stuart Clayton se había convertido de la noche a la mañana en uno de los empresarios más adinerados y poderosos de Nueva York a los que llevar la contraria podía resultar peligroso.

Bonnie no se sintió bien junto a las damas de honor que criticaron en todo momento como le quedaba el vestido. Demasiado grande por ahí, eres demasiado bajita para este corte, las piedras no disimulan tu pecho pequeño casi inexistente... Bonnie estaba harta y triste al no verse como la novia más guapa del mundo ante el espejo.

A las once y media, el novio llegó a la Catedral de San Patricio. Su estilo recargado neogótico y su mármol blanco resplandecía en compañía de numerosas flores expuestas en cada rincón del lugar únicamente para la ocasión mientras sonaba una preciosa melodía a través del piano. Los invitados fueron llegando quejándose del frío y el tráfico de la ciudad a la vez que posaban con sus mejores sonrisas ante los medios de comunicación que no quisieron faltar al enlace del señor Clayton. Bonnie llegó en un carruaje de caballos a las doce y diez, impuntual como mandaba la tradición y del brazo de uno de los mejores amigos de Stuart. Recorrió el pasillo con una sonrisa mientras miraba a un Stuart emocionado esperándola junto a su hijo que llevaba las alianzas, en el altar. Ni siquiera se fijó en los rostros de los invitados, que la miraban como si fuera un bicho raro. Ni la magia más poderosa puede convencer y engañar al mundo entero. El cura inició sus palabras y en unos minutos Bonnie se había convertido en la nueva señora Clayton, queriendo retener esos instantes en su memoria hasta el fin de sus días.



## Y MÁS ALLÁ SIEMPRE HAY MÁS

Y más allá siempre hay más, pensé según miraba cada una de las obras que había terminado para mis futuras exposiciones en Nueva York. Sólo quedaba una semana para volver a la ciudad de los rascacielos que elegí en otra vida. Esa vida que seguía recordando cada instante de mi vida... pero era una vida en la que no existía Mark... al menos no en mi mundo y mi mundo ya no lo concebía sin él. Desde que murió mamá él fue mi mayor apoyo, sin él posiblemente hubiera tardado mucho tiempo en recuperarme del triste golpe.

Christine llegó la tarde del tres de enero para llevarse mis obras. Estaba más nerviosa que cuando expuse en Kutztown puesto que Nueva York para mí era mucha responsabilidad. La galería Agora nos esperaba el diez de enero y Ceres en Chelsea junto a otros artistas que ya habían contactado conmigo interesándose por mis obras. A medida que los días iban pasando, los nervios también se apaciguaron, como si mamá desde algún lugar tal y como me había prometido, siguiera cuidando de mí.

El nueve de enero, antes de partir hacia Nueva York donde estaría cinco días, fui a la tumba de mamá que la habían enterrado junto a papá tal y como era su deseo. Al verlos juntos, unidos por una fría piedra, me entraron escalofríos. Siempre había visto a los personajes de las películas hablar frente a las tumbas de sus seres queridos fallecidos y la escena era realmente preciosa pero... ¿qué se le dice a unas frías piedras con unas palabras estampadas sobre ellas? Me limité a mirarlas y a llorar en silencio. Si mi vida había sido extraña a lo largo de esos meses, también lo fue el momento en el que sentí como dos manos se posaban sobre mis hombros. Miré hacia atrás y no había nadie, sólo la ausencia y el vacío. Sonreí y asentí, sabiendo que mis padres estaban ahí, conmigo. Fue entonces cuando empecé a creer en algo más, en que la muerte sólo es un paso y no el final de todo. Salí del cementerio en paz y curiosamente, entre tanta muerte, más viva que nunca.

Había quedado con Christine a las cinco de la tarde y al llamar a Mark para despedirme, él me sorprendió con su idea repentina para venir conmigo a Nueva York y acompañarme en las que serían las dos exposiciones más decisivas de mi vida. Su novela avanzaba a pasos agigantados, según él yo le inspiraba más que la soledad y no le importaba distraerse durante unos días aunque su ordenador portátil viniera con él a todas partes.

Volver a ver los rascacielos de los que me había despedido hacía dos meses, volver a oler el humo, la contaminación, escuchar los frecuentes y pesados pitidos de los coches y otros ruidos muy distintos al tranquilo Kutztown fue volver a casa. Sólo que ya no sentía Nueva York como mi casa... y sólo podía gustarme porque ahí, entre esas gentes y en esas concurridas calles también estaría mi pequeño Matt... sólo que con otro nombre y engendrado por otra mujer. Seguía viéndolo en el rostro de cualquier niño que pasaba por mi lado y seguía preguntándome sobre el mundo que yo había elegido y se había quedado en una especie de limbo hasta una nueva jugada que deseaba hacer pronto. Y luego miraba a Mark... él, sin saber que yo procedía de un destino donde parecíamos no estar hechos el uno para el otro, parecía vivir el momento sin pensar en que posiblemente llegara el día en el que por arte de magia yo me esfumaría de su vida. Magia...

Antes de ir hasta el apartamento de Mark donde nos alojaríamos, pasamos por la galería Agora donde Christine y yo contemplamos mis cuadros embobadas. Eso era arte y buen gusto. Un gusto refinado y elegante, la responsable de la galería conocía muy bien a sus exigentes y exquisitos clientes y lo había dispuesto todo para la ocasión. Nada que ver con Kutztown, Nueva York efectivamente era otro mundo.

Cuando supe donde vivía Mark, me quedé patidifusa. Muy cerca de donde yo había vivido con Stuart y Matt, a sólo tres edificios contiguos en Upper East Side. Su apartamento no tenía nada que envidiar al mío, con unas vistas privilegiadas a Central Park era un lugar espectacular. Mientras Christine se instalaba en la habitación de invitados, también sorprendida por el buen gusto que tenía nuestro anfitrión con la decoración, Mark y yo nos sentamos en la terraza a contemplar las vistas.

-Prefiero mil veces Kutztown a esto... –dijo observando los frondosos árboles de Central Park. –Creo que voy a vender el apartamento.  
-¿Sí? Es muy bonito.  
-No parece haberte sorprendido tanto como a Christine.

¿Cómo decirle que yo vivía cerca y en un apartamento aún más ostentoso que ese? Para él, yo me había quedado en Kutztown, en una de sus viejas casas y trabajaba en un cuchitril en la misma granja que había sido de mi familia.

-Sí, me ha sorprendido mucho... –disimulé. -¿Cómo llevas la novela?

-Bien. La exposición será fantástica, ya lo verás. Todos los ricachones de la zona querrán tener tus obras en sus casas.

-¿Tú crees? –yo las hubiera querido para la mía. -¿No te parecen un poco tétricas?

-No... los colores son oscuros pero están de moda. Además reflejan muy bien la situación por lo que has pasado. Nunca te lo he dicho pero te admiro ¿sabes?

Cuando murió mi madre no lo llevé tan bien como tú y tuve la suerte de contar con tu apoyo. ¿Recuerdas lo mal que lo pasamos? Siempre estuviste ahí... –sus palabras resonaron en mi mente como martillazos. Siempre estuve ahí, con él... una mala época que yo no había vivido.

-Lo llevo bien gracias a ti pero no pasa un día en el que no me acuerde de ella y me arrepiento de las diferencias que tuvimos en algunas ocasiones. En fin... la vida.

-La vida... –suspiró con una de esas sonrisas que lograban cautivarme. Le besé.

-Si yo desapareciera, ¿qué harías, Mark? –me atreví a preguntar.

-Desaparecer también. Por algún motivo, estamos destinados a estar juntos, Nora y somos incapaces de estar el uno sin el otro. Fíjate... después de doce años, volvemos a estar juntos y es lo mejor que me ha pasado en la vida. Volver a Kutztown, volver a encontrarte y volver a ser correspondido.

Sus palabras me hicieron reflexionar. Si algún día volvía a mi mundo, me divorciaría de Stuart y junto a Matt, iría a buscar a Mark aunque tuviera que irme hasta la otra punta del mundo. Aunque sólo fuera aquel chico que me lanzó una pelota de baloncesto contra la cara y se rió de mí... aunque no tuviéramos nada en común y lleváramos vidas totalmente distintas. Volvería con él. Empezaríamos de cero.

-¿Crees en los mundos paralelos, Mark?

-¿Mundos paralelos? He visto alguna película y he leído sobre el tema. Es algo así como diversos mundos dentro del nuestro ¿no?

-Imagino que depende de las decisiones que tomamos, vamos por un camino u otro. Imagínate que hubieras decidido no volver a Kutztown. O imagínate que nunca hubiéramos estado juntos y sólo fueras aquel chaval que me lanzó la pelota de baloncesto contra la cara. –Mark rió.

-Eso es absurdo. –contestó riendo aún más. –No concibo ningún mundo sin ti.

¿Por qué era tan condenadamente romántico? ¿Por qué tenía respuesta para todo? Hay una fina línea entre el odio y el amor y yo la había cruzado. Sin esperarlo, de repente... gracias a Bonnie. Tenía muchas cosas que reprocharle pero unas cuantas que agradecerle porque me había hecho abrir los ojos. De una manera algo maligna, claro... por su propio interés queriendo ocupar mi lugar pero al fin y al cabo, la oportunidad de estar con mamá durante los últimos días de su vida fue una bendición. La adrenalina de ser pintora era emocionante y haber encontrado al fin el amor verdadero dándome cuenta de que Stuart no era el hombre de mi vida, había sido lo mejor que me había pasado en mucho tiempo. Pero me acordaba de Matt y tenía ganas de estrangularla y mandarla directamente al infierno.

Fuimos a cenar a mi restaurante preferido y también el de Matt, el Shake Shack, entre la calle 86 y la avenida Lexington donde preparan las hamburguesas más ricas del mundo... o al menos eso decía siempre mi hijo. Coincidió con él Christine que comió nada más y nada menos que dos hamburguesas.

-¿Pero donde lo metes? –le pregunté riendo.

-Necesito fuerzas para mañana... –respondió dándole un mordisco a su hamburguesa.

Mark notó que no estaba concentrada en la cena. Lo cierto es que no, como si Mark y Christine fueran invisibles y las hamburguesas carecieran de importancia, lo único que hacía era mirar hacia la puerta y hacia todas las mesas donde habían niños con la esperanza de ver a Matt... sólo que sabiendo que en ese mundo tenía otro nombre. Ni rastro de él... quizá en ese mundo paralelo, al pequeño no le entusiasmaban las hamburguesas de Shake Shack.

Christine y yo nos fuimos a dormir temprano para estar resplandecientes el día de la inauguración, mientras Mark decidió encerrarse en su amplio despacho repleto de libros para seguir escribiendo su novela durante toda la noche. Cuando vino a la cama eran ya las cinco de la mañana y lo supe porque a penas pude pegar ojo... Tenía los nervios a flor de piel no sólo por la inauguración, si no también por encontrarme de nuevo en Nueva York y poder ver por casualidad a Stuart o a Matt... John o como se llamase. Sus rostros estaban grabados en mi mente, no lo podía evitar... y la pregunta de ¿Quién es esta mujer, mamá?, seguía doliendo como cien puñales clavados en el corazón.



El esperado jueves diez de enero de 2013, llegó. Aunque la inauguración empezaba a las cuatro de la tarde Christine y yo fuimos a las once de la mañana después de un buen desayuno para prepararlo todo. Comimos con la propietaria de la galería a la que le entusiasmaban mis obras y me auguraba un futuro prometedor y unas ventas increíbles de todos los cuadros. A las cuatro, empezó a entrar gente y en sus rostros pude ver lo mucho que estaban gustando las formas abstractas y los colores oscuros de cada uno de mis hijos... así era como los sentía... como mis propios hijos, mi propia creación, vida y sensibilidad en estado puro. Una sensibilidad de la que hace no mucho tiempo, no podía presumir. Mi mayor orgullo era que cada visitante se acercase a mí a felicitarme y alabarme y además se interesara por la historia de cada una de las pinturas, muy especialmente de la que decidí titular “MAMÁ”. Era la única en la que destacaba el color amarillo, dejando atrás los marrones o negros que sí estaban muy presentes en el resto. “MAMÁ” tenía luz. No era perfecta pero estaba en una perfecta armonía gracias a sus formas redondeadas y se intuía una mirada de optimismo hacia el cielo. Cada vez que veía a alguien emocionarse con “MAMÁ”, no podía evitar mirar hacia la puerta por donde cada vez iba entrando más gente e imaginar que mamá venía a pesar de la enfermedad, para no perderse otro gran día... En cierto modo, seguía ahí, conmigo.

Mark llegó a las cinco de la tarde atolondrado mirando su reloj y sonriendo a los presentes en la galería hasta que me encontró. Como siempre hacía, cuando lograba verme entre la gente parecía no existir nadie más que yo. Sólo yo. Me sentía la mujer más amada del mundo.

-Lo siento, se me ha ido el santo al cielo. –dijo dándome un beso y cogiendo una copa de champagne. -¿Cómo va?

-Muy bien. A la gente le encanta... sobre todo “MAMÁ”.

-Es una obra muy especial. –asintió mirando la pintura con un brillo precioso en sus ojos, algo rojos por haber estado horas delante de la pantalla del ordenador escribiendo. –Vaya, sí que ha venido gente ¿no? Genial.

Al mirar de nuevo hacia la puerta lo vi. Stuart... Tan elegante como siempre, distinguido y arrogante pero con un toque divertido que lograba cautivarte.

Presumiendo con sus andares, de haber desfilado en las mejores pasarelas del mundo años atrás... años que parecían haberse esfumado en mi memoria. No pude evitar mirarlo fijamente durante unos segundos que se me hicieron eternos mientras él, muy discreto, miraba a su alrededor expectante y asombrado, atento a todo lo que sus ojos estaban viendo. Al cabo de un rato pude captar su atención. Me miró confuso, como si le sonara mi cara pero no supiera de que. ¿Era posible que en el fondo me recordara? De otra vida, de otro mundo... miré hacia atrás con la esperanza de que Matt hubiera venido con él aunque no fuera mi Matt. Pero tras él apareció la maldita bruja con un aspecto muy diferente a como la recordaba. Bajo un elegante chaquetón negro que se quitó nada más entrar en la galería, llevaba puesto un vestido ceñido de color gris muy similar al que yo tenía en el armario que ya no me pertenecía. Se acercó a Stuart y le dio un beso. Segundos después, ella también me vio.



## LA PERFECCIÓN ES SÓLO UNA ILUSIÓN

Tras el enlace, la vida de Stuart y Bonnie consistía en viajar, acudir a elegantes fiestas y cenar en los restaurantes más lujosos de Nueva York. A menudo Stuart se sentía culpable al dejar en demasiadas ocasiones al pequeño John al cuidado de una canguro, pero deseaba disfrutar del tiempo libre que tenía junto a Bonnie. Ella seprendía esa luz y magia que le había faltado desde que Lucille falleció. Bonnie sin embargo y a pesar de disimular muy bien, aborrecía todos y cada uno de los eventos en los que acompañaba a su marido. Como si de una marioneta se tratase, nunca se le dio bien sociabilizar con el resto de gente que a pesar de su poderosa situación, seguían mirándola como si fuera un bicho raro. Odiaba esas miradas que decían que un hombre como Stuart habría podido conseguir a alguien mejor. Mejor que ella. Le seguía doliendo pero amaba a ese hombre como jamás había amado a nadie y lo mejor de todo es que al fin, era correspondida. No le importaba que todo en realidad, fuera mentira... Stuart jamás despertaría del hechizo al que ella lo había sometido y no tenía nada de que preocuparse. Todo era perfecto, todo era una ilusión, todo era tal y como lo había soñado y deseado desde siempre.

Bonnie había logrado desprenderse del puesto de vicepresidenta ejecutiva de la empresa que ahora era propiedad de Stuart.

-No quiero trabajar con mi marido... Las parejas que trabajan juntas suelen discutir mucho. ¿Lo entiendes, amor? –le explicó Bonnie una noche mientras cenaban junto a un silencioso y triste John que seguía sin confiar en su nueva madre.

-Lo entiendo perfectamente, cariño. Encontraremos a alguien aunque no creo que esté tan capacitada como tú...

Bonnie anunció a todos los trabajadores que diez mil de ellos serían despedidos. No fue un momento agradable, pero tampoco lo recordaría como el peor de su vida ya que ninguno de sus oyentes la ayudó cuando ella era una don nadie en el mundo paralelo que había abandonado para su suerte.

El año 2013 llegó y Bonnie al fin pudo celebrarlo con SU familia. No se llevaba demasiado bien con John, pero no le importaba. Convencería a Stuart para que lo internara en algún prestigioso colegio y así quedarse tranquila. Tiempo, sólo necesitaba tiempo... El día diez tenían de nuevo una exposición. Stuart era un apasionado del arte e intentaba acudir a la mayoría de las que se celebraban en Nueva York. Una tal Nora Stewart, de gran prestigio en Pennsylvania de donde procedía, exponía por primera vez sus obras en la galería Agora. Aunque a Bonnie le daba pereza, decidió una vez más acompañar a su marido. Eligió para la ocasión un elegante vestido gris ceñido con un precioso escote que dejaba al descubierto su delgaducha espalda y un chaquetón negro que abrigaba demasiado, pero en enero hace un frío espantoso en Nueva York, así que le vendría muy bien. El chofer les dejó enfrente de la amplia y luminosa galería donde desde fuera, ya podía verse abarrotada de gente admirando cada una de las obras y degustando los deliciosos canapés con una copita de champagne en sus manos que los camareros servían. Stuart parecía entusiasmado y Bonnie detrás, sin acostumbrarse todavía a andar con tacones, entró poco después. Al entrar, Bonnie observó que su marido estaba distraído mirando a un punto fijo, le dio un beso y al mirar hacia donde miraba él, la vio. Nora Stewart era la Nora Clayton de otro mundo a la que había maldecido y enviado a la vida que no había elegido. Esa vida en la que decidió ser pintora... y seguía siendo tan guapa como siempre. A Bonnie le empezaron a entrar sudores y escalofríos y antes de que pudiera huir precipitadamente, ya era demasiado tarde. La imponente Nora, se acercó a ella dominando mucho mejor sus incómodos zapatos de tacón de lo que había sido capaz en dos meses, la delgaducha y extraña bruja.



## EL ENCUENTRO

Sin rodeos y ante la atenta mirada de Mark, me acerqué rápidamente hacia Bonnie antes de que pudiera escapar. Pude ver como le sudaba la frente y como mi sola presencia la ponía nerviosa. Pero lo peor de todo es que yo también estaba nerviosa... y tenía miedo, mucho miedo. Yo ya no era la Nora Clayton que ella había conocido... el mundo paralelo al que me envió me había convertido en otra persona. En una persona genial a la que sí me hubiera encantado conocer.

Cuando la tuve en frente, no supe que decir. Había imaginado ese momento en muchas ocasiones, pero no así, no por casualidades del destino.

-Bonnie.

-Tú eres... –susurró Stuart. Ambas lo miramos confusas. –La pesada que aporreó mi puerta para entrar en mi casa. –recordó.

-¿Cómo? –intenté disimular. –Soy Nora Stewart. –dije seriamente simulando mi indignación ante su atrevimiento o confusión.

-¿La pintora? –preguntó Stuart con admiración. –Muchísimas felicidades, ahora miraré con más detalle cada una de tus obras pero lo que he visto me ha dejado impresionado. Tienes mucho talento. –no lo reconocía. No reconocía al que había sido mi marido en otro mundo. El Stuart que yo conocía era altivo y prepotente, mientras que ese mismo hombre, parecía ser humilde y sincero. Se ilusionaba por cualquier pequeño detalle por muy insignificante que fuera.

-¿Verdad? Efectivamente Nora nació con este don. –interrumpió Mark elegantemente. Bonnie y yo nos miramos perplejas.

-¡Mark! ¿Cómo estás? –le saludó Stuart dándole una palmadita en el hombro. –Impresionante tu novela, felicidades. –¿Desde cuando a Stuart le gustaba leer? Jamás lo vi con un libro entre sus manos. Pero lo más sorprendente de todo era... ¿De que se conocían Stuart y Mark? ¿En el mundo que abandoné también se llevaban bien? No recuerdo que Stuart me hablara jamás de Mark...

-Muy bien Stuart. Siento lo de tu padre, ha debido ser muy duro... ¡Eh! Pero mírate... felicidades por la boda.

-Muchas gracias, ella es Bonnie. –Bonnie sonrió tímidamente y miró hacia el suelo.

-Encantado, Bonnie. –saludó Mark ofreciéndole la mano, un gesto que a la maldita bruja pareció sorprender. ¿Por qué?



-Bonnie, ¿podemos hablar? –le dije decidida. Ella asintió y nuestras respectivas parejas, sin prestarnos demasiada atención, continuaron hablando.

Prácticamente la empujé hacia al lavabo donde esperamos a que una señora terminara de lavarse las manos, para iniciar una conversación que aún no sabía si podría ser la solución y el fin a la separación de mi hijo.

-¿Qué me hiciste? –le pregunté.

-Pensaba que estarías más enfadada...

-¡Vaya! Ahora ya no balbuceas... ¿Qué me hiciste? ¿Eres una bruja? ¿Vudú? ¿El qué?

-Un conjuro. Te envié a la vida que no habías elegido y me sorprende mucho que lo captaras todo tan rápido.

-Mi marido no me conocía... mi hijo no me conocía... –dije emocionada. Sorprendentemente sólo con decirle que mi hijo no me había conocido, Bonnie también pareció tener sus sentimientos. –Mi casa no me pertenecía, ni mi puesto de trabajo. ¿Qué me quedaba? Volver a Kutztown, a mi pueblo. Enfrentarme al cáncer de mi madre y descubrir que en esa vida había estudiado Bellas artes y tenía un taller en la granja familiar donde pintaba. No hay que ser demasiado inteligente para descubrir que arrancándome dos pelos pudieras haber hecho todo eso... ¿Así que ahora eres tú la vicepresidenta de la empresa de Stuart? ¿También fuiste tú quien mató a Michael?

Silencio. Bonnie no contestó y siempre he dicho que quien calla otorga. Ella mató al padre de Stuart con alguno de sus maliciosos hechizos.

-Dime. ¿Ha merecido la pena? –pregunté.

-Sí. Ahora soy feliz. La gente me ve.

-La gente te ve... –reí irónicamente. –Pero a mí me has separado de lo que más quiero. De mi hijo.

-Tu hijo ya no existe.

-¡Sí existe! ¡Está aquí! –le grité señalando mi corazón.

-Lo siento pero ya no puedo hacer nada.

Tuve ganas de estrangularla. En vez de eso, intenté reprimir mis lágrimas. No quería darle la satisfacción de que me viera llorar.

-Sal de aquí, Bonnie. ¡Sal y vete al infierno!

Obedientemente, Bonnie salió del cuarto de baño. Yo me encerré en uno de los retretes y lloré hasta que me quedé sin lágrimas. Minutos después, intentando arreglar el estropicio frente al espejo, que las lágrimas habían causado en mi maquillaje, volví hasta la galería donde todos me miraron expectantes y aplaudieron. Miré todos y cada uno de los rostros que me observaban con admiración pero en ninguno de ellos vi el de Stuart o el de Bonnie. Ya se habían ido.



## SIN REMORDIMIENTOS

En cuanto la majestuosa Nora echó del cuarto de baño a Bonnie, ésta obedientemente salió hasta la galería donde Stuart miraba los cuadros de la pintora en compañía de Mark, quien parecía ser su pareja. No pudo deshacerse de ella de la misma manera que había hecho con Michael... le dio lástima y una parte de ella sentía remordimientos por haberla separado de su hijo. Pero no pasaba nada. Cada una volvería a vivir su vida y a su manera, Bonnie sabía que Nora volvería a ser feliz. Era una mujer fuerte y sería capaz de vivir con la ausencia del hijo que en realidad, en esa vida, nunca había tenido. Lo comprendería... lo aceptaría. A los cinco minutos, Bonnie sacó a relucir una de sus tácticas más efectivas para lograr salir de ahí y no tener que enfrentarse de nuevo con Nora a la que esperaba no volver a ver en su magnífica vida de ensueño.

-Stuart, no me encuentro demasiado bien... ¿Nos vamos? –preguntó poniendo mala cara y cogiendo la mano de su marido.

-Claro, cariño. Mark, ha sido un placer coincidir contigo. ¿Cenamos un día? Los cuatro, ¿sí? Lo pasaremos de lujo. –dijo Stuart. Bonnie puso los ojos en blanco... lo que hubiera faltado, ir a cenar con Nora. Un segundo tropiezo, y no se hubiera librado de morir estrangulada a manos de la que fue una imponente vicepresidenta ejecutiva en la empresa de su actual marido. Bonnie también fue capaz de leerle la mente a Nora...

-Quedamos cuando quieras Stuart, aunque ahora vivo en el pueblo. Cuando vuelva a Nueva York te aviso. –respondió Mark sonriendo. –¿Y Nora?

-Se ha quedado en el cuarto de baño. –respondió Bonnie tímidamente.

-Un placer, Bonnie.

-Gracias, igualmente.

Mark no la juzgó. En ningún momento miró a Bonnie como si fuera un bicho raro, si no como la mujer de un conocido que merecía todos sus respetos. Bonnie agradeció el gesto y sintió menos remordimientos al saber que Nora tenía a alguien tan especial en su vida.

Al regresar a casa, Bonnie se metió en la cama y no salió hasta el día siguiente. Stuart aprovechó el resto del día para estar con su hijo, que feliz, jugó durante al scalextric junto a su padre sin la presencia de la madrastra que tanto aborrecía.



## PASADO, PRESENTE, FUTURO

Se vendieron todos los cuadros expuestos en Agora. Y sin embargo, no podía sentirme más desdichada... el encuentro con Bonnie me hizo entender que jamás volvería a ser la madre de Matt. Que jamás volvería a ver a mi pequeño... Mark y Christine celebraban mis éxitos por mí. Yo simplemente me convertí en el fantasma que les acompañaba e intentaba sonreír cuando la ocasión lo requería. Pero el resto de días que nos quedaban en Nueva York, los viví como si simplemente fuera un espíritu deambulando sin querer ser vista. El fin de nuestros días en la gran ciudad, terminarían el día quince de enero, tras la exposición junto a otros grandes talentos en

la preciosa galería Ceres en Chelsea. Fue un encuentro divertido al que acudió mucha gente joven. Menos elegante y sofisticada que en la de Agora, pero dispuestos a gastar sus ahorros en prometedoras obras.

El día dieciséis de enero, volvimos a Kutztown. Y sin más pretensiones que las de seguir respirando y disfrutar de mi trabajo, me encerré durante días en el taller para preparar futuras exposiciones y encargos. Mark empezó a preocuparse el tercer día en el que vio que no probaba bocado y los huesos se me empezaron a marcar en zonas indebidas.

- Nora, tienes que comer algo. –dijo preocupado
- No empieces...
- Venga, yo invito.
- No quiero comer nada... –respondí inmersa en un lienzo aún en blanco donde destacaría el color negro.
- ¿Qué te pasa?
- Es muy difícil de explicar Mark...
- Desde que viste a esa mujer... a la mujer de Stuart... ¿Quién era?
- Una bruja. –respondí casi por inercia.
- ¿Una bruja?
- Y además de verdad...
- Cuéntame que pasa, Nora. Cuéntamelo todo. Puedes confiar en mí.

Lo miré fijamente. Decía la verdad y por muy descabellada que fuera mi historia, tenía fe en Mark. Sabía que me creería y no tendría tentaciones de mandarme a un manicomio. Me senté junto a él y empecé a explicarle la historia de mi vida desde el principio. Con los ojos muy abiertos, escuchó atentamente todo lo que me había sucedido en dos meses. Como esa mujer delgaducha y aparentemente frágil, había cambiado mi vida y había provocado con su hechizo que yo dejara de ser la madre que había elegido ser.

-Pero... ¿Cómo puede ser? –preguntó cuando terminé de contarle todo lo sucedido. No me dejé nada, ni el más mínimo detalle.

-No lo sé. Brujería. Pero... ¿crees que estoy loca?

-No. Ahora entiendo tu comportamiento del principio y siento que en tu otra vida sintieras tanto desprecio hacia mí... era un chiquillo queriendo llamar la atención de la preciosa niña que me gustaba cuando te lancé aquella pelota de baloncesto... Y si te hubiera visto por las calles de Nueva York, me hubiera gustado que me saludaras, aunque sólo fuera para recriminarme aquella acción.

-Ya...

-Entonces... ¿no se puede hacer nada?

-La bruja dijo que no...

-Lo siento mucho Nora.

-La vida que no elegí tiene algo bueno... tú y nuestra historia, tanto la que no recuerdo como la que sí. Y este trabajo. –reconoci mirando mi taller. Se me estaba quedando pequeño, pero por nada del mundo podría abandonar ese lugar. La esencia de mi madre también estaba por cada uno de sus rincones y la ventanita con vistas hacia el bosque era muy especial.

-¿Y si volvieras a tu otra vida? Si nunca hubiéramos estado juntos, si...

-Te buscaría. –respondí dándole un beso. –No sé como será tu vida en ese mundo paralelo, pero te buscaría. Y te encontraría... y haría lo posible por estar contigo.

-¿Me lo prometes?

-Te lo prometo. Y nunca rompo una promesa.

-Me alegra oír eso... Madre mía, esto da para una novela.

-Pues ya sabes.

-Entonces dices que en ese mundo, ¿mi novela se titula igual?

-*Olvidar que te olvidé* y siento decirte que me pareció estúpido... aunque ahora no, es un título que me encanta. El contenido en el otro mundo lo desconozco... Intuyo que debe ser distinto.

-No tengo ni idea...

-Para esta historia tengo el título perfecto. *La vida que no elegí*. –le dije sonriendo. Una de las manías de Mark era tener el título y una idea sobre la portada antes de empezar a escribir. Sin eso, no podía empezar una historia.

-Muy bueno. Se lo comentaré a Patricia... –respondió Mark guiñando un ojo.

-Patricia... mi destino en cualquiera de mis vidas era conocer a esta mujer.

-¿Entonces erais muy amigas?

-¡Íntimas! Hasta que Stuart se fijó en mí y claro...

-Bueno, no me extraña nada que Stuart se fijara en ti. Cualquier hombre se fijaría en ti, eso es evidente.

-Y en este mundo, ¿de que conocías a Stuart? Desconozco si en el mío os llegasteis a conocer.

-Por Patricia. Empezó a trabajar en la editorial cuando salía con él, hasta que la abandonó por una modelo... creo que se llamaba Lucille. La pobre murió en un accidente de coche. Nos vimos en un par de ocasiones pero hicimos buenas migas... un buen tipo.

-Mark... ¿Qué voy a hacer? –pregunté a punto de llorar.

-Déjate llevar y vive. Será lo que tenga que ser... a veces tenemos la solución a la vuelta de la esquina y ten por seguro que lo que nos pertenece, es nuestro en este y en todos los mundos paralelos que pueden existir... Sólo debemos respirar, detenernos y estar atentos. Mañana será otro día, Nora. La vida puede cambiar en cuestión de segundos...



VIAJE AL INFIERNO

Bonnie puso en venta su apartamento de Upper East Side. Ya instalada y acomodada en el lujoso apartamento de Stuart, decidió desprenderse de ese hogar que aunque suyo, en realidad jamás le perteneció. Empeñada en llevarse con ella la gran lámpara de cristalitos que tenía en el salón, aprovechó un momento en el que los de

la mudanza fueron a almorzar para ser ella misma quien la quitara del techo.

Se subió a una escalera y miró hacia arriba. Era preciosa. Cada cristal brillaba con luz propia y los reflejos del sol que entraban por el ventanal del apartamento, le aportaban auténtica magia. Bonnie se agachó para coger unos alicates con tan mala suerte que al volver a incorporarse, su fino tobillo se desestabilizó y tropezó con la escalera. Por instinto, Bonnie se aferró a la lámpara que medio desatornillada, cayó encima de su frágil cuerpo, provocándole la muerte inmediata.

Cuando los hombres de la mudanza volvieron al apartamento, encontraron el cuerpo de Bonnie ensangrentado a causa de los miles de cristallitos que la pesada lámpara de más de cien kilos, le había provocado al caer sobre ella. Pero lo que vieron sólo fue un cuerpo... el alma de la bruja, se había desprendido de la asfixiante prisión en la que se encontraba y había bajado hasta el mismísimo infierno donde debería convivir eternamente con la maléfica Elisabeth.

-Te lo dije. –saludó Elisabeth envuelta en llamas.

El espíritu de Bonnie miró aterrada a su alrededor. Oscuridad. Llamas. Risas maléficas. Espíritus condenados. Tristeza. Soledad. Maldad... mucha maldad.

-Pero yo... yo he sido buena. –lloró Bonnie. En su mente seguía estando el recuerdo de Stuart y sus maravillosos días junto a él... unos días que la muerte le había arrebatado, que ya sólo formarían parte de un recuerdo eterno entre las llamas del mismísimo infierno donde pensaba que no merecía estar.

-No has sido buena, Bonnie. Has sido la peor persona bajo la faz de la tierra. Pero no pasa nada, querida. Ahora estás conmigo, con tu familia. El resto de brujas te quieren ver. Lo estaban deseando... –explicó Elisabeth saboreando el momento.

-No... no quiero...

-No lloriques Bonnie. No eres una niña pequeña.

Bonnie vio con sus grandes ojos saltones como toda la estirpe de brujas que habían pertenecido a su familia en vida, se acercaban más y más hacia ella dejando a Elisabeth en un segundo plano. La rodearon y entre risas y oscuras miradas, lograron atrapar a Bonnie para darle a conocer el lugar donde estaba destinada a quedarse para siempre.

El mundo paralelo que Bonnie creó, desaparecería. Stuart jamás la recordaría, el pequeño John nunca existiría y el señor Michael Clayton seguiría vivo, recorriendo mundo en compañía de hermosas jóvenes por muchos años más. Ese mundo, no habría existido jamás... sólo quedaría en el recuerdo de la triste Bonnie como lo mejor que le había sucedido en vida... El único consuelo, haber podido disfrutar de lo que nunca creyó poder conseguir.



## VOLVER A LA VIDA QUE ELEGÍ

El día en el que sin saber como, volví a casa, lo primero que sentí fue frío aunque estuviera arropada por mi acogedor nórdico comprado en Londres. Y un tremendo dolor de cabeza. Cogí la mano que tenía alrededor de mi cintura pensando que era la de Mark pero al girarme, vi el rostro adormecido de Stuart. Me levanté de golpe y me dirigí corriendo hasta la habitación de Matt... dormido en su camita, angelical como lo recordaba. Me agaché y con lágrimas en los ojos, le acaricié su pequeño y precioso rostro. No podía creer lo que estaba viviendo... ¿Era un sueño? ¿Al despertar Matt dejaría de existir y volvería a encontrarme en Kutztown? Me pellizqué. Me dolió. Estaba despierta. Estaba viva. Matt abrió los ojos, me miró y sonrió.

-¿Ya es de día? –preguntó frotándose los ojos.

-Sí cariño... ya es de día.

-¿Hay que ir al cole?

-Me temo que sí... ¿Qué quieres hoy para almorzar?

-¡Magdalenas!

-Te prometo que este fin de semana haremos magdalenas. –contesté sin saber que día era. Estaba desorientada y me molestaba el ruido del tráfico que se escuchaba a través de las ventanas del apartamento.

Matt se levantó y lo abracé. Fuerte, muy fuerte... hasta que se apartó de mí y resoplando me dijo que ya era mayor para que le diera un abrazo.

-Cariño, algún día entenderás que nunca eres lo suficientemente mayor para que mamá te de un abrazo... –dije recordando a mi madre con la esperanza de volverla a ver. De que en ese mundo siguiera con vida o mejor aún... ese maldito cáncer no terminara con ella.

Matt, como el niño mayor que él se consideraba que era, se dirigió solito al cuarto de baño mientras yo, fui hasta la cocina a preparar el desayuno con mucho gusto. Me sentía feliz... pero mil preguntas revoloteaban por mi cabeza. ¿Qué le había pasado a Bonnie? ¿Se había arrepentido y había cancelado el hechizo? Nunca lo sabría... Nunca la volvería a ver. Lo importante es que había recuperado mi vida aunque tuviera que empezar a tomar decisiones y a cambiarla drásticamente sin saber que hubiera sido de mí si nunca me hubiera ido. Mis sentimientos hacia Mark seguían siendo los mismos que en aquella vida en la que me había visto sumergida sin esperarlo... Lo último que recordaba de él fue su abrazo al acostarnos, su beso de buenas noches y aquellas sabias palabras en el taller. “Mañana será otro día, Nora. La vida puede cambiar en cuestión de segundos...”. Le hice una promesa y la cumpliría aunque él, desde algún lugar, no la recordara.

Stuart logró desprenderse de su característica pereza y salir de la cama. Con media sonrisa y una mirada fugaz hacia mí, fue directo hacia la nevera a coger una botella de agua. Se sentó, se frotó los ojos y cogió una tostada que yo había preparado.

-¿No me vas a dar ni los buenos días? –pregunté. Era como si estuviera frente a un desconocido.

-Hoy no será un día demasiado bueno para ti ¿no?

-¿Por qué?

-Tienes que dar la noticia.

-¿Qué noticia?

-¿Qué te pasa, Nora? Te veo muy rara. Hoy es cuando tienes que anunciar que diez mil trabajadores se irán a la calle. Que faena para ellos pero... nos vamos a forrar. -dijo riendo.

No quería volver a pasar por aquel momento. No quería que diez mil personas se quedaran sin trabajo. Pensé en sus familias, en sus hijos... y se me partió el alma en dos, enfurecida con Stuart por su falta de tacto y ambición. Por mi mente volvieron a pasar esos dos meses que viví en mi taller, entre mis pinturas, feliz entre aquellos colores que me hicieron dar vida a numerosos lienzos en blanco que tanta felicidad provocaban en todo aquel que los contemplaba. Eso era lo que quería. Pintar y hacer felices a las personas que supieran valorar lo que había detrás de cada obra. Y conocer a Christine, la que sería mi mano derecha y amiga en ese viaje artístico y creativo.

-No. -contesté. -Puede haber otra solución sin que tengamos que despedir a tanta gente. Me niego a dar esa noticia porque... Dimíto, Stuart.

-¿Qué? -se le cayó la tostada untada de mermelada de melocotón al suelo. Y como manda la Ley de Murphy, el suelo se pringó de mermelada.

-Que dimíto. Que dejen el trabajo. Que desde este momento dejen de ser la vicepresidenta ejecutiva de la empresa de tu padre y... -lo miré fijamente, escudriñando su sorprendida mirada de ojos azules que tantas pasiones habían despertado entre las mujeres. -Stuart, ¿me quieres?

-Nora, son las siete de la mañana...

-Me da igual. ¿Me quieres?

Matt llegó a la cocina enseñándonos los dientes orgulloso, completamente ajeno a los problemas de sus padres. Bendita inocencia... Ojalá no la perdiéramos nunca, el mundo sería mucho mejor.

-Me le limpiado los dientes yo solito. -dijo alegre.

-¡Eso se merece un beso muy grande! -exclamé abrazándolo de nuevo y besuqueando su carita.

-¡Mamá! ¡Déjame!

-¡Vale! Pero luego quiero más... He preparado tostadas, ¿cuántas quieres?

-Dos, por favor.

-Muy bien. Dos tostadas para el chico más guapo de la casa.

Stuart seguía mirándome fijamente, sorprendido ante la noticia inesperada que le acababa de anunciar.

-Hoy llevo yo a Matt al colegio. No voy a ir a trabajar, Stuart. Después llamaré a tu padre y le diré que dimíto. Y sobre el otro tema... -dije mirando a Matt con cariño. -Hablamos luego.

Stuart asintió, y como si no le importara lo más mínimo como me pudiera sentir, se fue hasta la habitación a arreglarse. Quince minutos después, salió por la puerta de casa sin despedirse.

-¡Me parece que tú y yo nos tenemos que ir al cole! -le dije a Matt haciéndole cosquillas.

-¡Mamá! ¡Hoy estás muy pesadita!

Me puse de cuclillas frente a él. Nos miramos fijamente y pude ver en su mirada lo mucho que me quería. Él había estado conmigo siempre, incluso en el mundo en el que no existía.

-Te quiero mucho, lo sabes ¿verdad?

-Yo también te quiero mamá. -reconoció avergonzado.

-No debes avergonzarte por decir te quiero. Es algo que debemos decir cada día aunque lo demos por sentado. ¿Entiendes?

-Sí, mamá.

-Pues dímelo cada día. Me encanta escucharlo.

-Vale. ¡Te quiero, te quiero, te quiero, te quiero...! -en ese momento fue Matt quien me abrazó a mí. Volví a pensar en mamá y en lo mucho que deseaba verla de nuevo... tener otra oportunidad aunque en esa ocasión si hubieran pasado dieciocho años y nuestra relación hubiera sido nefasta.

Después de llevar a Matt al colegio, fui a pasear a Central Park sintiéndome al fin libre. Hacía tiempo que no me sentía así... sin obligaciones, sin un puesto de trabajo agobiante... sin importarme lo más mínimo qué sería de mí, de mi futuro. Me senté en un banco y llamé a mamá. Fue emocionante volver a escuchar su voz... volverla a sentir cerca aunque no estuviera a mi lado. Saber que estaba viva, saber que tenía otra oportunidad.

-Mamá...

-¡Nora! Hija... -se puso a llorar. Yo también.

-Mamá, lo siento mucho. De verdad que lo siento. Todos estos años, la verdad que no sé que decirte.

-Yo tampoco me he portado bien, Nora. Me alejé de todo, incluso de ti. Pero hace tiempo que no dejen de pensar en las ganas que tengo de verte. -reconoció tan emocionada como desde el principio. -Y quiero conocer a mi nieto. Por favor, lo quiero conocer...

-Lo conocerás. Este fin de semana vamos a verte a Kutztown y... quien sabe. -le dije pensando en la posibilidad de volver al pueblo. De rehacer mi vida allí junto a mi hijo y esperando que Stuart me pusiera las cosas fáciles.

-Me das una alegría Nora. Quiero contarte muchas cosas...

-¿Estás bien? -silencio. Los silencios telefónicos no suelen ser buenos. -¿Mamá?

-No, Nora. No estoy bien. Pero prefiero que nos veamos y hablemos.

Cuando colgué el teléfono, el miedo se apoderó de mí. No sabía si sería capaz de revivir la experiencia de verla marchar. De ver como sufría y se retorció de dolor. Pero a veces la ilusión es más poderosa que todo el miedo y valía la pena volver a pasar por todo eso si podía abrazarla una vez más. Minutos después, me llamó Michael. No hablé durante toda la conversación telefónica, únicamente me limité a escuchar sus gritos desde el Caribe, recriminándome mi inesperada e inadecuada marcha de la empresa. Al menos estaba escuchando la voz de alguien que en el otro mundo, había fallecido... y me había sabido mal, en el fondo apreciaba al que aún era mi suegro. Al colgar con una sonrisa en mis labios, marqué el número de teléfono de Mark. Pero no era ese su número en ese mundo. Deambulé por las calles de Nueva York observando los rostros estresados y malhumorados de la gente.



Stuart llegó a casa a las cuatro de la tarde. Aprovechando que Matt estaba distraído viendo la televisión, nos encerramos en el despacho. Me miró con desaprobación, como decepcionado y desilusionado.

-Ha sido un día horrible en la empresa.

-¿Vais a despedir a diez mil personas? –pregunté preocupada.

-Eso es algo que ya no te importa. –respondió fríamente.

-Vale... Sobre la pregunta que te he hecho esta mañana. ¿Podrías responderme?

-¿Qué quieres que te diga, Nora?

-La verdad. Hay otra mujer, Stuart. Hace tiempo que lo sé. –paseó de un lado a otro mirando hacia el suelo.

-Lo siento.

-¿Quién es? –quise saber. Mi sonrisa lo confundió aún más.

-¿Por qué sonríes?

-Porque me alegra que tengas a alguien con quien compartir tu vida. –respondí sinceramente. Pero también me alegraba porque eso me facilitaría mucho las cosas.

¿Por qué no me di cuenta antes? ¿Por qué tuvo que venir Bonnie a hacerme ver que mi vida y mi relación con Stuart era una mentira?

-Hace cuatro meses quedé con Patricia. ¿La recuerdas?

-¿Cómo olvidarla? –reí.

-Fuimos a tomar un café, sólo como amigos pero... surgió algo. Siento haberte mentido y no quiero hacerte daño, Nora... eres la madre de mi hijo, has sido la mujer más importante de mi vida, yo...

-No hace falta que digas nada más, Stuart. –le interrumpí. –Me alegro por ti y deseo que te vaya todo muy bien.

-¿Qué vas a hacer?

-Firmar el divorcio. Y marcharme de aquí. Quiero volver a Kutztown, Stuart. Mi madre está enferma y me necesita. Por supuesto me llevaré a Matt. –Mark asintió con la mirada ausente.

-Me da mucha pena. Quiero que sepas que te quise. Te quise muchísimo.

-Y yo a ti. Pero está bien, Stuart. De verdad... somos libres de tomar nuestras propias decisiones, eso es lo que hace que la vida sea interesante y nos lleve hasta nuestro destino.

-Me alivia mucho que te lo tomes así. Ahora mismo hablaré con mi abogado para agilizar el papeleo.

-Lo duro será explicárselo a Matt...

-Ya.

-Por cierto, ¿cómo está Patricia? ¿A que se dedica?

-Es editora. –vi la luz.

-Me gustaría verla.

-¿De verdad?

-Invítala a cenar.

-¿Estás loca?

-En absoluto. Pedimos comida china, le encantaba. Invítala. –insistí alegremente.

-Vale... –contestó Stuart desconcertado. –No querrás darle una paliza ni nada de eso ¿no?

-Que tonto eres... ¡Claro que no!

Llamó a Patricia y después a su abogado. A la semana siguiente ya podríamos firmar el divorcio. Rápido, fácil y sin rencores. Con el dinero que me quedaba, tenía para vivir en Kutztown sin dificultades para toda mi vida pero sabía perfectamente lo que quería... Pintar. Entre muchas otras cosas, deseaba volver al taller y ponerme manos a la obra. El momento más difícil, fue cuando se lo dijimos a Matt.

-Eso no significa que no te queramos, Matt. Te queremos más que a nuestra propia vida. –le dije. –Pero las personas mayores tienen sus propios problemas y diferencias, ¿entiendes?

-Sí. Los papás de Laura, Pam, Jack, Steve, Paul, Brad...

-Vale, vale... de todos estos niños. Dime, Matt... –dijo Stuart perdiendo la paciencia.

-Pues que están separados. Y no pasa nada. Ven a sus papás igual y además les dan más regalos. –siguió diciendo Matt con una madurez sorprendente.

-Sobre los regalos, no tendrás más, Matt. Seguirás teniendo los mismos –le dije. Nunca quise malcriarlo. Nunca le colmé de regalos aunque pudiera permitírmelo. Mi deseo siempre fue que Matt se convirtiera en una persona que valorara el esfuerzo y los pequeños detalles. –Además te voy a dar una noticia. Este fin de semana nos vamos a Kutztown a conocer a la abuela. Está malita, así que le gustará mucho conocerte. Y en enero... –continué diciendo mirando a Stuart. Pude ver como se le humedecían los ojos. –tú y yo nos iremos a vivir allí. Te encantará el colegio. Es mucho más pequeño que el de Nueva York pero...

-Sí, mamá. Si es contigo me voy donde sea. –la palabras de Matt le dolieron a Stuart. –¿Tú vendrás papá?

-Cada fin de semana, hijo. Estamos a sólo dos horas de distancia... y ya sabes que mi coche vuela.

-Entonces genial, papá.

Stuart y yo nos miramos tranquilos. Sabía que sería duro separarlo de su hijo, que sería difícil para él verlo sólo los fines de semana pero conocía a Stuart. Conocía sus ganas de volver a llevar la vida de soltero como en sus tiempos de modelo. Esa vida le encantaba y aunque quería a Matt con toda su alma, aún puedo recordar la expresión de su cara cuando le dije que estaba embarazada... fue como si le hubieran cortado las alas.



A las seis y media llegó Patricia y la comida china ya estaba en camino. Precavida y asustada por lo que se iba a encontrar, no tenía nada que ver a lo alocada y sexy que se mostraba en ese otro mundo paralelo junto a su escritor preferido. Ni siquiera supo como saludarme, así que fui yo quien tomó las riendas de la situación. La abracé.

-¿Cómo estás? Después de tanto tiempo... –le dije.

-Nora, es increíble que te lo hayas tomado así...

-Bueno, primero te lo quité yo... ahora te toca a ti. –le guiñé un ojo. –Y os deseo lo mejor, de verdad. Ya se lo he dicho a Stuart. Yo vuelvo a Kutztown.

-¿Kutztown? –preguntó Patricia pasmada. Las palabras que quería escuchar estaban a punto de llegar.

-¿Lo conoces?

-Acabo de volver de ahí. A uno de mis escritores le ha dado por irse a vivir al campo. ¿Te lo puedes creer? –le rió a Stuart que le devolvió la misma sonrisa junto a una mirada pícara.

-¿No será Mark Ludwig? –pregunté esperanzada.

-¡Ese! ¿Has leído su novela? Mira, creo que llevo una en el bolso. –dijo rebuscando en un gran bolso que hubiera podido enviar la mismísima Mary Poppins.

Me dio un ejemplar de *Olvidar que te olvidé*. Agarré fuerte la novela teniendo un plan perfecto para esa noche... Adentrarme en el mundo desconocido de las palabras de un Mark Ludwig a quien aún no conocía. –Te gustará.

-Seguro que sí. Entonces... ¿Mark ha vuelto a Kutztown?

-Sí. En búsqueda de inspiración para su nueva obra o algo así... –respondió Patricia poniendo los ojos en blanco.

Después de romper el hielo, vino la parte extraña. Pero Matt me hizo sentir orgullosa, se comportó estupendamente bien y trató a Patricia con amabilidad. Supo en seguida que esa amiga especial de papá, era la causa de nuestra ruptura y aunque en un principio pareció molesto con Stuart, entendió que nadie puede elegir de quien se enamora. Y papá parecía haberse enamorado de otra mujer. Todo había sido muy repentino... cuando Matt se fue a dormir la noche anterior, no podía ni imaginar que veinticuatro horas después también su vida cambiaría para siempre por culpa de dos adultos que habían dejado de tener sentimientos el uno hacia el otro.

La comida china llegó. Nos sentamos alrededor de la mesa y entablamos una interesante y variada conversación. A Patricia le apasionaba su trabajo como editora, siempre le había gustado leer y adentrarse en el mundo secreto de los escritores, a cada cual más peculiar. Se le notaba el aprecio que sentía hacia Mark e incluso me contó detalles íntimos de su vida privada.

-Lo acaba de dejar con una modelo. Lucille Spencer, ¿sabéis quien es? Un bombón. –nos explicó. –El pobre lo ha pasado un poco mal porque ha sido ella quien la roto con él después de liarse con un joven actor... pero lo superará.

-Claro que lo superará. Todo se supera. –dije mirando a Stuart, que me sonrió agradecido.

-La conocí hace años. Una mujer algo peculiar... –lo que Stuart no podía ni siquiera imaginar es que en otra vida, esa modelo estuvo muy unida a él.

Lucille Spencer... En otra línea de espacio temporal había sido la mujer de Stuart, por quien había dejado a Patricia. Ella misma me lo contó en la calle Main, a las puertas de la taberna donde la esperaba Mark y donde mis amigos bebían cerveza... En esa otra vida, la modelo había fallecido en un accidente de coche y había dejado en el mundo a un pequeño idéntico a Matt, por el parecido con Stuart, pero llamado John. Sentí profundamente la ausencia de su pequeño... pero egoístamente agradecí ser yo la que tuviera la cicatriz de la cesárea que me había visto en el espejo esa misma mañana. Siempre me había sentido acomplejada por ella... ahora era la parte de mi cuerpo que más amaba. Todo coincidía. Ambos mundos tenían algún tipo de relación. Mientras veía como Stuart y Patricia se miraban embelesados, recordé de nuevo las palabras de Mark. *Ten por seguro que lo que nos pertenece, es nuestro en este y en todos los mundos paralelos que pueden existir.* Stuart y Patricia se pertenecían desde siempre, estaba escrito en sus destinos y en las decisiones que ellos mismos tomarían. Yo sólo había sido una pieza más en ese rompecabezas, destinada a darle la vida a Matt.

Cuando Patricia se marchó y Stuart y Matt se quedaron dormidos, me senté en el salón a leer la novela del Mark Ludwig de ese mundo, al que sólo recordaba por haberme tirado una pelota de baloncesto en la cara cuando éramos pequeños. La portada era diferente. En vez del perfil de una mujer con los labios rojos, aparecían dos niños sonrientes. El niño llevaba en sus manos una pelota de baloncesto y ambos resplandecían por un espectacular rayo de sol. Empecé a leer *Olvidar que te olvidé* con la misma ilusión que la primera vez y viendo desde el principio que aunque el estilo era exactamente el mismo, no había ni una palabra que coincidiera con la novela de la otra línea temporal. El nombre de la protagonista era el mismo, Olivia. Sin embargo, Mark y yo nunca estuvimos juntos y por lo tanto nunca mencionamos el nombre que le pondríamos a nuestro primer hijo, así que el protagonista de la historia se llamaba Lucas. Y todas y cada una de las situaciones, eran bastante deprimentes. Olivia y Lucas estaban destinados a conocerse y a estar juntos, pero nunca fue así. Lucas le lanzó cuando era pequeño una pelota de baloncesto a Olivia para llamar su atención, pero en vez de eso provocó un odio repentino en la pequeña. Me reí al leer esa escena... y también lloré con muchas otras. Mi corazón vibró al saber que esa novela, también iba dedicada a mí. A la mujer con la que nunca estuvo, a la mujer que deseó en silencio desde su más tierna infancia. Al final de esa novela, es Lucas quien muere justo cuando conoce a Olivia y al fin, tiene la oportunidad de estar con ella. Muy deprimente... cerré el libro y me quedé mirando a la nada durante minutos. No deseaba un final así para mí... Y el lado optimista que Mark me enseñó a tener, me dijo que todo acabaría bien. Y si no lo hacía, no era el final de la historia... de nuestra historia.



Stuart y Patricia decidieron pasar un fin de semana romántico en París, mientras Matt y yo nos fuimos a Kutztown el viernes por la tarde después del colegio. A lo largo de toda la semana seguí recibiendo llamadas de mi ex suegro ofreciéndome sumas de dinero que no hubiera imaginado que existían ni en diez vidas. Me negué a todas las ofertas y decidieron no despedir a los diez mil trabajadores de la empresa sustituyéndolos por las sofisticadas máquinas que en esos momentos les costaría a cada persona de la junta directiva un riñón. Me alegré por los peones de la empresa que no volverían a ver el desagradable rostro de la fría y calculadora vicepresidenta ejecutiva que había decidido ser. Y también me alegraba no tener que volver a ver al cuello de avestruz de Virginia, aunque al principio de la otra vida donde me envió Bonnie, la hubiera echado de menos en algún breve momento de debilidad.

Cuando bajé al garaje y cogí de nuevo mi magnífico Porsche, me sentí ridícula. Deseé con todas mis fuerzas volver a estar frente al volante de mi destartado pero discreto Fiat rojo. Dos horas después, Matt y yo recorriamos la carretera que nos llevaría a Kutztown. Tal y como lo recordaba, nada más llegar, sentimos aire puro en nuestros pulmones. Matt miraba por la ventanilla el paisaje con una sonrisa. Le gustaba lo que veía y yo le expliqué que en verano, el maíz estaba tan alto que podía incluso tappar las vistas de las montañas. Quizá años más tarde tomaría la decisión de ir en busca de aventuras fuera del pueblo. A lo mejor llegaría un momento en su vida en el que un lugar tan pequeño le agobiaría y tendría la necesidad de volver a la gran ciudad. No importaba, disfrutaríamos el momento. Viviríamos en Kutztown, esa era mi nueva decisión... una decisión que cambiaría el rumbo de mi vida sin obsesionarme con la idea de otros mundos paralelos en los que todo pudiera ser distinto. Volví a pensar en Bonnie. Aunque sufrí mucho por la ausencia de Matt, lo cierto es que me hizo un favor. Me abrió los ojos y me hizo ver que la vida que no había elegido era mucho mejor de lo que hubiera imaginado nunca.

Las granjas desaparecieron del paisaje y nos adentramos en el maravilloso mundo de las casitas de Kutztown. Alegres y características, Matt comentó que le encantaría vivir en una de ellas. Ese fin de semana lo aprovecharíamos para visitar las casas que estuvieran en venta, suponía que pocas... pero alguna habría. Recordé la casita de la vieja Dorothy y mi miedo y obsesión por encender todas las luces por si a su espíritu se le antojaba visitarme. Me reí ante la atenta mirada de Matt.

-Estás feliz, mami. –me dijo riendo conmigo.

-Lo estoy, Matt. Mucho...

Pocos minutos después, mi Porsche, observado con curiosidad por los escasos habitantes de Kutztown que estaban en la calle, aparcaba frente a la casa de mamá. La vi desde el coche. Tal y como la recordaba... plantando florecitas en el jardín delantero de la casa. Respiré hondo y le dije a Matt que bajara del coche. Cuando me sentí preparada, yo hice lo mismo. Mamá se quitó los guantes y me miró con los ojos humedecidos a punto de llorar y con una sonrisa que no podría olvidar jamás. Abrió los brazos y sin necesidad de palabras, nos abrazamos durante minutos. Matt nos miraba entendiendo la situación. Dieciocho años son demasiados años. Y tal y como le había dicho días antes a mi pequeño, nunca eres lo suficientemente mayor para que mamá te de un abrazo. No tardó mucho en comprenderlo. A partir de ese momento, Matt nunca rechazó un abrazo y era él quien venía siempre a dármeles a mí.

Mamá y yo nos separamos. Sólo un poco. Nos miramos fijamente con los ojos inundados en lágrimas y con un nudo en la garganta que nos impedía hablar.

-He preparado un té... –susurró mirando a Matt. No, nada de té... pensé recordando el sabor agrio de aquel que bebí en la línea temporal desaparecida. –Tú debes ser mi nieto. –dijo sonriendo. Me fijé en su cabello y me entristeció ver que se trataba de la peluca rubia que solía picarle y deshacerse de ella cuando estaba en el interior de casa. Mamá tenía cáncer. Y el día elegido para irse era el veinticinco de diciembre.

-Sí. –asintió Matt alegre.

-¿Te puedo dar un abrazo? –preguntó mamá.

-Claro, nunca seré lo suficientemente mayor para recibir un abrazo de mamá o de la abuela. –explicó mi pequeño guiñándome un ojo.

Me emocioné aún más al ver a mamá y a Matt abrazados. Mirándose como si se conocieran desde siempre. Como si no fuera la primera vez que se veían.

Encima de la chimenea, mamá había conservado todas mis fotografías. Las ridículas, las bonitas y aquellas de las que podía sentir vergüenza. La casa seguía tal y como la recordaba. Era como volver atrás en el tiempo, como si tuviera un *déjà vu* constante. Pero gracias a ese *déjà vu*, no volvería a probar el té que mamá ya estaba preparando.

-Prefiero café. –dije sonriendo.

Nos pusimos al día. Matt escuchó nuestras batallitas en silencio y con una sonrisa permanente. Le prometí a mamá que me quedaría con ella aún sabiendo el poco tiempo que le quedaba en el caso de que en ese mundo la enfermedad también estuviera tan tristemente avanzada. Parecía feliz, feliz por verme al fin. Nos habíamos equivocado las dos. Yo por avergonzarme de ella y ella por pensar que yo no quería saber nada más de mi madre y dejarme libre.

Poco después, me informó que la casita de la vieja Dorothy se había puesto a la venta hacia sólo una semana. Esa casa me pertenecía... en todos los mundos paralelos del mundo, en cualquier momento de mi vida, hubiera acabado ahí. Sin más preámbulos, fuimos a verla en compañía de la nieta de la vieja Dorothy.

-La luz está cortada, pero podéis ver todas las estancias de la casa bien ¿verdad? –preguntó la joven Giselle.

-No importa. –respondí casi riendo. Sabía que Dorothy tenía mejores cosas que hacer que venir a visitarme para cambiarme el canal de televisión o a darme un susto por la noche a los pies de mi cama en forma de espectro.

-¿Os gusta?

-Me encanta. ¿Te gusta a ti, Matt?

-Sí, ya sé cual será mi habitación. –dijo señalando la que fue mi desordenada habitación en otro mundo.

-Entonces nos la quedamos. –respondí decidida.

Fuimos a cenar al restaurante Betty's. Mamá presumía de hija y sobre todo de nieto, ante todos sus amigos y conocidos del pueblo. Para mí, era como si los hubiera visto a todos el día anterior. Para ellos habían pasado dieciocho años... y me saludaban con alegría, felices por verme junto a mamá. Sin reprocharme nada. Siempre había imaginado que mamá me echaría en cara mi ausencia y mi despreocupación hacia ella. Nada de eso había ocurrido, el amor entre una madre y una hija no desaparece nunca a pesar de todos los problemas que hayan o de la distancia que ambas partes o una de ellas, decida poner por medio.

-¿Te gusta tu wrap, Matt? ¿Más que las hamburguesas de Shake Shack? –pregunté riendo y recordando a Christine y las dos hamburguesas que cenó aquella noche anterior a la exposición ya inexistente en ese mundo, en la galería Agora.

-No sé, no sé... es que las hamburguesas de Shake Shack están muy ricas. –respondió riendo.

Me gustaba la forma en la que mamá miraba a Matt. Por la noche, cuando el pequeño se durmió, mamá y yo nos sentamos en el porche. Continuamos hablando y al final, mamá me sorprendió con una frase que recordaba de nuestra otra vida.

-¿Lo ves? Ya te lo dije... Matt estaba ahí... –señaló mi corazón.

-¿Cómo? –pregunté incrédula.

-Todo es como debe ser, cariño... y en este y en cualquier otro mundo en el que podamos existir viviendo otro tipo de vida, estamos destinados a viajar junto a las almas que nos reconfortan y facilitan nuestra existencia.

-¿A que viene esto?

-Lo sabes muy bien, Nora... No disimules. –me guiñó un ojo.

-Pero por teléfono me dijiste que había pasado mucho tiempo, que te arrepentías, que...

-Tenía que disimular. Pero recuerdo muy bien ese otro mundo. Tú estuviste conmigo y eso era suficiente para mí. Sabía que todo se solucionaría y lo único que siento, es que tengas que volver a pasar por todo el dolor que te provocó mi pérdida.

-Entonces, si tu recuerdas ese otro mundo... ¿Mark?

-Mark es diferente. Sólo lo recordamos tú y yo. ¿Sabes porque? –negué con la cabeza confusa. –Porque estamos unidas. Más de lo que tú hayas podido pensar en todos estos años de ausencia. Cuando un bebé sale del vientre de su madre, en muchas ocasiones aunque corten el cordón umbilical, esa unión no desaparece jamás. Yo también viví ese mundo paralelo junto a ti, Nora... y aunque me costó entenderlo, finalmente llegué a comprenderlo todo. Aunque estuvieras tres meses separada de Matt fue lo mejor que pudo pasarte.

-Pensé que si te lo contaba creerías que estaba loca.

- Entiendo... no lo hubiera pensado. Confía en mí. Y siento haberte avergonzado en el pasado o que creyeras que tenías la madre más ridícula del mundo.
- No mamá, perdóname tú a mí.
- No hay nada que perdonar. Una madre como sabrás, lo perdona todo.



Aunque no me invitaran porque casi nadie sabía que había vuelto al pueblo, al día siguiente a las doce acudí a la barbacoa que se celebraba en la granja; que al igual que en la otra línea temporal, seguía perteneciéndole a Frank. Matt se había quedado en casa con su abuela encantado de la vida, degustando la deliciosa mermelada casera que yo había echado tanto de menos.

Al llegar, vi que Frank, Matthew y las gemelas Lisa y Julia en vez de beber cervezas estaban centrados en la barbacoa, eligiendo unos grandes filetes de ternera para empezar a prepararla. Al menos, ahí estaban ellos, como dos estables y perfectas parejas... algo no había cambiado y aunque para mí hiciera poco que los había visto, para ellos habían pasado dieciocho años. En ese mundo Frank no tenía barriga cervecera y las gemelas sabían lo que era el tinte para el cabello. Los saludé amigablemente y les di un entrañable abrazo a todos porque en realidad, me alegraba mucho verlos y saber que estaban bien. Los había echado de menos en los escasos días que había estado en mi otro mundo, en la vida que había elegido acabando de solucionar mis últimas e imprevisibles decisiones.

- ¡Cuánto tiempo ha pasado! –exclamó Frank.
- Dieciocho años. –respondí sonriendo.
- ¿Por qué has tardado tanto en venir? –preguntó Julia.
- La vida... pasa volando.

A las doce y media empezó a llegar gente. Gente a la que conocía y a la que no, pero con todos tenía algo de que hablar. Aunque fueran tonterías. Y a la una, llegó él... elegante como siempre, discreto como de costumbre... mirando a su alrededor como si buscara de nuevo mi mirada entre la gente y al verme, se olvidara del resto del mundo. Así fue. Lo miré fijamente y al verme, no pudo apartar la vista de mí. Me acerqué a Mark, que tímidamente y algo desconcertado, me saludó.

- Tú eres el que me lanzó una pelota de baloncesto en la cara hace muchos años... –le dije riendo.
- ¿En serio aún te acuerdas? Nora, ¿verdad?
- Mark Ludwig. –asintió sorprendido.
- He leído tu novela. Es maravillosa.
- Me alegra mucho que pienses eso.
- ¿En que te inspiraste? –sonrió y miró hacia el suelo.
- En una historia personal. –volvió a mirarme, como si me conociera desde siempre.
- Pues aunque es muy triste, es preciosa. Espero que tu historia personal acabe mucho mejor que la de la novela.
- Seguro que sí, Nora. ¿Tienes planes después de la barbacoa?
- No.
- ¿Puedo invitarte a cenar?
- Me encantaría, Mark.



## UN AÑO DESPUÉS

Tal y como sabíamos, mamá murió el veinticinco de diciembre de 2012. Todo sucedió exactamente igual al mundo paralelo al que me envió Bonnie... Bonnie... aún la recuerdo, cada día de mi vida. Pero no con odio o con remordimientos, si no con total agradecimiento. Si no hubiera sido por su conjuro, seguramente no hubiera sabido lo que era la felicidad.

Esta historia, al contrario que las novelas de Mark Ludwig, acaba bien. A pesar del dolor que me causó la muerte de mamá y lo mucho que sigue doliendo su ausencia, las personas que me acompañan en este viaje son auténticos ángeles.

Me separé de Stuart amigablemente y él inició una nueva vida junto a Patricia en Nueva York. Acaban de irse a vivir juntos y les deseo lo mejor. A veces, cuando vienen a pasar los fines de semana con Matt, salimos a cenar. Mark, Stuart, Patricia y yo, formamos un buen equipo, nos lo pasamos muy bien. El padre de Stuart sigue vivo y coleando aunque está a punto de retirarse y cederle la empresa a mi ex marido. A él le agobia tanta responsabilidad pero por otro lado, su ambición y ganas por ser extremadamente rico y poderoso hacen que el miedo desaparezca en un abrir y cerrar de ojos.

Matt es feliz en Kutztown. Le gusta salir a jugar con sus nuevos amigos, ir en bici por los campos y ayudar a Frank en la granja mientras yo me encierro en mi taller rodeada de mis lienzos en blanco e infinitas posibilidades de colores para ellos. Y creo que mi pequeño se ha enamorado... el otro día me contó que le había lanzado una pelota de fútbol a una preciosa niña rubia de ojos azules que se sienta a su lado en clase. Aunque al principio le regañé y le expliqué que si de verdad le gustaba esa niña, habían formas más bonitas de conquistarla, debo reconocer que esa coincidencia alegró mi alma.

El taller, al igual que la casa de la viejecita Dorothy, también me pertenecía. Y el bosque repleto de árboles alineados me daban la bienvenida cada mañana, para aportarme la inspiración necesaria para mis pinturas. ¡Sí! ¡Era pintora! Como quería aprender nuevas técnicas y teoría, me inscribí en Bellas artes después de que mamá muriera. Y a mis treinta y siete años, puedo decir que estoy estudiando mi tercera carrera universitaria rodeada de gente joven con ganas de comerse el mundo.

Cuatro meses después de instalarme en Kutztown, conocí a Christine. Trabajaba de camarera en la taberna y nada más verla, le propuse ser mi ayudante. Cansada de aguantar a borrachos, aceptó mi propuesta encantada y nos hemos convertido en grandes amigas. Ella aguanta mis crisis y atascos, me ayuda en los repartos y ha organizado tres exposiciones en Kutztown. El resto vendrá por sí solo... de echo, la encargada de la galería Agora nos ha llamado deseando que pronto, exponga allí. Lo que nos pertenece... será nuestro en este y en todos los mundos paralelos posibles.



Desde que Mark se instaló a vivir con Matt y conmigo, no me obsesiono con encender todas las luces de cada una de las estancias de la casa por si a la vieja Dorothy se le ocurre venir a verme. Le he cedido el que fue mi estudio en otra vida para que se centre en sus novelas. Está constantemente escribiendo y si algo me apasiona de él, es su constancia, alegría y optimismo. Es un hombre con tantas ganas de vivir, de aprender, de experimentar... me da la vida. El éxito no se le ha subido a la cabeza como pude pensar hace tiempo y el amor que sentimos el uno por el otro es lo mejor que ha podido pasarme en esta vida. No podría imaginar otro destino, otro camino u otras decisiones. No podría verme en otro mundo paralelo distinto al que me encuentro.

Hace tiempo, le hice una promesa a Mark. Y tal y como le dije, yo siempre cumplo mis promesas. Lo nuestro estaba escrito, sólo debíamos encontrar el momento. Y al fin lo encontramos...

El tiempo es un buen guionista, siempre encuentra el mejor final aunque soy de las que considera que la vida no tiene comienzos ni finales. Arbitrariamente uno elige el momento de la experiencia desde el cual mira hacia atrás o hacia delante. A veces, sólo hay que detenerse un instante... y estar seguros que la vida que elegimos, es la que soñamos cuando éramos niños. Sabemos que nada es perfecto, que muchas veces nada sale como queremos, pero si no traicionamos nuestros sueños y nos dejamos llevar un poquito más por nuestra intuición, la vida al final, habrá merecido la pena.

**FIN**

